

Voces de la República

una visión contemporánea

Décimo volumen



Colectivo de autores

Compilador

Juan Eduardo Bernal Echemendía

Voces de la República

una visión contemporánea

Décimo volumen



Voces de la República

una visión contemporánea

Décimo volumen

Colectivo de autores

Compilador

Juan Eduardo Bernal Echemendía



Ediciones Luminaria
Sancti Spiritus, Cuba

Edición: Arturo Delgado Pruna
Corrección: Clotilde Hernández Carús
Diseño y composición digital: Carlos Manuel Águila Sierra
Fotografía de cubierta: Villa Conchita, Paseo Norte. Sancti Spíritus
Impresión digital: Orelbys Muro Fandiño

© Colectivo de autores, 2014
© Compilador, Juan Eduardo Bernal Echemendía, 2014

© Sobre la presente edición:
Ediciones Luminaria, 2014
Colección *Pensamiento*

Ediciones Luminaria
Máximo Gómez # 62 (Norte)
entre Tirso Marín y Calderón
Sancti Spíritus
Teléfono: 041-32 6582
E-mail: eluminaria@hero.cult.cu

Impreso en Cuba

ISBN 9789592043749

¿POR UNA EDUCACIÓN CUBANA? PROTESTANTES A DEBATE

YOANA HERNÁNDEZ SUÁREZ.

*Doctora en Ciencias Históricas. Investigadora del Instituto de
Historia de Cuba.*

Los protestantes, desde sus orígenes, manifestaron gran preocupación por la situación de vida de sus feligreses y sus costumbres. Los que llegaron a Cuba hicieron gala de su gran dedicación a las cuestiones relacionadas con la infancia, la familia, la salud, la educación y la moral de la sociedad. Consideraban que la Iglesia Católica, como baluarte espiritual, que era no había logrado barrer, en siglos de permanencia, los males morales que afectaban a la nación.

La labor moralizante estuvo presente en el quehacer pastoral, pues, como parte integrante de la tarea evangelizadora consideraban que el evangelio debía transformar al ser humano y, por ende, a la sociedad en su conjunto. Así, desde el primer momento, emprendieron una campaña encaminada a divulgar los efectos perniciosos del alcohol en el ser humano.

Estas campañas de adecentar al ciudadano —que se extendieron a otros asuntos tales como las lidias de gallos, las proyectadas corridas de toros y los juegos de azar— alertaban que estos vicios tendían a degradar al pueblo y eran la causa de la pobreza de muchas familias, razón por la cual debían prohibirse.

Los presbiterianos se sumaron al movimiento ecuménico en contra del alcoholismo, la prostitución y el

juego. En uno de sus colegios, La Progresiva, de Cárdenas, Matanzas, se desarrolló una labor muy seria con sus alumnos y la comunidad. Su director, Mr. Wharton, estuvo a la vanguardia en la lucha del colegio en contra del juego y otras modalidades del vicio. Un ejemplo de ello se aprecia en su oposición a aceptar dinero proveniente de venta de bebidas alcohólicas o cheques de la Renta de Lotería, para cualquier obra educacional o cívica donde él participara. También se mantuvieron en esa posición su predecesora, Miss Craig y los demás directivos del plantel. Era muy común que determinados «comerciantes» quisieran donar parte de ese dinero, proveniente de la lotería y el juego, a algún colegio donde estudiaran sus hijos.

En esta misma línea, los bautistas mantuvieron una actitud de favorecer las conductas morales que emanaban de sus preceptos cristianos de honestidad, humildad, respeto, solidaridad, trabajo esforzado, entre otras.

Los protestantes consideraban que desde el aula se debían formar los valores de un buen ciudadano; pero a partir del amor. Por ello, concebían la educación como la fuerza del espíritu y del carácter. No daban crédito al tono de la voz, ni al tamaño del cuerpo, ni a la edad, ni a la ciencia, ni a los castigos para lograr la autoridad; creían firmemente que se sostenía por un alma firme e igual con que se gobierne siempre a sí mismo y se mostrara digno de gobernar y mandar a los demás. En otras palabras, se exigían profesores de una conducta moral adecuada y firme para dirigir las aulas.

Otra práctica fue la de crear el hábito de trabajo en los alumnos, considerado necesario para que su proyección ante la sociedad fuese la de trabajar para una nación fuerte a partir del esfuerzo propio.

A la lista de actividades del colegio se sumaba también una muy interesante, mediante la cual se vinculaba a los estudiantes al trabajo sano.

En muchos colegios se realizaban las semanas de la juventud, en las que se festejaba «el Día de la buena voluntad pública» y cuyo lema era «Cero zángano». También incentivaban la participación ciudadana y el aporte con el trabajo. Todos tenían que hacer algo. Formaban brigadas para limpiar zapatos, embellecer las aulas, oficinas, patios y dormitorios. Además, los estudiantes pintaban, deshollinaban, etc. Salían del marco reducido de los colegios y barrían las calles, las aceras, vistiendo ropa de trabajo. Se trataba de que la comunidad sintiera aquel espíritu y se involucrara de cualquier manera.

En La Progresiva estas labores fueron muy reconocidas. Los progresistas, como también se les conocía, se preocuparon y ocuparon en crear en sus estudiantes el sentimiento de hermandad y de amistad. Entre las múltiples actividades que se recogen acerca de este período está el «Día de la buena voluntad privada», que consistía en que los alumnos escribieran cartas a familiares, antiguos maestros o profesores. También estaba dirigido a restablecer amistades abandonadas, a tener gestos amables con personas de avanzada edad. Todo ese movimiento de correspondencias y actitudes perseguía despertar y consolidar los sentimientos de amor y respeto hacia las personas.

Existía, como parte de la función misionera, el interés en incentivar la lectura de la Biblia, así realizaban también el Día de la Biblia. En esa jornada se facilitaba su compra, la del Nuevo Testamento o partes de los mismos, y se impartían clases cuyos objetivos estaban dirigidos al modo de trabajar con la Biblia y relacionarla con la vida práctica.¹

¹ Emilio Rodríguez Busto: *Una inmensa colmena*, Departamento de publicaciones de la Iglesia Presbiteriana Reformada de Cuba, La Habana, 1991, pp. 42-47.

Sin duda, la vida del colegio no se constriñó a las actividades básicamente curriculares; el profesorado y la directiva crearon los espacios y las condiciones reales para formar hombres y mujeres que fuesen portadores de valores que ayudaran a crear ciudadanos mejores en una nación tan necesitada de ello.

Otra de las estrategias fundamentales trazadas por el colegio fue la de involucrar a la comunidad en sus actividades. Se esmeraron en que las personas del lugar comprendieran el alcance, los objetivos y los resultados de su trabajo educacional. En las primeras décadas de la pasada centuria el trabajo fue más difícil puesto que los presbiterianos revolucionaron muchas de las concepciones educacionales existentes por entonces en Cuba. Con el convencimiento de que la escuela moderna debía conocer los problemas y necesidades de la niñez y la juventud, además de proveerles las soluciones adecuadas, trazaron programas de participación comunitaria en los cuales involucraban a los padres y a la comunidad en general, en el análisis de los asuntos que preocupaban a estos grupos.

El colegio organizó ferias de exposición agrícola y comercial con el ánimo de despertar en todos los productores y campesinos o propietarios, las ideas de superación en los cultivos, en la crianza de animales y en la comercialización de todos sus productos.

Este colegio utilizó la vía divulgativa para dar a conocer sus objetivos, programas de ayuda, etc., a través de diversas maneras, entre ellas sus publicaciones.

La primera recibió el nombre de *Le Miroir* y salió en 1918. Los alumnos que se graduaban ese curso la dedicaron a Miss Margaret Craig, directora del colegio en aquel momento. El segundo número vio la luz en 1922.²

² Este volumen tiene en su portada el número II, por lo que debe haberse publicado un primero entre 1918 y 1922, el cual no ha sido localizado por la autora.

A finales de los años 20 del siglo pasado, se publicó la serie *Juventa*. Los estudiantes tenían a su cargo todo el trabajo de la edición, con la asesoría de sus profesores.³

En ese período de alza de la conciencia nacional, la intelectualidad cubana abogaba por un discurso que retomara el ideario martiano, el imaginario independentista; y de alguna manera, estas publicaciones se hicieron eco de ese sentir nacional. Se dedicaban páginas a resaltar la obra de Martí, ya fuese como revolucionario o como intelectual.

Los métodos de enseñanza, deducidos del conocimiento psicológico del niño, compatibles con las ideas de libertad moral, unida a la experiencia del profesorado y al uso de textos escritos según los adelantos de la nueva pedagogía, continuaron como objetivos esenciales de la vida de los colegios.

Una acción que se realizó por estas instituciones a través de todo el país fue la de los concursos. Con tal variante los niños podían expresar en dibujos, poesías u otras formas, su opinión acerca del alcoholismo, el tabaquismo, el juego, la desatención a los mayores, entre otros.

Las publicaciones aquí enunciadas, que se constituyeron en órganos oficiales, exponían muchos de estos dibujos y poesías. En ellos se observa a personas que bebían y presentaban mal estado, u otras que fumaban y provocaban malestar a quienes les rodeaban; también las imágenes de hogares rotos por semejantes actitudes, etc. Los niños y niñas reflejaban estas posturas como negativas. La escuela, sin duda, desempeñó un rol importante en las denuncias.

³ Avanzada la República esta labor publicitaria se mantuvo. Así aparecieron publicaciones esporádicas como *Boletín Verde y Oro* (1952), *Souvenir* (1952). También, mensuales tales como el *Boletín de la Asociación de Antiguos Alumnos* (1944), *Voz Progresivista* (1961).

Asociacionismo. Sociedades literarias, científicas y deportivas

Una práctica muy común en los colegios protestantes fue la de crear asociaciones estudiantiles de diferentes tipos. Con ellas se perseguía el fomento de hábitos de solidaridad entre los niños y jóvenes, y el desarrollo de capacidades de independencia y creatividad.

Las sociedades literarias alcanzaron un gran prestigio entre los estudiantes. Las escuelas objetos de estudio de la presente investigación contaron con importantes sociedades literarias donde se cultivaba el espíritu por la lectura, la poesía y las artes en general.

Los metodistas prestaron atención a este aspecto. Muestra de ello se observó en la Fraternidad Candler College-Buenavista. La misma contó con dos sociedades literarias.

La existencia de esas sociedades constituyó un recurso importante en la preparación de los alumnos para propiciar la expresividad y dicción de su lengua materna. Uno de los objetivos que se trazaron fue lograr que los niños perdieran el temor a expresar sus ideas con corrección, además de adquirir los hábitos de sociabilidad y fomentarles el verdadero amor hacia su patria. Estos espacios sirvieron para el debate de algunos sucesos que acontecían en la Isla sobre los cuales los estudiantes se expresaban, escribían poesías, cuentos, etc.⁴

⁴ Información ofrecida e ilustrada por Mercedes Abreu, ex estudiante metodista. Refiere que fue miembro de la sociedad literaria José de la Luz y Caballero, en la que era común el debate sobre la problemática nacional: los estudiantes opinaban acerca del gobierno y de las acciones que debían acometerse para salvar la nación de los desgobiernos.

Sobre el trabajo de estas sociedades, aparecían anuncios en las publicaciones metodistas que invitaban a los alumnos a participar en sus actividades y a apreciar los programas que se desarrollarían en cada una. En las páginas de *El Evangelista Cubano* del 2 de marzo de 1908, se encuentra una nota que divulga la reunión que celebrarían las dos sociedades literarias del colegio: Leonidas y Leland —la primera, compuesta por alumnos de tercer y cuarto grados; y la segunda, de quinto al décimo grados—, para efectuar actividades en conmemoración a la muerte de José Martí.

Uno de los discursos leídos por los estudiantes de sexto grado insistía en la idea de que «morir por la patria no es la única forma de patriotismo. Es más noble vivir para ella, ahogar las aspiraciones egoístas que no tienden a su engrandecimiento y dar ejemplo de la abnegación y sacrificio de sí mismo en bien de la colectividad».⁵

Este texto, elaborado por los propios estudiantes, como señala la nota, es muestra de varios elementos. Primeramente, se nota la influencia del cristianismo en cuanto al respeto a la vida y la no aceptación de la muerte como «suicidio». Recuérdese que durante algún tiempo, existieron ciertos criterios en torno a la muerte de José Martí y si esta había sido un acto de abnegación y entrega en aras de la redención por la causa, o una muerte en batalla como parte de acontecimientos posibles en un escenario de lucha. De alguna manera estos discursos eran conocidos por aquellos estudiantes que planteaban que morir por la patria no era la única forma de ser patriota, específicamente, cuando conmemoraban la muerte de Martí. Estas son inferencias que se

⁵Ricardo Barrios: «Las sociedades literarias del Candler College», en *El Evangelista Cubano*, 19 de marzo de 1908, La Habana, p. 7.

generan de la propia información, pero es muy difícil probarlo. El estudio con el pasado más lejano no permite tener las fuentes testimoniales, por lo que en ocasiones hay que asirse de otros recursos intuitivos para tratar de entender la mentalidad de aquellas generaciones de cubanos. Cada análisis es una aproximación al pasado. Las fuentes en ocasiones son engañosas y leer entre líneas o descubrir lo no dicho puede convertirse en un ejercicio especulativo; son riesgos que hay que cuidar en la historia, aunque a veces tales recursos son una vía para escudriñar en el pasado cuando las fuentes no revelan todo lo que se espera de ellas.

Distintas fechas que se relacionaban con las actividades de estas sociedades fueron: 28 de enero, 24 de febrero, 10 de octubre y 7 de diciembre, entre otras.

Otro de los colegios del metodismo, La Progresiva, también contó con una sociedad literaria nombrada José de la Luz y Caballero, fundada en 1919. Muchos alumnos formaron parte de la misma y su objetivo no era solo literario; sus estudiantes sintieron la necesidad de crear un foro, una tribuna, para que los alumnos se ejercitaran periódicamente en la oratoria, en la declamación, en el periodismo y demás manifestaciones. Pero no solamente se utilizaba para el desarrollo de personalidades, sino para el desarrollo del comportamiento en público: saber escuchar, respetar al que estaba en el uso de la palabra, apreciar los valores del arte y aplaudir la voluntad del que trataba de presentar su mayor esfuerzo.

Muchos de los actos celebrados durante los años veinte tuvieron un contenido patriótico importante, según se recoge en publicaciones como *El Evangelista Cubano*, *El Heraldo*, *La Lucha* y el *Anuario Cubano*. Los estudiantes discutían temas de la cultura nacional como la educación, la enseñanza de la educación religiosa en las escuelas, las

campañas en contra del alcoholismo, la lucha contra la violencia doméstica. Otros temas, como los económicos, no eran generalmente debatidos en los colegios, pese a que existían asignaturas que educaban en el interés por el conocimiento de la economía y las formas y métodos para diversificar la agricultura. No se trata de que tales temas no fuesen de interés, solo que la autora de estas líneas no encontró referencias sobre los mismos y, aunque deduzca que interesaban, no puede asegurar que existieran tales debates entre los alumnos por la ausencia de información al respecto.

Los presbiterianos también estuvieron a la vanguardia de este tipo de asociaciones. En el colegio Carlos de la Torre, de Sancti Spíritus, funcionaron dos sociedades literarias y la Biblioteca George F. Turner.

Durante el curso de 1925, se organizó la Sociedad Literaria José de la Luz y Caballero, cuyo director era José Martín. La misma permitía a los estudiantes el desarrollo de ciertas habilidades y, sobre todo, que lograsen integrarse en un interés común. Se realizaban concursos de oratoria y declamación, lo cual contribuía con el desarrollo general de los alumnos. Posteriormente, a finales de ese año, también se fundó la Sociedad Manuel Sanguily. Obsérvese cómo los nombres elegidos eran de importantes figuras de la historia nacional.

Ese auge cultural y de conciencia cívica estaba condicionado, en gran medida, por la situación nacional. El movimiento obrero y sectores de las capas medias, especialmente estudiantes e intelectuales, producían con mayor fuerza las expresiones de un pensamiento que abordaba el problema nacional con la perspectiva de los nuevos tiempos. Muchos padres de los alumnos de los colegios, pertenecientes a dicha clase social, formaban parte de la intelectualidad. Dentro de ese sector germinó

un pensamiento de avanzada. Ellos protagonizaron movimientos cívicos y, a veces, antiimperialistas. Y fueron mayormente esos jóvenes, nacidos cuando terminó el dominio español en Cuba, quienes los nutrieron.

Otra acción meritoria llevada a cabo en el colegio Carlos de la Torre a favor de los estudiantes fue la creación de la mencionada Biblioteca George F. Turner, en honor a uno de los directores y maestros fundadores del centro. La iniciativa comenzó al recogerse todos los libros diseminados por las aulas del plantel con objeto de que sirvieran de núcleo de una biblioteca. Había entonces unos 280 libros a finales de 1925. En ese año se nombró al profesor Santiago Gallo como bibliotecario. También se estableció un concurso entre las sociedades literarias para ver quién aportaba mayor número de libros a la biblioteca. El triunfo fue de la Manuel Sanguily. Al terminar el curso de 1925-1926 había un total de 1089 libros y aún no se habían catalogado folletos y revistas. Como se puede apreciar, se creaban formas de socialización y contacto entre los estudiantes, con las cuales se rompía con conceptos individualistas.

Club de Investigación Científica

Las inquietudes de los discípulos fueron más allá de sus inclinaciones literarias. En la mayoría de los planteles existieron importantes laboratorios de Química, Física y Biología; e incluso algunos, como la escuela Carlos de la Torre, de Sancti Spíritus, contaron con excelentes museos de Historia Natural. En ese centro, el director Guitart reunió en noviembre de 1925 a los escolares de los cursos de Física, Química e Historia Natural para

explicarles su plan de organizar el Club de Investigación Científica. El mismo tuvo como objetivo ayudarles a realizar trabajos fuera de las aulas y, sobre todo, estimular el hábito de investigar, tan necesario en las ciencias para que sean bien entendidas y para que les ofrezcan un incentivo que los anime a estudiarlas de manera consciente.

El plan consistió en celebrar una reunión mensual, en la cual tomaban parte los alumnos de todos los cursos. Allí se leían o explicaban aquellos trabajos de investigación que eran propuestos por el profesor. Estos pasaban a los fondos de la Biblioteca. También el Club estableció relaciones con centros científicos nacionales y extranjeros sobre consultas de especies con el propósito de ayudar al Museo de Historia Natural del plantel.

Los benefactores del colegio⁶ constituyeron una comisión que recaudaba fondos para su construcción y mantenimiento, e hicieron importantes donaciones como una valiosa colección de minerales y fósiles importados de París; además, le regalaron al centro un terreno para las prácticas deportivas de la escuela y de la comunidad.

Todas estas actividades eran un atractivo para los padres, quienes veían en ellas una manera de que sus hijos obtuvieran una preparación de excelencia. El colegio fue una institución dedicada al servicio de la niñez y la juventud de Sancti Spíritus como lo fueron otros de su tipo a través de toda la Isla.

Guiados de los mejores deseos de superación, los misioneros tuvieron entre sus propósitos iniciales educar e instruir a favor de las más severas normas de honradez profesional; no fueron remisos a los esfuerzos

⁶Fueron Eloy Jiménez, Manuel de J. Alayón, Raimundo Sánchez y Luis Ramírez.

por proporcionar al estudiante los más eficientes métodos de enseñanza-aprendizaje, acordes con los últimos dictados de la ciencia pedagógica y siempre tratando de crear personalidades integrales. Conscientes de su responsabilidad, dejaron a un lado los procedimientos rutinarios de la escuela libresca para sustituirlos por los de la escuela activa, por lo que se criticaba la actividad pedagógica sin sentido utilitario, y se priorizaba aquella que abogaba por una reproducción fiel de la vida y de sus problemas, por medio de la cual el niño debía aprender viviendo.

Asociaciones deportivas. Mente sana, cuerpo sano

La práctica del deporte fue también priorizada por los protestantes. Desde sus inicios se incluyó en los proyectos de los colegios terrenos deportivos.

Con la certeza de que el desarrollo físico era tan necesario como el intelectual, fue obligatorio en todos los centros. La educación física incluía el juego de béisbol, baloncesto, ejercicios militares y otros que proporcionaran diversión.

Un elemento importante que sobresale en el pensamiento de los misioneros en Cuba en el período que se analiza, es que aludían a la educación como algo más que la facultad de leer, escribir y contar, es decir, comprendía una función doble: los ejercicios físicos para adiestrar el cuerpo, aumentar su vigor y energía, garantizarlo contra las enfermedades, ponerlo en estado de ejercer una acción creadora sobre las sustancias vírgenes de la naturaleza, de «transformar un desierto en campos cultivados, los bosques en navíos y las canteras en ciudades»;⁷ y, también, el cultivo de la inteligencia, gracias a la cual

⁷ Rafael Cepeda: *La herencia misionera en Cuba*, Departamento ecuménico de publicaciones, Costa Rica, 1986, p. 17.

planteaban que era posible descubrir las leyes augustas y permanentes que rigen el universo creado, ya en el orden material, ya en el orden moral.⁸

Los presbiterianos, en su colegio La Progresiva, de Cárdenas, fueron un ejemplo de atención al cuerpo de sus educandos, a la salud física en armonía con la salud mental. En 1915 se fundó en ese plantel una asociación atlética bajo la dirección del profesor Raúl P. Guitart y se inició de esa manera una larga cadena de triunfos deportivos en la historia de la institución. Un año después, en 1916, se organizó un field-day o competencia de campo y pista, con la participación masiva de los alumnos.

Varios son los ejemplos que confirman el lugar que ocuparon los ejercicios físicos dentro de los programas de los colegios, pero valga señalar uno acontecido en el año de 1918 al celebrarse un field-day que alcanzó trascendencia nacional; allí se discutió una copa donada por el presidente de la República, Mario García Menocal; otra concedida por el ayuntamiento de Cárdenas, en Matanzas, y otra por el exalumno René Guitart. La prensa recoge la celebración como un magno desfile por las calles de Cárdenas. La competencia y la Copa Menocal fueron ganadas por el escolar Lino Fernández, de La Progresiva. Ese acontecimiento fue trascendental para el centro y para la ciudad, pues el evento involucró a varias escuelas del territorio en los principios de hermandad y competencia sana.⁹

El Candler College también se destacó por poseer amplios espacios para los deportes. El trabajo de su Asociación Atlética resultó relevante. En sus postulados estaba el

⁹ *Heraldo Cristiano*, La Habana, No.12, 1918, p. 7.

⁸ «Quiénes somos los bautistas», *El Mensajero*, No. 12, 1921, pp.23-27.

entender que el deporte organizado es de gran valor para el adiestramiento de un buen ciudadano. En las tres primeras décadas del pasado siglo ya tenían en su lista la práctica de béisbol, baloncesto, tenis y field-day. También contaban con ejercicios de calistenia para los grados menores. Por lo general, en el resto de los colegios eran acogidos con buen agrado por los estudiantes los deportes bajo techo.

La creación de asociaciones y de ligas deportivas en estos planteles fue superada por una organización ecuménica de prestigio mundial: la Young Men's Christian Association (YMCA o Asociación Cristiana de jóvenes).

Esta organización se inició oficialmente en Cuba en el año 1905. Por esa etapa aún prevalecían las tristes secuelas de la guerra y con ello un profundo sentimiento antinorteamericano, por lo que fue vista en sus inicios con cierto recelo. Esto lo salvó su profunda labor social y de ayuda al prójimo, la lucha contra la corrupción y la reafirmación de los valores cívicos y ciudadanos de los cubanos. La Asociación de jóvenes cristianos se opuso, desde sus inicios, a cualquier intento discriminatorio, ya fuese por raza, posición social o religión.

La YMCA concibió la práctica deportiva como un medio fundamental de salvaguardar los valores humanos y cristianos. Es cierto que desde inicios del siglo xx y con posterioridad, fueron creándose importantes organizaciones deportivas; pero fue la YMCA la que introdujo una nueva concepción del deporte con originales métodos y disciplinas.

Ante los vicios de la sociedad, ofrecía la práctica sana de deportes. Esta institución tuvo su sede en La Habana. Desde su establecimiento inició el ejercicio de los deportes bajo techo en Cuba: atletismo, baloncesto, voleibol, softbol, hand ball, ring hockey y clavado.

Algunos estudiosos han coincidido en señalar que el edificio de la YMCA puede ser considerado la primera polivalente deportiva cubana por el hecho de la práctica y competencia de una variada gama de deportes: ajedrez, tenis de mesa, atletismo, baloncesto, voleibol, softboll, handball, esgrima, gimnasia, natación, clavado, polo acuático, boxeo, ring hockey y billar.¹⁰

La YMCA realizó importantes competencias con otras instituciones de gran prestigio como la Asociación Deportiva Universitaria y el Vedado Tennis Club.

En lo referente a su construcción, contaban con el más moderno y mejor equipado gimnasio de la época, en el cual se ofrecían clases de calistenia y ejercicios prescritos por un médico para resolver los problemas físicos, disfrutar de baños en la amplia y recibir clases de natación.

La importancia concedida por los protestantes al cuidado del cuerpo y la mente, vinculado a la práctica deportiva, fue un atractivo que se sumó a la lista de posibilidades que algunas familias notaron en estos planteles y que de seguro incidió en su elección.

Labor educacional de los protestantes. Apuntes necesarios

Como parte de la dinámica educacional privada en Cuba, los colegios protestantes desempeñaron un papel significativo en la formación escolar de un sector de la sociedad desde las primeras edades hasta niveles superiores en el período de 1900 a 1930. Los presbiterianos, metodistas y bautistas llevaron a cabo una estrategia misionera muy similar, la

¹⁰ Véase Carlos E. Romero Reig: *YMCA de La Habana (1905-1910)*, Departamento de Comunicaciones CLAT, Ecuador, 2003.

cual consistió en establecer escuelas al lado de cada iglesia en todos los lugares donde fue posible.

Aunque las escuelas protestantes existían bajo los auspicios de sus juntas misioneras, estas no entrañaban un carácter religioso de intolerancia y opresión. A ellas podían ir los niños de cualquier otra denominación religiosa o sin filiación alguna, ya que gozaban de libertad de conciencia y, a pesar de que el claustro les daba a conocer la vida y hechos religiosos de Jesucristo y sus discípulos, no inducía a abandonar ideales ni credos religiosos. Los conceptos de libertad de pensamiento eran propios del protestantismo desde sus inicios.

La celebración de actos conmemorativos, desfiles y otras actividades de carácter cívico-patrióticos fueron algunas de las experiencias más significativas en la labor del magisterio protestante, dirigida a formar sentimientos patrios.

Los actos cívicos-patrióticos en los que participaban los colegios, como procesiones, inauguración de mausoleos y monumentos, además de la institucionalización del ritual de la Jura de la Bandera, funcionaban como hechos consagratorios de los diferentes gobiernos de la República, cuyas figuras principales procedían de las filas independentistas; pero, al mismo tiempo, permitían la constante producción y reproducción del imaginario patriótico de las gestas libertarias, desde su dimensión ética.

Entre las principales acciones que los misioneros manifestaron, llama la atención su moralismo, es decir, creer que el problema inmediato de Cuba y de los cubanos se resolvía con no tomar bebidas alcohólicas, no fumar, no bailar, guardar el domingo, no asistir a peleas de gallos y evitar otras costumbres generalizadas. Sobre este aspecto se pudo observar que los conceptos de

moral religiosa del protestantismo no estaban tan arraigados en Cuba como pretendían los misioneros. La propia manera del cubano de asumir una religiosidad diversa hizo que confluyeran en un solo individuo disímiles creencias religiosas.

Otro elemento característico de la labor de los misioneros en Cuba —y coincidiendo en gran medida con los juicios del historiador cubano Rafael Cepeda— fue el idealismo: creer que una buena república podía ser construida con solo establecer escuelas e iglesias protestantes. A ello puede añadirse su conformismo, el cual consistió en aceptar, sin análisis ni reflexiones profundas, las interpretaciones y tesis sostenidas por los periódicos norteamericanos de una etapa expansionista, colmados de falsedades «patrióticas», «humanitarias» y «religiosas». No obstante, tales actitudes sufrieron un proceso de transformación a partir del contacto con los sujetos históricos implicados en el proceso educativo. En todo el período estudiado se mantuvo la idea de las relaciones simbólicas que en el plano de la cultura popular reflejaban las diversas y complejas formas de asumir la realidad poscolonial y las expresiones de la propia identidad nacional, concebida como un proceso complejo de articulación de pertenencia, plural y en permanente conflicto.

Los métodos y programas de estudio, las actividades extracurriculares, el interés por formar ciudadanos conscientes de su papel en la sociedad, la transmisión de valores morales, el cuidado de un cuerpo sano —no solo con la práctica deportiva sino con el mantenimiento de la higiene personal—, los hábitos de lectura, el amor a las artes, a las ciencias, a la naturaleza y a la agricultura, significaron la labor educacional de aquellos colegios. Todo ello no excluye que los misioneros tuvieran en

sus agendas un interés evangelizador, incluso, de enseñar a los niños y niñas cubanos los valores de una cultura de la cual eran portadores. Pero los sujetos históricos a los cuales se dirigió el discurso desempeñaron un papel transformador más que receptor de valores y sentimientos preconcebidos para su aprendizaje. No se debe asumir la existencia de estos procesos como acciones unilaterales, sino múltiples.

Otro elemento medular en la proyección de los colegios estuvo relacionado con la cuestión racial. Sobre este aspecto se puede concluir que se comportó de manera relativamente similar en los colegios. Las ligeras diferencias no estuvieron relacionadas por las normativas o prohibiciones, sino en la composición racial según la zona geográfica donde estaba anclado el colegio. No se encontraron prohibiciones en cuanto a la temática racial; cualquier niño tenía la posibilidad de ingresar a los colegios, siempre que sus padres estuviesen en condiciones de costearle sus pagos. Fue en este aspecto donde radicó la real limitante. Se observó en las fuentes consultadas y en las imágenes existentes que la mayoría de los estudiantes era de piel blanca.

Las cifras existentes en cuanto a las cuotas y pagos demostraron que, si bien eran precios relativamente módicos los que se debían abonar al colegio, en relación con los salarios de la época, las familias más pobres no podían pagarlos. La mayoría de los niños eran hijos de familias de trabajadores de las comunidades donde estaban radicados los colegios. Pero existían familias que no desempeñaban ningún tipo de empleo, o estos eran esporádicos, por lo cual los ingresos eran inestables y, dudosamente, podrían dedicarse a costear estudios.

En cuanto a las formas de participación e intercambio entre los alumnos, se desarrollaron diversas estra-

tejas que indican el interés de lograr relaciones de solidaridad entre los jóvenes y su comunidad.

Los intentos misioneros por reordenar la vida cotidiana de los cubanos chocaron, necesariamente, con los intereses particulares de aquellas generaciones. Los esfuerzos por crear en los niños y niñas cubanos hábitos de colectividad parece contradictorio con los valores de un individualismo reconocido en las relaciones capitalistas. Sin embargo, en el caso de los colegios protestantes, se practicaron vías de sociabilización entre los estudiantes, mediante las cuales crearon en ellos hábitos de solidaridad, de confianza y de respeto a sus semejantes.

Las sociedades literarias, los diferentes equipos deportivos, las competencias intercolegiales, el contacto con el entorno, el interés por la agricultura, las artes, las ciencias en general, etc., permitieron formar una conciencia participativa, de intercambio y autosuperación en los educandos. Todos los colegios contaron con una o más sociedades literarias en las que se desarrollaron acciones relacionadas con la cultura y el arte. Se trataba de educar a los estudiantes en sus disciplinas, ya fuese la danza, la música, la pintura, la literatura, las artes escénicas, entre otras.

Los espacios dedicados a la práctica deportiva contaban con modernos equipos para la ejecución de diferentes deportes. Se trataba de crear una mente y un cuerpo sanos en los estudiantes y para ello se incluían asignaturas de Educación Física y otras especialidades relacionadas con deportes específicos a los cuales podían aspirar los estudiantes.

Los elementos aquí comentados, más que verse, en algunos casos, como contradictorios en lo concerniente a su alcance en la conformación del ciudadano cubano, deben ser entendidos, sobre todo, como recursos diferentes, que nutrieron a la nación de otra manera de percibir la realidad cubana, como lo hicieron en su momento influencias

culturales como la española, la asiática o la africana, salvando las diferencias. Los cubanos tomaron aquello que les resultó más atractivo o provechoso en su desempeño y tuvieron la posibilidad de intercambiar, interactuar y transformar un discurso que les fue presentado, inicialmente, como el más adecuado; pero que terminó por ser adecuado a los patrones propios de nuestra idiosincrasia.

Si se considera y válida el alcance que la educación tiene en las sociedades —su participación y vinculación con las estructuras sociales, su poder formativo o deformador, su rol ideológico, su instrumentalización en los procesos de dominación para perpetuar la dependencia de los pueblos, su papel emancipador, cultural, su función también liberadora—, se comprenderá entonces la importancia de estos análisis y el valor de trascender la función cognitiva de los mismos hasta lograr una historia funcional, utilitaria. Tales premisas han estado presentes en cada una de las líneas aquí expuestas.

JOSÉ ANTONIO RAMOS, POR LA EJEMPLARIDAD DE MARTÍ

FRANCISCO RODRÍGUEZ ALEMÁN

*Doctor en Ciencias Filológicas. Profesor Titular Adjunto de
la Facultad de Humanidades de la Universidad Central*

«Marta Abreu» de Las Villas.

José Antonio Ramos y Aguirre (San Antonio de los Baños, 1885-La Habana, 1946) formó su carácter bajo la positiva influencia paterna, que alentó en él un ferviente patriotismo y una actitud científica ante la vida. Su niñez transcurrió entre los años conocidos como Tregua Fecunda, período en que los cubanos preparaban la Guerra de Independencia bajo el liderazgo de José Martí, quien, desde entonces, ocuparía un lugar de privilegio en la formación de su sentido de la historia y de la política.

En sentido general la obra de José Antonio Ramos no solo ofrece el saldo de los reconocidos méritos del dramaturgo, del novelista, del ensayista, del crítico, del promotor de instituciones que defendieran un teatro nacional o eficientes servicios bibliotecarios al alcance del pueblo, sino también, los de su útil actividad pública como diplomático o funcionario de instituciones culturales, como pensador que no se cansó de proponer reformas políticas, éticas, culturales, económicas que dieran a Cuba la dignidad y el decoro por las que lucharon y derramaron su sangre tantas generaciones de cubanos. En toda esa labor proyectó su ideario progresista, constructivo, con un total desinterés y no pocos sacrificios personales; ofreció pautas para conocer mejor a sus

contemporáneos; y enlazó, en no poca medida, la vida política y cultural cubana con los hechos universales más significativos.

La consideración general de toda la obra de Ramos aparecida en libros, folletos y publicaciones periódicas, así como de su papelería inédita, donde trataba de unificar aspectos biográficos e históricos, con sus criterios políticos, filosóficos, sociológicos, éticos, estéticos, permite establecer, en el marco de esa «corriente ininterrumpida de esfuerzos por comprender y resolver los problemas de Cuba», tres períodos fundamentales del proceso dialéctico de su pensamiento y de su obra: de 1885 a 1912, etapa de formación, tanto de la personalidad como del intelecto; de 1913 a 1930, fase de madurez política y artística, de permanente proyección en la vida nacional; y de 1930 hasta su muerte, en 1946, de franco ascenso revolucionario, de total compromiso con la vanguardia política cubana, de plena realización como intelectual y artista.

En lapso inicial de formación se nutrió del pensamiento más avanzado de la época, en términos político-sociales, que se unió a la formada tradición patriótica, martiana. En todo momento, su actitud crítica ante la situación creada con la frustración de la República de Martí no disminuyó el optimismo sembrado por el Apóstol y escribió entonces: «...de estos que hacen hoy sentirme tan solo, pueden nacer hijos inteligentes y aptos para llevar a cabo la mejora con que yo vivo soñando y disfrutando todos mis dolores, en el futuro pueblo y otro tanto en el resto del mundo».¹

Tuvo influencias notables, tanto de pensadores como de escritores, que asimiló creativamente en sus primeras obras: los dramas «Almas rebelde» (1906), «Una bala perdida» (1907), «La hidra» y «Nanda» (1908), «Hacia un ideal» (1910), hoy perdido, y «Liberta» (1911); la comedia

¹ José A. Ramos y Aguirre: «Fragmentos de las memorias», en *Nueva revista cubana*, Vol. I, No. 3, La Habana, octubre-diciembre de 1959, p. 59.

«Cuando el amor muere» y el sainete «De Las Villas a La Habana» (1911); así como la novela *Humberto Fabra* (1908). En todas estas obras reflejó su concepción del mundo, su filiación naturalista y sus críticas a la política y a los convencionalismos sociales de entonces. Cuba fue, en la mayoría de ellas, la motivación esencial; y no debe sorprender que, por tanto, aparecieran referencias a José Martí.

Mas la necesidad de dar vida a Martí en su propio pensamiento y acción quedó fijada desde el inicio de su período de madurez (1913-1930), a partir de *Entreactos* (1913), colección de ensayos de diversa índole, todos remitidos a enjuiciar la situación cubana en lo político, lo moral, lo social, lo cultural. Su pensamiento orientaba una valoración sistemática, de origen martiano, acerca de la sociedad; por lo que apuntaba, según expresara, «a la consideración de tres cuestiones o temas esenciales: 1) el estudio de los elementos integrantes del organismo social cubano y su comportamiento [...]; 2) la rectificación de la política al uso y del desorden administrativo por medio de medidas prácticas de aplicación inmediata [...] y 3) la creación de una conciencia nacional por medio de la educación y de la propaganda».² Fueron el pensamiento y la acción martianos las fuentes de luz totalizadora, cuando todavía no podía apropiarse —como lo hiciera en el período de plenitud (desde 1930)— del ideario marxista que lo llevó a una identificación de fondo con la ideología del proletariado.

La comprobación de este proceso de radicalización tiene lugar, principalmente, en sus concepciones relacionadas con la situación cubana, de modo particular, en lo económico y lo político; en su ideario latinoamericanista y antimperialista; en sus ideas sobre la educación y la moral;

²José A. Portuondo: *Capítulos de Literatura Cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 412-413.

en la importancia que fue dando a los problemas económicos, incluyendo la comprensión de la existencia de sectores explotados y explotadores. No resulta sorprendente su esfuerzo por establecer un proceso de continuidad de carácter práctico con el ideario martiano, que lo hacía tomar conciencia de cuánto se había perdido con la caída del héroe y la desaparición de su partido.

Entreactos abre este período de madurez que ofrece tres etapas significativas: de 1913 a 1916; de 1917 a 1922 y de 1923 a 1930. Esta obra merece atención especial, pues es la exposición, con carácter sistemático, de cuáles eran sus proyecciones con respecto a los destinos de Cuba y de los cubanos. Su coincidencia con el pensamiento martiano es evidente.

Su defensa de la nación cubana partía de un estudio de las raíces históricas, del necesario deslinde de las metrópolis: «Ni España ni Estados Unidos tienen el monopolio de la ejemplaridad. Cuba debe seguir sus aspiraciones propias, nacidas de sus hijos, que no son inferiores ni rencos en materia de pensamiento, negar esto equivaldría a negar la patria, a negarnos a nosotros mismos como hombres libres y capaces de dirigir nuestro propio destino».³ Consideraba necesario analizar las causas que permitieron la intromisión imperialista y tuvo en cuenta la pésima situación económica del cubano «ante su primer sol de libertad [...], lo que no podía considerarse sin un estremecimiento de terror»;⁴ señaló que no hubo familia cubana exenta de sufrir las consecuencias económicas de tan cruenta lucha, lo cual favoreció que el comprador yanqui y los viejos enemigos de la revolución —banqueros y comerciantes españoles y autonomistas— impidieran al pueblo cubano alcanzar realmente posesión de lo que le había costado tanta sangre; también se refirió a cómo la

³ José A. Ramos y Aguirre: *Entreactos*, Ediciones Ricardo Veloso, La Habana, 1913, p. 56.

⁴ *Ibidem*, p. 21.

guerra había influido en la disolución de la familia, base sólida de la República. Ramos veía todos los problemas heredados y todos los tropiezos de los diez primeros años de República como una experiencia necesaria que debía servir de punto de partida para trabajar por un cambio de la situación, conforme a legítimas aspiraciones. Entonces manifestó: «Soy cubano, soy hispanoamericano y recabo para mi pensamiento y mi pluma el derecho de mejorar el espíritu de mi patria y mi raza, mostrándole sus defectos».⁵

Al analizar el papel jugado por los Estados Unidos en los destinos de nuestros pueblos se mostró contrario a manifestar un odio ciego contra todo lo norteamericano. Se enfrentó sin prejuicios al fenómeno imperialista. Consideraba que «los pueblos hábiles y fuertes que se dominan fácilmente a sí mismos extienden fatalmente su acción sobre otros pueblos»; por lo tanto, Cuba debía aspirar a dominarse a sí misma y a no actuar en favor de intereses foráneos, lo «que quita libertad en vez de darnosla».⁶ Combatió los criterios de quienes, como Rufino Fombona consideraban a los norteamericanos como «un pueblo de cretinos ambiciosos y groseros»⁷ y sugirió que se tuviera en cuenta que eran precisamente nuestros pueblos latinoamericanos los que se desarrollaban con un cuarto de siglo de atraso en lo cultural y lo técnico y que, por lo tanto, había que neutralizar «sus armas con sus armas», oponiendo a «su expansión una paz firme, una laboriosidad como la suya, infatigables y abiertas a todas las corrientes».⁸ Ramos

⁵ José A. Ramos y Aguirre: *Entreactos*, p. 56.

⁶ *Ibidem*, p. 122.

⁷ *Ibidem*, p. 52.

⁸ *Ibidem*, p. 40.

consideró, por lo tanto, que las razones que hacen de Estados Unidos un enemigo de Cuba no se basan en problemas sentimentales, sino muy prácticos, pues era «un pueblo joven, vigoroso, que tiende por razones naturales a la expansión, y es lógico, fatalmente lógico que trate de efectuarla hacia el continente vecino»;⁹ y que Cuba, por su ubicación geográfica estaba más expuesta aún que el resto de Latinoamérica. Estos razonamientos evidencian su posición favorable a una comprensión de que nuestra potencia económica estaba en manos de extranjeros, e indiferente a los destinos de la patria. No obstante la comprensión del problema económico y del fenómeno imperialista, las soluciones que ofrecía, en la práctica, no pasarían de ser planteadas en el plano ético, cívico: el cubano no debía buscar normas éticas salvadoras ni en España ni en los Estados Unidos, era necesario cultivar las flores de nuestro jardín, «preferir siempre lo nuestro y amar a Cuba y lo que a Cuba pueda convenirle por encima de todas las cosas».¹⁰

Destacaba la necesidad de que «los hombres y los jóvenes interesados material y espiritualmente en la conservación de la patria se agrupen en una labor conservadora y purificadora del alma cubana, en una religiosa guardia de sus ideales y una exaltación continua y sostenida de sus glorias para provocar su desenvolvimiento futuro». Apeló incluso a los «que tienen el sentimiento de amor a la patria dormido, preocupándose solamente por tener asegurada económicamente su existencia» porque a pesar de ello, «estos hombres son útiles, utilísimos a Cuba en un aspecto pero no llevan a cabo una obra que ni sospechan [...] La orientación espiritual de la

⁸ *Ibidem*, p. 40.

⁹ *Ibidem*, p. 46.

¹⁰ *Ibidem*, p. 126.

patria». Todos estarían guiados, pensaba Ramos, por los «que experimentan una profunda devoción religiosa por los hombres de nuestra historia y el drama de nuestros dolores, de nuestras luchas por la epopeya de nuestra liberación y un interés por su futura grandeza». En las manos de estos últimos debía estar, para él, la dirección de una especie de «masonería nacionalista».

En *Entreactos*, José Antonio Ramos contó y combatió el desconocimiento universal sobre Cuba y sus destinos y, en especial, la falsa imagen que se tenía del cubano, considerado como algo inferior; rescató y divulgó nuestros valores; destacó la importancia de la instrucción y la educación, que debían ocupar un lugar privilegiado, para formar al pueblo capaz de alcanzar las metas que proponía; instó a los gobernantes a aprovechar las riquezas que tenía el país, no malgastando el presupuesto y empleando lo dilapidado en obras de desarrollo; combatió la falta de fe en la República predominante entre los intelectuales y los artistas; defendió el respeto por los hombres altruistas, batalladores por la justicia social; criticó la prensa que «no lleva a Cuba en el corazón», sino que la llevaba, como decía él, «en el cerebro o en el libro de caja», sirviendo lacayunamente al extranjero; censuró a los que pensaban que la situación en que se encontraba la población negra se debía a un problema consustancial de la raza y no a las injusticias sociales, y llegó a afirmar: «Si para hacer de Cuba lo que yo sueño fuera necesario suprimir al blanco, yo no sentiría por ello resquemor alguno». Mas, sobre todo, se evidencia cómo Ramos consideró a José Martí, no ya solamente como figura representativa de un ideal patriótico, símbolo de la independencia, sino como orientador metodológico de la acción necesaria para resolver los problemas de Cuba. En este sentido, resultó un precursor

digno de ser estudiado, pues a Martí no se leía con el mismo entusiasmo con que se leía tanta literatura de entretenimiento. Martí debía ser el rector para una acción verdaderamente cubana; de su pensamiento podría sacarse un breviario orientador.

En *Entreactos* lanzó sus primeras ideas como reformador, lleno del extraordinario entusiasmo que mantuvo siempre a pesar de los momentos en que la acción de los hombres estaba muy lejos de corresponderse con sus sueños y el espíritu contrajese el optimismo, porque «Cruzarse de brazos y encogerse de hombros —decía— es denigrar a Cuba. Es negar la obra de la Revolución, dar la razón a la España de Weyler. Es declarar que se hizo la República sin fe alguna en el pueblo, para robar y hacer fortunas, para construir chalets y pasear en automóvil». Había decidido, entonces y para siempre, su camino, como expresara en el propio libro: «Yo voy a tomar mi puesto entre los míos, que ni son torpes o ciegos, cubanos y con ellos me quedo».

La obra posterior, tanto en sus dramas, novelas o ensayos, desarrolla una espiral que en cada momento muestra que ideas y acciones de los cubanos formaban parte de un proceso dialéctico. La publicación del ensayo *La senaduría corporativa*, de 1914, demostró que José Antonio Ramos había decidido no solo enjuiciar, sino trabajar para encontrar soluciones a los males cubanos. El ensayo propone una forma concreta de reorganizar la vida política del país y coloca a su autor en un plano de vanguardia en relación con la mayoría de la intelectualidad progresista cubana.

En el proyecto ya mostró su madurez desde el punto de vista metodológico: el análisis de la historia y de lo que había sido la República hasta esa fecha le permitió comprender que en Cuba, ciertamente, no habría así un gobierno que representara los genuinos intereses del

pueblo cubano. De ahí que su tesis estuviera muy lejos de ser «un atentado a los principios de la verdadera democracia, podría considerarse un paso en firme hacia la socialización del estado». Demostró que en las circunstancias cubanas un régimen partidista no resolvería nada, pues no había realmente partidos políticos, sino «conglomerados alrededor de figuras improvisadas, intelectualmente nulas por lo común», ya que para él, después del Partido Revolucionario Cubano no había existido otro y solo tenía confianza en «la acción bienhechora del ciudadano trabajador (obrero, abogado o comerciante) que como político». Su proposición concreta era la de modificar la composición del poder legislativo, de forma tal que estuviera compuesto por dos cámaras, dejando la de representantes como estaba y modificando la cámara alta, en la que se suprimirían algunas senadurías «políticas» y las restantes serían distribuidas entre los que eligieran los sectores sociales del país. Así, la representación de cada sector sería directa y garantizaría los intereses de sus miembros en una cámara profesional nacional, la que por otra parte estaría dotada de las aptitudes y capacidades de que siempre había carecido nuestro gobierno. José Antonio Portuondo señala acertadamente que este proyecto, a pesar de su «semejanza, en el nombre y otros rasgos, no se trata [...] de nada coincidente con la tesis fascista del estado corporativo» y que era «algo mucho más cercano al anhelo, de raíces platónicas, de una tecnocracia, de un gobierno de sabios, de los hombres de ciencia, de los técnicos, renovada por el positivismo». «José Antonio Ramos —considera Portuondo—, como muchos honrados liberales de su tiempo, no confiaba demasiado en la capacidad de los pueblos para elegir a sus mejores mandatarios, a los capaces de guiarlos sin engaños y sin halagar su ignorancia del arte de la política».

En 1916, apareció el *Manual del perfecto fulanista*, subtulado *Apuntes para el estudio de nuestra dinámica política social*, excelentemente valorado por José Antonio Portuondo. Ramos recalcó en él todos los defectos que han impedido la existencia de una verdadera dirección del estado con un carácter democrático, pretendía orientar cómo debía ser esa dirección en el futuro. Comenzó a mostrar un pragmatismo no asumido a fondo, sobre todo, al analizar la forma de vencer la hegemonía norteamericana. Para él, el capital extranjero era beneficioso siempre que no significara una imposición de los norteamericanos en son de conquistadores, al comprar funcionarios públicos y despreciar las leyes, costumbres y tradiciones. Ramos combatió la imitación de lo norteamericano, el sueño de extranjerizarse de algunos que, incluso, enviaban sus hijos a colegios yanquis para que volvieresen descarriados. Consideraba que la extensión territorial, la numerosa población y la capacidad militar de las naciones no les daban a estas la misión de ofrendar ideales a la humanidad y enderezar a los pueblos por la senda de la felicidad. Significativo fue el llamamiento que hizo a los pueblos latinoamericanos, para que se uniesen y descubrieran su propia fuerza. Reiteró, entonces, la necesidad de tener en jaque al capital extranjero para defender la nacionalidad y la soberanía, pues independientemente de su beneficio al país, tendía a convertir a Cuba en una factoría. En esencia, pese a consideraciones históricas erróneas sobre el tránsito de Cuba de Colonia a República, destacó que «el mayor peligro del yanqui es cuando la gran plutocracia americana lucha en una república latinoamericana por expulsar el predominio de una nación de Europa e imponer el suyo, como sucede en Nicaragua y en México, donde la intervención yanqui es una deshonra para los Estados Unidos y una

lección para las demás repúblicas hermanas». En conclusión, Ramos consideraba que los cubanos podían enfrentar el peligro de la absorción yanqui mediante el orden, la paz, el absoluto acatamiento del sufragio electoral, la pureza de elecciones, el respeto a las leyes, y a la mayor honradez administrativa posible, pues «Los Estados Unidos caen como buitres solo cuando el desbarajuste interior del país les ofrece el pretexto de mezclarse cuando huelen el peligro». Esta era la tesis de Ramos, que coincidía en la segunda década de República con la de otros como Manuel Márquez Sterling: «Ante la injerencia extraña, la virtud doméstica».

La lectura del *Manual...* deja en nosotros, sobre todo desde la perspectiva actual, la comprensión de que aquella forma de sistema social tenía necesariamente que sucumbir, que era urgente su cambio, no solo por los elementos retardatarios que implicaban la corrupción política y administrativa, la prensa vendida a los intereses mercantilistas, la discriminación racial y del sexo, el carácter reaccionario del catolicismo como freno al desarrollo de una conciencia práctica, despojada de limitaciones para la construcción de una sociedad mejor; sino también, por la constante amenaza, descomunal —pero no necesariamente vista como permanente— del imperialismo norteamericano.

El patriotismo de Ramos le abría caminos, no todos a la vez, pero sí los que la madurez de la sociedad cubana en su conjunto le mostraba. Al apropiarse, a pesar de las limitaciones del método, de esa realidad, veía Ramos en las nuevas generaciones las fuerzas capaces de lograr un cambio, fuerzas que también, lógicamente, tendrían nuevas ideas. «El hijo de un pesimista no podrá llegar jamás a ser un hombre», no debía dárselos ese ejemplo, pues «Al cabo, si somos muy pocos —decía— un día

seremos muchos»; eduquemos para entonces a las nuevas generaciones, pues «pese a quien pese, el pasado no vencerá jamás al porvenir».

El análisis de las gestas patrióticas, su desarrollo y las causas que impidieron la victoria del Partido Revolucionario Cubano se mantuvieron como una constante durante este período. Como aspecto significativo se destacaba la comprensión del carácter de fenómeno continuo de la revolución cubana, al reconocer el papel de Martí como vínculo entre las gestas del XIX y el momento en que escribía. Es indudable que en la valoración hecha por Ramos de nuestras gestas, estaba la influencia directa de Martí, lo que le permitió profundizar y aleccionar a sus contemporáneos, acerca de la diferencia de las guerras independentistas y las contiendas de partidos políticos en la República. Ramos encontró en la obra martiana, tempranamente, una guía para la acción. En tal sentido, se pronunció y actuó porque el pensamiento martiano fuera conocido por el pueblo, no como meras palabras, sino como ejemplo para una actitud necesaria.

Producto de este mismo espíritu patriótico, surgió, en 1917, otro proyecto, la creación de una Asociación Cívica Cubana, para despertar las conciencias no comprometidas con la corrupción política y administrativa —sobre todo las de los jóvenes— e instar a discutir los temas más urgentes y a prepararse para una arremetida final contra los vicios de la República. La asociación reconocía el peligro yanqui y destacaba el papel de las gestas libertadoras y de sus héroes como camino para ver la patria verdaderamente independiente. El proyecto logró fomentar algunas asambleas de jóvenes interesados; pero pese al esfuerzo de sus principales promotores y al peligro de que lo usasen como tribuna de propaganda demagógica los mismos políticos corrompidos a quienes

pretendía combatir, ya a fines de la década no era para Ramos más que el recuerdo de otro proyecto fracasado. La Asociación fue el germen de un movimiento posterior que, a despecho de su poca duración, sirvió de espacio para que jóvenes como Rubén Martínez Villena se iniciaran en la acción política consecuente.

Estrechamente vinculados a los fines de la Asociación Cívica Cubana estuvieron sus proyectos «La primera comunión cívica» y «La cartilla de identidad». Ramos se lamentaba de la pobre educación que recibía el joven votante y se preocupaba por crear instituciones sociales que, de manera profunda e impresionante, influyeran favorablemente en la conciencia de los jóvenes. Pedía al estado cubano que reclamase sus derechos e impusiera una educación que despertase la conciencia patriótica en el niño, ya que hasta entonces era la iglesia católica la encargada de su educación moral. Proponía entregar la ciudadanía a cada joven digno de obtenerla por su posición ante la sociedad, en un acto solemne, en una fiesta en la estuviesen vestidos de blanco, como símbolo de pureza. En ese acto se hablaría de nuestra historia y podría entregarse a los participantes la cartilla de identidad, que debía convertirse en documento permanente, de múltiples usos; pero que garantizaría, sobre todo, la celebración de un proceso electoral sin fraudes.

En su estancia en Cuba durante los meses posteriores a la terminación de la primera guerra mundial —momentos propicios para la reflexión sobre los destinos del país—, Ramos se vio obligado a profundizar en sus tesis sobre el problema económico, al responder a señalamientos sobre lo poco atendido que estaba el tema en el *Manual del perfecto fulanista*. Esta profundización lo llevó, entre los años 1917 y 1925, a plantearse las relaciones entre Cuba y Estados Unidos

de forma más realista y urgente. La defensa de la nación se convirtió, de hecho, en la defensa de un nacionalismo en el plano económico; pero un nacionalismo sincero, distinto del que había suscitado en la vieja Europa imperialismos absorbentes y agresivos.

A pesar de sus largos períodos de servicio consular en diferentes países, los asuntos de Cuba siguieron siendo preferidos. En 1921, tras su regreso al país, pronunció una conferencia en el Instituto Provincial de Matanzas —invitado por la Fundación Luz y Caballero—, que fue publicada posteriormente con el título «Crítica de la hora actual y ensayo de una nueva justificación de la República de Cuba». Acababa de vencer una crisis de pesimismo, estimulada por dos meses de estancia en La Habana, invadida de un desenfrenado y general extranjerismo. En Matanzas se sentía nuevamente triunfante y optimista, decidido a oponerse al peligro evidente de la acelerada entrega —con la pérdida de nuestros recursos económicos y la atadura de nuevos préstamos— de la soberanía nacional al capitalismo extranjero. Y su alegato alcanzó una perspectiva universal cuando lo ilustró con ejemplos similares de América Latina y del mundo. Reiteró su clamor por encauzar correctamente nuestra educación y nuestra cultura: «El único medio de obtener la identidad de miras y la uniformidad del espíritu necesario para que el ideal tan elevado cunda y se imponga»; por otro lado, analizó lo difícil que sería para sus conciudadanos directores de la vida política del país, dejar de percibir, con las entradas de dólares comprometedores, el engrosamiento de sus peculios personales. Consideró que «Cuba independiente significa: Cuba sacrificando algo de su prosperidad material para vivir por cuenta propia en el orden espiritual histórico». Si en 1913, en uno de los ensayos de *Entreactos*, titulado «Hablando de Cuba», mencionaba

la dependencia económica como consecuencia, más que como causa, ya a partir de 1922 la reconocía al revés. En su ensayo «Sentido económico de la emancipación de la mujer» inició sus consideraciones del papel básico de la economía: la relación causa-efecto entre la independencia económica y la libertad política del país. Esta nueva valoración de lo económico y la radicalización de su antiimperialismo, fueron enlazándose y produjeron en él significativos avances ideológicos. Proponía Ramos que los cubanos formasen dos bandos: los que creían imposible la República y los que estaban dispuestos a defenderla a toda costa, contra viento y marea. Después de censurar a la alta burguesía, que había dejado morir la República y se había enriquecido a costa de ella, la instó a salvarla; después de censurar a los que veían la bandera de la estrella solitaria en el Morro como una limitación para su progreso individual, pidió a todos los presentes «hacer sentir al extranjero que los cubanos estamos dispuestos a arrasar la isla de un extremo a otro que entregarnos otra vez al paternalismo del marinero y del soldado yankee».

A partir de 1922, comenzó a debilitarse su programa de reformas morales y cívicas. La idea de que la falta de virtud doméstica había sido y era la causa de la injerencia extraña fue sustituida por otra, expresada en su ensayo «Nacionalismo y capitalismo», también de 1922: «¿Hay que decirlo más claro? ¿No salta a la vista que es el capital norteamericano el virus mortal —como quiera que venga— para nuestras nacionalidades?».

Estas ideas antimperialistas y latinoamericanistas las reafirmó, asociadas a nuestras luchas independentistas, en ocasión de celebrarse, en 1922, un aniversario más del 10 de octubre. «Cuba, por nuestra parte —necesario es tenerlo en cuenta— no constituye problema aparte de

Santo Domingo, Guatemala, Nicaragua». Y para ratificar tal correspondencia, ofreció un ejemplo de Cuba: «Para apreciar la identidad y fatalidad de nuestra Historia no hay sino advertir como nuestro congreso acaba de aceptar el empréstito de los 50 millones de pesos después de lo acaecido y de lo que acaece en las vecinas repúblicas con los empréstitos, los gobiernos indígenas, y los métodos de los prestatarios para asegurarse del cobro de sus dólares».

Consciente ya de la importancia fundamental del problema económico, llegó a aseverar que no habría independencia política sin independencia económica. Un grupo de obras anunciaron el período de plenitud del autor: dos novelas, *Coaybay* (1925) y *Las impurezas de la realidad* (1929); junto a obras de pensamiento, como el artículo «Los Estados Unidos y el patriotismo» (1927); su «Proyecto de reformas al código electoral cubano» y una «Carta abierta a los estudiantes». Entonces se abrió un pensamiento genuinamente revolucionario que partió de las mejores tradiciones patrióticas, del paradigma martiano, y llegó hasta la identificación con el ideario marxista-leninista.

Los últimos siete años de su existencia fueron para Ramos de total realización. Toda su vida quiso ser útil a la patria, a su pueblo; no siempre tuvo los medios para participar activamente en las necesarias transformaciones. Sus propias limitaciones le impidieron establecer tempranamente una comunicación constructiva con ese pueblo que quiso redimir. Pese a sus intentos, a sus íntimos deseos, no fue un actor de la vida política nacional; sin embargo, muchos son los hechos que, aun comprometiendo su bienestar material y hasta su vida, fueron ejecutados por él con valentía y decisión. Vivió sus últimos años satisfecho por lo que hacía, porque podía sentir la respuesta de aquellos a quienes defendió. Estaba muy lejos de sentirse

defraudado, como pudo haberse sentido antes. Ángel Augier, al rendirle homenaje en 1946, manifestó: «Pero todo ese impulso que no pudo plasmarse con su voz para el mitin y la barricada, lo volcó en sus libros y su semilla no se ha perdido, no se perderá». El balance general de su obra toda, aún por hacer, reafirmará su justa inclusión entre los hombres «reales y útiles» de la patria.

Bibliografía

- Portuondo, José A.: *Capítulos de Literatura Cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- Ramos y Aguirre, José Antonio: *Entreactos*, Ediciones Ricardo Veloso, La Habana, 1913.
- _____: *La senaduría corporativa*, Imprenta El siglo XX, La Habana, 1914.
- _____: *Manual del perfecto fulanista*, Editorial Juan Montero, La Habana, 1916.
- _____: «La primera comunión cívica», *Cuba contemporánea*, Vol. 4, No. 2, La Habana, junio de 1916.
- _____: *Reglamento de la Asociación Cívica cubana*, Imp. Álvarez López y Cía., La Habana, 1918.
- _____: «Crítica de la hora actual y ensayo de una nueva justificación de la República de Cuba», *El Fígaro*, No. 38, 6-13 de noviembre de 1921.
- _____: «Nacionalismo y capitalismo», *La noche*, La Habana, miércoles 29 de marzo de 1922.
- _____: «Sentido económico de la emancipación de la mujer», *Cuba contemporánea*, No. 10, La Habana, enero-abril de 1922.
- _____: «Proyecto de reformas al código electoral cubano», *Cuba contemporánea*, No. 15, La Habana, febrero de 1927.
- _____: «Fragmentos de las memorias», *Nueva revista cubana*, Vol. I, No. 3, La Habana, octubre-diciembre de 1959.

ESTHER BORJA, LA ÚNICA DAMISELA DE CUBA

PEDRO LEÓN LLANO

Vicedecano de Desarrollo de la Universidad de Artemisa.

El gran artista y compositor cubano Gonzalo Roig, al referirse a Esther Borja planteó: «Representa para Cuba, lo que Raquel Meller para España, lo que Rosita Quiroga para Argentina, lo que Toña la negra para México...». Esther Borja nació el 5 de diciembre de 1913 en La Habana. Era hija de Ladislao Borja y Ramona Pérez —su primera maestra— quien cantaba canciones cubanas y trozos de zarzuelas en veladas familiares, acompañada al piano. La familia recibía a músicos destacados de la época, como Antonio María Romeu. De adolescente, Esther Borja conoció a Rosendo Ruiz Suárez, su vecino, y a Sindo Garay, dos grandes de la trova tradicional cubana.

En 1929 Esther se presentó por primera vez en público en el poblado de Santiago de Las Vegas; cantó «Noche azul» y «Canto siboney», de Ernesto Lecuona. Cuando concluyó sus estudios secundarios comenzó a tomar lecciones de música en el Centro Gallego. Se graduó de piano con medalla de plata en 1932. En estos años cantó como aficionada en la estación radial CMCA, donde se relacionó con Juan Brouwer, hijo de la compositora Ernestina Lecuona, a la cual también conoció poco después y quien le preparó su primer recital. En 1934 Esther Borja hizo una gira por varias ciudades de Cuba con un repertorio de canciones cubanas y mexicanas.

Comenzó su vida profesional en 1935 junto a Ernesto y Ernestina Lecuona, ofreciendo conciertos en el Lyceum Lawn Tennis Club y el Teatro Nacional (hoy Gran Teatro de La Habana), y actuando en las emisoras CMK y CMX. Estrenó, de Lecuona, «Para Vigo me voy», «Soñé que me dejabas» y «Mi amor del aire se azora». Ese año presentó un ciclo de canciones que Lecuona le dedicó, con textos de José Martí: «Un ramo de flores», «La que se murió de amor», «Una rosa blanca», «Es mi canto de amor», «Tu cabellera» y «Sé que estuviste llorando». De Ernestina Lecuona, en el teatro Auditorium, dio a conocer las canciones «Bésame, loca» y «Cierra, cierra los ojos».

En septiembre de 1935, en el Teatro Auditorio, hizo su debut teatral con la zarzuela *Lola Cruz*, cuya música era de Ernesto Lecuona y el libreto, de Gustavo Sánchez Galarraga. Junto a ella cantaron la soprano Caridad Suárez y los tenores Miguel de Grandy y Pedrito Fernández. En esa obra estrenó el vals «Damisela encantadora», con éxito extraordinario.

En 1936 realizó su primera gira por América Latina. Actuó, junto a Ernesto Lecuona, en Valparaíso y en Santiago de Chile. En Buenos Aires debutó en el Gran Teatro Broadway, obtuvo un contrato de exclusividad para cantar en Radio El Mundo y más tarde participó, en unión de Lecuona y Bola de Nieve, en la película *Adiós, Buenos Aires* (1937), dirigida por Leopoldo Torres Ríos, con los actores Amelia Bence y Tito Lusiardo.

En 1940, en el teatro Principal de la Comedia de La Habana, intervino en la puesta en escena de *Las Leandras*, de Francisco Alonso, con Rosita Fornés. También representó a Julieta en *El conde de Luxemburgo*, opereta de Franz Lehár. Ese mismo año, en Buenos Aires, cantó las zarzuelas de Lecuona «El cafetal», «Lola Cruz», «Rosa

la China» y «María la O». Dos años más tarde, en Cuba, protagonizó las zarzuelas *Luisa Fernanda* y *Azabache*, de Moreno Torroba; la opereta *La bayadera*, de Kalmán, y la ópera cómica *Don Gil de Alcalá*, de Penella.

En 1942 fue contratada en exclusiva por CMQ Radio para formar parte de programas estelares. Al año siguiente debutó al lado de Lecuona en el Hall of América y luego en el Steinway Hall de Nueva York, interpretando canciones cubanas. Fue contratada por el compositor y empresario Sigmund Romberg para integrar su compañía, con la que se presentó en el Carnegie Hall, respaldada por su gran orquesta de conciertos.

Con la compañía de Romberg realizó una prolongada gira por cuarenta y cuatro estados norteamericanos. Entre otros escenarios, se hizo aplaudir en los teatros Orchestra Hall y Schubert, de Chicago; Lyric, de Baltimore; Academy of Music, de Filadelfia, y Radio City Music Hall, de Nueva York.

Regresó a Cuba en 1948 y ofreció recitales en varios teatros habaneros. El 15 de abril de ese año ofreció en el teatro Auditorium su Concierto Panamericano, respaldada por cinco notables pianistas-compositores de su generación: Orlando de la Rosa, Felo Bergaza, Carlos Barnet, Mario Fernández Porta y Julio Gutiérrez. Interpretó, entre otros títulos, «Tristeza andina, del peruano Carlos Valderrama; «Ese lero, lero, lero», de la mexicana María Greever; «Los arbolitos, del mexicano Martínez Gil»; «Love, come back to me», del norteamericano Romberg; y «Alma llanera», del venezolano Pedro Elías Gutiérrez. De autores cubanos: «Al recordar tú nombre», de Carmelina Delfín; «No lo dudes», de Ernestina Lecuona; «Si lo quisiera Dios» y «Por qué me has hecho llorar», de Ernesto Lecuona; «Mi guitarra guajira», de Olga de Blanck; y «La palma», de Rodrigo

Prats. Además, «Experiencia», de Arturo R. Ojea; «Canción del amor que vuelve», de Mario Fernández Porta; «Un momento, de Julio Gutiérrez»; y «Para cantarle a mi amor», de Orlando de la Rosa.

Con la llegada de la televisión en 1950, fue contratada con frecuencia por programas estelares. Hasta 1953 participó en las temporadas de zarzuelas y operetas en el Teatro Martí, de La Habana. En marzo de 1953 cantó, en los teatros Álvarez Quintero, de Madrid, y Cómico, de Barcelona, las zarzuelas de Lecuona «El cafetal» y «María la O». Fueron esas sus últimas actuaciones en ese género teatral. En octubre del mismo año, en la capital española, grabó su primer disco de larga duración, *Rapsodia cubana*, para la firma Montilla, con la orquesta de Cámara de Madrid, que dirigieron Fernando Mulens y Daniel Montoiro. Antes había grabado varios discos de 78 revoluciones para los sellos RCA Víctor y Columbia, en Estados Unidos, y Alkázar y Alhambra, en España.

Rapsodia cubana está considerado un disco ejemplar, tanto por la depuración del arte de la intérprete y la belleza de los arreglos orquestales como por el repertorio escogido, compuesto por joyas de la canción cubana como «El arroyo que murmura», de Jorge Anckermann; «Lágrimas negras», de Miguel Matamoros; «Canto siboney» y «Damisela encantadora», de Ernesto Lecuona; «Mírame así», de Eduardo Sánchez de Fuentes; y «Lamento cubano», de Eliseo Grenet.

Un nuevo hito en la carrera discográfica de la artista tuvo lugar en 1955 con la aparición de *Esther Borja canta a dos, tres y cuatro voces* —que significó un hecho sin precedentes en la historia de las grabaciones en el país—, disco en el cual demostró su absoluto dominio de la técnica vocal al asumir las cuerdas de contralto, mezzosoprano y soprano en obras de Sindo Garay, Jaime Prats, Manuel

Corona, José Marín Varona, Félix B. Caignet y Ernestina Lecuona. El acompañamiento estuvo a cargo de Numidia Vaillant y de Luis Carbonell, quien seleccionó el repertorio e hizo el montaje de las voces.

La siguiente producción discográfica —como la anterior, para la firma Kubaney— fue una antología de canciones de Ernestina Lecuona, con el acompañamiento de una orquesta dirigida por Humberto Suárez. Entre 1957 y 1958 aparecieron dos nuevos discos suyos; en el primero —compartido con la soprano América Crespo e interpretando obras de Gonzalo Roig— Esther Borja canta, entre otras, «Dolor de amor» y «Nunca te lo diré», dos de las canciones que la acompañarían durante toda su carrera.

En el último disco de larga duración que grabó para Kubaney, *Ayer y hoy*, con orquesta dirigida por Roberto Sánchez Ferrer, se incluyeron obras de compositores de las décadas de 1940 y 1950, entre ellos Osvaldo Farrés («Toda una vida»), René Touzet («No te importe saber»), Mario Fernández Porta («No te alejes») y Orlando de la Rosa («Para cantarle a mi amor»).

Tras el triunfo revolucionario de 1959, Esther Borja actuó en varios países, entre ellos Ecuador, la extinta Unión Soviética, China y Polonia. Popularizó la canción «Despertar», de Eduardo Saborit, dedicada a la Campaña de Alfabetización; y, en 1961, comenzó a conducir el programa *Álbum de Cuba*, que permaneció en pantalla a lo largo de veintitrés años. Su siguiente disco, que tomó el nombre de ese espacio televisivo y que apareció en 1965 bajo el sello Egrem, recogió obras de Gonzalo Roig («Lloro aún al recordarte»), Adolfo Guzmán («Lloviendo»), Rodrigo Prats («Miedo al desengaño»), Ernesto Lecuona («¿Por qué me has hecho llorar?») e Isolina Carrillo («Sombra que besa»).

Ofreció numerosos recitales en escenarios habaneros como el Auditorium Amadeo Roldán, el teatro de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional y en teatros de otras provincias, con Mario Romeu al piano.

En 1972 comenzó a ser acompañada por Nelson Camacho, joven pianista estudioso de la obra de Lecuona y de otros autores del país. Juntos prepararon conciertos antológicos de la canción cubana, con los cuales recorrieron varias ciudades y realizaron tres discos de larga duración en 1975 para la firma Areíto-Egrem, con obras vocales e instrumentales de Ernesto Lecuona: «Mi vida eres tú», «Soy razonable», «Tè he visto pasar», «Tè vas, juventud», «Canción del amor triste» y «Quisiera ser hombre» (con versos de Juana de Ibarborou), además de «El jardinero y la rosa» (con letra de los hermanos Álvarez Quintero).

Tras más de medio siglo de carrera, Esther Borja se retiró del canto en 1984. Continuó impartiendo conferencias sobre la canción cubana dentro y fuera del país. Participó activamente como jurado en los festivales de la radio, y como asesora de programas culturales.

A su discografía oficial se sumaron cientos de grabaciones realizadas para la radio y la televisión, conjunto que integró un repertorio ejemplar, compuesto de obras notables de todas las épocas. Sus interpretaciones abarcaban desde «El azra», del compositor trinitario del siglo XIX Lico Jiménez, hasta canciones de Alberto Villalón, Armando Oréfiche, César Portillo de la Luz, Ela O'Farrill, Níco Rojas y Silvio Rodríguez.

Considerada una de las principales voces de Cuba del siglo XX y con gran prestigio nacional e internacional, se retiró de los escenarios y de la música en 1984. A la edad de 100 años falleció en La Habana, el día 28 de diciembre de 2013, lo que constituyó una gran pérdida para nuestra

cultura. Pero se le recuerda y muchas de sus canciones se conservan como patrimonio del país.

Varios especialistas y músicos, como Luis Carbonel, Gonzalo Roig, entre otros, han reconocido que el nombre de Esther Borja se une a la canción lírica cubana y a partir de 1935 pasea, con el timbre único de su voz, la obra imperecedera de los más grandes músicos cubanos en los cenáculos más codiciados de 44 Estados de Norteamérica, gran parte de América Latina, el Caribe y España.

Desde 1955 todos los que descubren en sus discotecas el disco *Esther Borja canta a dos, tres y cuatro voces* tienen ante sí una gema de arte supremo. Así afirmó el laureado escritor y director de la Radio Nacional, Miguel Ojeda.

Nuestro inolvidable poeta y músico de la canción campesina, Jesús Orta Ruiz, el Indio Naborí, dedicó a esta reconocida artista cubana el poema «Esther Borja, la Dama de la Canción».

Para conservar el quehacer de esta gran artista y para que su legado perdure y sea reconocido por las nuevas generaciones se creó la Cátedra Esther Borja, la Única damisela de Cuba, en la que, a través de diferentes actividades, se le transmite a las nuevas generaciones todo lo referido a esta gran artista. La integran 59 alumnos de diferentes carreras y 38 profesores de departamentos de la Universidad de Artemisa. Diversas experiencias se han llevado a cabo en el Centro Universitario Municipal de Candelaria, provincia de Artemisa. A través de la institución se han realizado actividades para recordar a la dama de la canción: conferencias sobre la labor cultural de nuestra artista, análisis de sus canciones, proyección de la película en la que actuó. Se creó también el taller de poesía y décima Esther, Mujer de Inspiración, y se han realizado exposiciones de fotos y de pinturas inspiradas en la gran diva; además de conferencias impartidas por personalidades que la conocieron.

Su discografía está conformada por: *Rapsodia de Cuba*, Cuba, 1953. *Rapsodia de Cuba featuring Esther Borja*. Con la orquesta de Cámara de Madrid. Director: Fernando Mulens y Daniel Montorio. Arreglos: Fernando Mulens. Madrid, 1955, CDFM-21.

Esther Borja canta a dos, tres y cuatro voces. La Habana, 1955. Piano: Numidia Vaillant y Luis Carbonell. Egrem 6868076.

Esther Borja interpreta canciones inolvidables de Ernestina Lecuona. La Habana, 1957. Orquesta y arreglos: Humberto Suárez.

Canciones de Gonzalo Roig. Cuba, 1957. Orquesta dirigida por el maestro Roig. Intérpretes: Esther Borja y América Crespo.

Ayer y hoy. La Habana, 1958. Con orquesta y arreglos de Roberto Sánchez Ferrer.

Álbum de Cuba. La Habana, 1965. Orquesta de cuerdas de Roberto Valdés Arnau. Acomp. Adolfo Guzmán, Rafael Somavilla.

Esther Borja interpreta a Ernesto Lecuona, La Habana, 1975. Piano: Nelson Camacho.

Filmografía

Adiós Buenos Aires, 1938. Blanco y negro, 85 minutos. Dirigida por Leopoldo Torres Ríos. Interpretada, entre otros, por Ernesto Lecuona, Amelia Bence, Tito Lusiardo, Florén Delbene, Orquesta Habana-Casino.

Reconocimientos: Orden Félix Varela, Premio Nacional de Música de Cuba, Medalla Alejo Carpentier y Premio del Gran Teatro de La Habana.

PARA TENDER PUENTES: ESPAÑA Y AMÉRICA EN EL PENSAMIENTO Y PRAXIS CULTURAL DE JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

M.SC. MALENA BALBOA PEREIRA. *Investigadora del Instituto de Historia de Cuba.*

Acercarse al estudio del pensamiento y quehacer de una personalidad histórica resulta siempre un enorme reto. El caso de José María Chacón y Calvo, sexto conde de Casa Bayona y uno de los intelectuales más prestigiosos de la pasada República, no constituye una excepción. Múltiples instituciones culturales, como el Ateneo de La Habana, la Sociedad de Conferencias o la Dirección de Cultura, de la que fuera su director poco más de un decenio, dan fe de su incesante labor cultural y sus desvelos por los destinos de la nación cubana.

Diversos autores han abordado el quehacer de Chacón desde disímiles aristas.¹ Zenaida Gutiérrez Vega, entre ellos.

¹ A modo de ejemplo tenemos: Colectivo de autores: *Seis visiones y un recuerdo sobre José María Chacón y Calvo*, Centro de Estudios Hispánicos José María Chacón y Calvo, La Habana, Editorial CREAT, 1995; Miguel Iturria Savón: *José María Chacón y Calvo. Visión de autores españoles*, Editorial José Martí, La Habana, 1998; Salvador Bueno: *Cubanía y españolidad de José María Chacón y Calvo*, Editorial Letras cubanas, La Habana, 1994. De Zenaida Gutiérrez Vega: *Epistolario Alfonso Reyes-José María Chacón y Calvo*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1976; *José María Chacón y Calvo. Corresponsales cubanos*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2006; *Fernando Ortiz en sus cartas a José María Chacón (1914-1936, 1956)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1982. Además véase, de Malena Balboa Pereira: *Contra la indiferencia oficial: José María Chacón y Calvo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2013, entre otros.

Uno de sus libros lleva por título *José María Chacón y Calvo: hispanista cubano*. Y me pregunto: ¿acaso está todo dicho sobre el hispanismo en Chacón? ¿En que medida determinó sobre su cosmovisión la estancia en tierra ibérica y la interacción con la intelectualidad española del período? ¿Cómo influyó en la posterior puesta en marcha de sus proyectos culturales al frente de la Dirección de Cultura en Cuba? ¿Y Cuba? ¿Y sus raíces? ¿Cómo se manifestó esa cubanía y españolidad a la que hace referencia Salvador Bueno en el entendimiento de la realidad de su país y de América?

Vega recrea la presencia de Chacón desde 1918 en España, como miembro de la Legación de Cuba en Madrid. La estancia en ese país, y en especial en la Residencia de Estudiantes, muestra del compromiso contraído por el Estado para con la cultura, pues propició el contacto con diversas personalidades de las letras hispanas. La institución se caracterizó por su amplia labor sociocultural dentro de la concepción de la II República Española. Con influencia directa de la Institución Libre de Enseñanza,² puso en práctica, a juicio del investigador Eduardo Huertas Vázquez, el principio de ser «ajena a todo espíritu e interés de comunidad religiosa, escuela filosófica o partido político proclamando tan solo el espíritu de libertad».³ Con este principio, explica Vázquez, se garantizó en la residencia un sentido de neutralidad, de coexistencia cultural.

Este es el ambiente que vivió Chacón durante su estancia en la residencia y que hizo extensivo a su casa de

² Su director, Alberto Jiménez Graus, fue discípulo de Francisco Giner de los Ríos.

³ Eduardo Huertas Vázquez: *La política Cultural en la II República Española*, Ediciones Ministerio de Cultura, Madrid, 1988, p. 75.¹

General Pardiñas. Sirvió, además, de incentivo para Chacón en tanto posibilidad de implementar proyectos similares en Cuba. La idea de la labor reformadora se fortaleció más a través de la interacción con intelectuales de diversas proyecciones ideológicas agrupados en estos propósitos, que por el conocimiento de las estructuras institucionales.

Si bien desde la filosofía positivista, propia de los inspiradores de la Libre de Enseñanza, se percibe cierta influencia en el intelectual cubano, lo cierto es que difiere con estos en más de una apreciación cultural y política. A diferencia de Rafael Altamira, por ejemplo, que evoca lo que denominó una patria hispana común, Chacón prefiere resaltar el vínculo raigal, el rescate de tradiciones hispanas en América. Esta tradición iberoamericana la reconoce «con matices propios muy característicos pero íntimamente unido con la hispánica».⁴ Considera que, en el afianzamiento como jóvenes naciones, el factor hispano jugó un papel primordial; pero no acude, sin embargo, a las fórmulas de «rehispanización» de Cuba a través del nexo de lengua y raza, al menos no como elemento con el cual se estableciera una total dependencia de la tradición ibérica. Chacón y Calvo no asume un concepto paternalista de la hispanidad. España no fue vista como la madre patria, madre rectora, aunque lejana, de la cual las repúblicas americanas debían aprender.

En carta a Benigno Sánchez comentaba las razones esenciales del rescate de tradiciones, en su caso, hispánicas: «Cuánta indiferencia hemos tenidos por nuestras

⁴Carta a Ataulfo Fernández Llano, La Habana, 15 de marzo de 1939. Fondo personal José María Chacón y Calvo, CM-Chacón, 585-18, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, correspondencia particular, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.

tradiciones dejando así, sin base casi, nuestra menguada soberanía política. No son leyes, más o menos sabias, ni declaraciones de derecho más o menos pomposas lo que le da libertad a un pueblo. Eso solo se consigue con la formación de una unidad étnica clara, perfectamente definida, y a esa unidad no puede llegarse sin un pasado espiritual propio».⁵

Si bien Enrique Ubieta reconoce en *Orígenes de la poesía en Cuba* (1913), de Chacón, la intención de una comunidad espiritual de origen racial, con el paso de los años, al menos hasta donde las fuentes consultadas permiten constatar, se advierte el intento chaconiano de realzar el lazo idiomático más que la evocación de raza.

Es el propio Ubieta quien nos ofrece claves de convergencia entre tal modo de pensar y el de algunos pensadores de la época como Sanguily, para quien «la defensa de las raíces hispánicas es la defensa de (la) identidad».⁶

Según Chacón, la lengua es considerada un proceso multiseccular; ve en ella la trascendencia y manifestación de lo que denominó «tradición creadora y vivencia espiritual».⁷ Una tradición que debía potenciarse, pero no en detrimento de la «nacional» sino como parte indispensable de esta, fortalecida a través de los vínculos culturales que, como bien apuntó su colega Fernando Ortiz, superaría el atraso Iberoamericano por «defectuosisdad troncal».

⁵ Carta a Benigno Sánchez, S/F. Fondo Donativos y Remisiones, Caja 357, No. 36, Archivo Nacional de Cuba.

⁶ Enrique Ubieta Gómez: «Panhispanismo o panamericanismo: controversia sobre identidad cultural 1900-1922», en *Ensayos de identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 22.

⁷ Carta a Ataúlfo Fernández Llano, La Habana, 15 de marzo de 1939. Fondo Personal José María Chacón y Calvo, CM-Chacón 585-18, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, correspondencia particular, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.

Establecer las ataduras con una España renovada e indagar en las raíces hispanas de nuestro pueblo constituyó factor fundamental para comprender el proceso de formación de la nacionalidad cubana.

Chacón defiende su inclinación hispanista alejado de la hispanofilia⁸ que consideró nociva. Rescatar las raíces hispanas, pero las encaminadas a reafirmar «un tipo de cultura propia, fase indispensable para el afianzamiento de nuestras libertades».⁹ Esa constituyó su propuesta en tiempos en que la polémica entre el panamericanismo y el panhispanismo tomaba relieve en la Isla.¹⁰

Claro está, ello implicaba replantearse ciertas realidades dentro del debate intelectual, de forma tal que la construcción del discurso fuera efectiva. Por coincidencias del destino, Chacón y Calvo nació el mismo mes y año en que se celebraba el 400 aniversario de las empresas colombinas, con múltiples debates y conferencias acerca de su impacto en el Nuevo Mundo.¹¹ Una década después de estos eventos era establecida la República en Cuba, y las ideologías de corte nacionalistas diseñaban sus discursos con base en la simbología del pasado libertador, en modo alguno de carácter antiespañol; pero sí, cubano.

La nación estadounidense era presentada en estas construcciones como la *aliada* salvadora que puso fin a la

⁸Al respecto véase carta a Benigno Sánchez, S/F. Fondo donativos y Remisiones, Caja 357, No. 36, Archivo Nacional de Cuba.

⁹Ibídem.

¹⁰A propósito consúltese Enrique Ubieta Gómez: «Pahispanismo o panamericanismo: controversia sobre identidad cultural 1900-1922», *Ensayos de identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993.

¹¹Nació en Santa María del Rosario, actual municipio habanero de El Cotorro, el 29 de octubre de 1892

hostilidad hispano-cubana, y a la que se debía la independencia definitiva. Las décadas siguientes transitaron en una suerte de dicotomía discursiva de códigos y simbologías entre una modernidad *a la americana*, una independencia y autoctonía de *lo cubano* y un patrón común de lengua y cultura aportado por las raíces hispanas. Al igual que Ortiz, no descarta la presencia cultural de Estados Unidos en América, pues considera que solo de esa forma se podía desarrollar una «política de cordialidad entre los países del hemisferio». ¹² No creo que el aspecto económico resultase desconocido para Chacón. Los criterios de aprobación, enviados a Juan Marinello con motivo de su carta abierta a John Dewey donde manifiesta que, a su juicio, «se erigían como contribuciones importantes para el futuro de Cuba y de América», ¹³ son una muestra de ello.

Claro está, en este proceso debía llevarse al unísono una potenciación del nacionalismo cubano. De ahí, la importancia que revistió el siglo XIX colonial en las obras de Chacón y Calvo. Se trataba del rescate de lo mejor de la tradición intelectual criolla de la mano de padres fundadores como Félix Varela, José de la Luz y Caballero y otros exponentes de una cultura definidora de rasgos propios aún en los moldes de la Cuba colonial.

¹² José M. Chacón y Calvo: «Una política de la cultura», *Revista Cubana*, enero-marzo de 1938, p. 110.

¹³ Recordemos que la carta de Marinello a Dewey fue escrita en el treinta en plena lucha contra la dictadura de Machado. En ella apunta con acierto la precaución de no caer amarrados a ningún dogal económico so pena de perder la autonomía doméstica y la personalidad hispánica al tiempo que resalta la búsqueda de soluciones propias para los problemas propios. No descarta la «construcción de una esfera común de pensamiento y acción». Ambos textos se encuentran en: Ana Suárez Díaz: *Cada tiempo trae una faena. Selección de correspondencia de Juan Marinello Vidaurreta*, Editorial José Martí, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2004.

Con el propio Fernando Ortiz se vinculó a importantes iniciativas culturales orientadas a este rescate. La Institución Hispano Cubana de Cultura, fundada por Ortiz, tuvo en Chacón un ferviente colaborador. En 1926, desempeñó la responsabilidad de ser su corresponsal y delegado en Madrid. Los contactos que estableció con el Centro de Estudios Históricos, en la persona de su director Ramón Menéndez Pidal y otras importantes figuras como el propio Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, le permitieron establecer los nexos necesarios con vistas a crear lo que Ortiz calificó de «circuito de intercambio hispanoamericano».¹⁴

A pesar de considerarse José María Chacón y Calvo hispanista, en modo alguno concentró sus esfuerzos en divulgar trabajos limitados al rescate de las raíces hispanas de nuestra cultura. Su *Revista Cubana*, por ejemplo, buscó, con sus ediciones, erigir una plaza del saber que trascendiera los marcos de la producción nacional, sin que por ello descartara el quehacer intelectual nacional. La revista se convirtió así en una suerte de «repertorio cubano», destinado, por una parte, a recoger «las cosas y las ideas centrales que viven en el mundo», y, por otra, a lograr «la cohesión de los múltiples elementos de la cubanidad».¹⁵

Por otra parte, desde su cargo de Director de Cultura gestionó la revitalización de la eximia Sociedad de Folklore, fundada bajo los auspicios de la Sociedad Económica de Amigos del País. Aquella devino en una de las instituciones encargadas de «rescatar la memoria colectiva subalterna».¹⁶ Este primer intento contó con su publicación, los *Archivos de Folklore Cubano*, que pretendió

¹⁴ Para más información véase Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper Mulero: «Fernando Ortiz y las relaciones científicas Hispano-Cubanas, 1900-1940», en *Revista de Indias*, vol. LX, No. 219, España, 2000.

¹⁵ *Revista Cubana*, enero-marzo de 1935, No. 1, p. 5.

¹⁶ Jorge Núñez Vega: «El campo intelectual cubano, 1920-1925», *Debates americanos*, No. 5-6, La Habana, enero-diciembre de 1998.

ser «refugio para el alma cubana a cuyo abrigo podemos guarecernos de los huracanes que rujan afuera».¹⁷ En 1937, Chacón y Calvo logró que fuese creada la Comisión de folklore cubano, integrada por él y los destacados intelectuales Fernando Ortiz y Menéndez Pidal, mediante decreto del Ministerio de Educación.

Como delegado de la Institución Hispano-Cubano de Cultura, Chacón había coordinado la visita cursada por Ortiz para que Menéndez Pidal impartiera un ciclo de conferencias de tema folclórico. No obstante los problemas enfrentados por el intelectual español en el contexto de la Guerra Civil, llegó a Cuba a finales de 1936, donde permaneció hasta mediados del año siguiente. Según expresó Gutiérrez Vega tras la conferencia de Ramón Menéndez Pidal en la escuela normal de Oriente y el círculo de profesores de Camagüey sobre el Romancero, quedó constituido el grupo folclórico bajo la dirección de Felipe Pichardo, el poeta arqueólogo.

Otros grupos folclóricos reactivados por Chacón en las provincias del país fueron los de Trinidad y Cienfuegos, encargados a Francisco Ichaso. Similar petición hizo a Nicolás García Curbelo, interesado en formar un grupo folclórico en territorio de Güines.

Pero no solo abogó Chacón por la presencia de sociedades folclóricas en Cuba. Desde 1914 ya advertía sobre la trascendencia de crear una red interamericana de estas sociedades, elemento que contribuiría a establecer lugares comunes en el orden de la cultura y de las ciencias en el continente. En otras palabras, se reorganizaría lo que él llamó «el alma de la unidad étnica de América».¹⁸ Con el ministro de Ecuador, Víctor Zeballos,

¹⁷ *Archivos de Folklore Cubano*, Vol. I, No. 1, enero de 1924, p. 5.

¹⁸ José María Chacón y Calvo: *Romances tradicionales en Cuba. Contribución al estudio del folklore cubano*, La Habana, Imprenta Siglo XX, 1914, p. 12.

entabló contactos a raíz de la creación de una sociedad folklórica en esa nación. Zeballos solicitó los estatutos y publicaciones de la Sociedad de Folklore Cubana con la finalidad de establecer la correspondiente en su país. No sería casual que, en 1938, a propuesta de Virgilio Díaz Ordóñez, presidente del Ateneo dominicano, fuera nombrado miembro correspondiente de esa institución, designación avalada por su actividad desplegada para el acercamiento entre estas naciones y la «devoción por la cultura continental americana».¹⁹

Este rescate de valores espirituales, de la tradición, sobrepasó las fronteras nacionales y se convirtió en motivo de unidad de los países de habla hispana. Así lo manifestó Chacón, quien abogó por su rescate través de la labor educacional. Sus palabras en el citado Congreso de Panamá lo atestiguan: «Nuestras repúblicas son jóvenes. Sin embargo todas poseen su tesoro de tradiciones. Tradiciones de heroísmo, de cultura, de costumbres. La patria vive de esos recuerdos. Es incompleto y hasta menguado, un sistema educativo que no acentúe los valores e la tradición pues en ellos está la raíz de la nacionalidad. [...] no debe olvidar esta tradición creadora el educador pues lo contrario supondría desconocer o cercenar modos y principios esenciales de la americanidad».²⁰

Otras fuentes de influencias en el hispanismo chaconiano procedían de los exponentes de la generación del 98, a la que «le duele España». Los vínculos desde el punto de

¹⁹ Carta a Chacón firmada por el secretario de correspondencia del Ateneo dominicano Eduardo Matos Díaz y el presidente de la institución Virgilio Díaz Ordóñez, 17 de enero de 1938. CM-Chacón 585-18, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.

²⁰ José María Chacón y Calvo: «Hacia la unidad continental (Impresiones de la conferencia de Panamá)», *Revista Cubana*, Vol. XVII abril-diciembre de 1943, pp. 267-274.

vista estético y estilístico los abordó Gutiérrez Vega al detallar la influencia de Azorín en la prosa de Chacón, la cual se manifestaba en «la búsqueda en este último de una definición ideal a través del paisaje, de los clásicos, del arte, del pensamiento y de la vida».²¹ Este influjo que recibió Chacón de primera mano llegó también a Cuba. Así lo reconoce Mañach en *El estilo en Cuba y su sentido histórico*.²²

Refiriéndose a los exponentes de esta generación, Chacón apuntó: «He aquí una España que quiere entender a América. América debe llegar a la misma inteligencia». Figuras como Santiago Ramón y Cajal, y Juan Ramón Jiménez conformaban lo más selecto de España, según el intelectual cubano, el grupo que podía dar «un nuevo sentido a la vida española».²³

Como ellos, Chacón asume una posición inclinada a la renovación cultural, solo que desde la perspectiva del hombre interesado por ofrecer soluciones a los problemas concretos de la Isla. Como bien apunta el investigador Pedro Cerezo Galán con respecto a los noventaiochocistas españoles, no era «un espacio propiamente político, sino una posición intelectual».²⁴ Para el caso cubano, es sabido que la propuesta del que sería

²¹ Zenaida Gutiérrez Vega: *José María Chacón y Calvo. Hispanista cubano*, Editorial Cultura Hispánica, Madrid, 1969, p. 173. La autora aborda, además, lo referente a los estudios cervantinos por miembros de esta generación y sus nexos con los estudios de esta índole realizados por Chacón.

²² Jorge Mañach: «El estilo en Cuba y su sentido histórico», en *Ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999, p. 219.

²³ Carta a Enrique José Varona, 28 de julio de 1918, Archivo Nacional de Cuba. Fondo Donativos y Remisiones, Legajo 456, No. 29.

²⁴ Pedro Cerezo Galán: «1898: Crisis intelectual y renacimiento cultural», Asociación Andaluza de Filosofía, <http://www.aafi.filosofia.net/ALFA/alfa3/ALFA301.htm>.

director de Cultura se alejaba de las fuerzas políticas radicales; pero no propugnaba un proceso de reformas, dependiente de manera exclusiva del Estado.

La realidad de una República lastrada y alejada de los ideales martianos para su realización, unida a la consabida interacción con exponentes de dicha generación española, fueron circunstancias que perfilaron la concepción de búsqueda de una realidad cubana diferente, donde la intelectualidad, al margen de lo que Chacón denominó «impolítica», se volcó a la socialización de los productos culturales orientados hacia un público consumidor mucho más amplio.

Asimismo, es imposible analizar las bases formativas del pensamiento chaconiano sin recaer en otra de las generaciones de intelectuales españoles: la generación del 27. Si bien Chacón intercambió con Rafael Alberti, Federico García Lorca, Salvador Dalí, por solo citar algunos, se alejó de la influencia estilística evidente en su obra de algunos noventaiochocistas, para proyectarse en el marco del intercambio de vivencias cotidianas y la consolidación de espacios de reciprocidad cultural. Como apunta el investigador José Díaz Roque, el acercamiento a esta generación vino dado «más bien por engrosar los fundamentos de una amplia red intelectual a la que Chacón accedería para intercambios profesionales, implementación de proyectos...». ²⁵ Sin lugar a dudas, los nexos que estableció Chacón en España no solo fueron de carácter subjetivo. Incorporado a las actividades del Ateneo de Madrid, conoció a Rafael Marquina, quien trasladaría toda su experiencia como misionero español a tierras

²⁵ José Díaz Roque: *El crepúsculo, la noche y el marinero. Ensayos literarios*, Ediciones Mecenias, Cienfuegos, 2002, p. 58.

cubanas. En la fundación del Estudio Libre de Pintura y Escultura, que bien pudiera considerarse antesala de la Escuela del mismo nombre, se manifestó el influjo español en el Director de Cultura. La ascendencia de los transterrados tuvo su expresión, de igual modo, en la creación de instituciones como la Escuela Libre de La Habana, de la cual fue su colaborador.²⁶

El propio Chacón reconoció el poder de las instituciones españolas, como cuando proyectó la creación de un Instituto Nacional de Cultura. Dicho organismo, según sus palabras al periodista Antonio Marichalar, habría de funcionar a manera de escuela de estudios superiores a usanza de la Junta de Ampliación de Estudios, radicada en España. En correspondencia con los principios del Director de Cultura, en la misma debían entenderse «los hombres de las más variadas ideologías» y, por consiguiente, habría de funcionar como «una verdadera zona de convivencia».²⁷

Los vínculos con diversos países del área latinoamericana, como República Dominicana, facilitaron a Chacón la intervención a favor del exilio hispano. El proyecto de una cátedra de investigaciones filológicas y otra de estudios históricos y filosóficos, fruto del empeño de Chacón como director de cultura, se convirtió en un espacio para los intelectuales españoles, radicados o de paso por la Isla. La intensa correspondencia sostenida por Chacón con el rector de la Universidad de Santo Domingo, Julio Ortega Frier,

²⁶ Para más información consultar: Dania Vázquez Matos: «La Escuela Libre de La Habana: vivero de inquietudes y desvelos renovadores», en www.cervantesvirtual.com.

²⁷ Carta a Antonio Marichalar, 11 de agosto de 1937, en Nuria Gregori Torada (presentación y notas): *José María Chacón y Calvo. Diario íntimo de la Revolución española*, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 2006, p. 19.

da fe de los desvelos del cubano por traer hasta América a Claudio Sánchez de Albornoz, quien se encontraba en Burdeos bajo el peligro de una «nazificación total de Francia».²⁸ Asimismo, las gestiones a través de Mariano Picón Salas por obtener plazas para figuras como Domingo Barnés Salinas, antiguo ministro de Instrucción Pública de la II República Española, así lo atestiguan. Los nexos con estos países y su meritoria labor de promoción cultural, le hicieron merecedor de los reconocimientos otorgados por diversas autoridades de países de Latinoamérica y España. La II República española, en la persona de su entonces presidente Manuel Azaña, confirió a Chacón la condecoración «Encomienda de Isabel la Católica, en reconocimiento a la brillante labor desarrollada en pro de los ideales de la República española y la fervorosa amistad que dedica a nuestra nación»,²⁹ comentó el presidente español en entrevista concedida a un diario ibérico a raíz del Congreso de Americanistas (1935) celebrado en esa nación europea.

Sin embargo, antes de pisar tierra española ya Chacón y Calvo contaba con el influjo de la obra de uno de los críticos de España, Marcelino Menéndez y Pelayo. Así lo reconocieron sus contemporáneos y el propio Chacón en innumerables ocasiones. En 1922, a raíz de un homenaje que se le ofreció por sus *Cien mejores poesías cubanas*, Mariano Aramburo apuntó sobre la influencia de un profesor, Enrique Maza y Ledesma, en la formación del joven en tanto primer contacto con la obra de Menéndez

²⁸ Las cartas con el rector contemplan los meses de agosto y septiembre de 1940.

²⁹ Recorte de prensa. Fondo Personal José María Chacón y Calvo, CM-Chacón, 138-140, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.

y Pelayo.³⁰ De modo que Aramburo se explicaba «como antes de ir a España ya Chacón tenía conquistado su puesto en la selectísima y para pocos abierta escuela que se ampara y luce con el nombre del insigne polígrafo».³¹ En efecto, la llegada a tierra ibérica y el contacto con los discípulos de Menéndez y Pelayo, en especial con Ramón Menéndez Pidal, contribuyó de forma significativa a afianzar los vínculos chaconianos con el país, al tiempo que asumió, de forma crítica el método de trabajo.

El contacto con la biblioteca del polígrafo español se produjo en 1919 guiado por Miguel Artigas y el hermano de don Marcelino, Enrique Menéndez y Pelayo.³² No encontró al maestro, recuerda el cubano, pero sí a sus discípulos, que eran, a su juicio, maestros egregios de la cultura española.³³ La visita se repitió en 1955, donde tuvo acceso al Epistolario del español, agrupado entonces

³⁰ La primera obra que leyó Chacón de Menéndez y Pelayo fue *Historia de los heterodoxos españoles*. El propio Chacón reconoció que desde entonces «consagró todas las horas posibles que le dejaban los forzosos estudios del Instituto primero, y luego la universidad, a la lectura casi completa de la vastísima obra del crítico artista, del poeta de las Odas, Epístolas y Tragedias y de tantos retratos y semblanzas de sus graves y deleitosos estudios críticos». Véase José María Chacón y Calvo: «Cuba y Menéndez y Pelayo», palabras en el Ateneo de Marianao, 19 de mayo de 1962, CM-Chacón-6561, Fondo personal José María Chacón y Calvo, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.

³¹ Mariano Aramburo: «José María Chacón y Calvo», en *Social*, julio de 1922.

³² Chacón ofrece una interesante descripción del despacho de Marcelino Menéndez y Pelayo en las antes citadas palabras del Ateneo de Marianao.

³³ No solo sería los contactos con Menéndez Pidal, Adolfo Bonilla y San Martín, Manuel Serrano y Sanz, Carmelo de Echegaray, Agustín González de Amezúa y Blanca de los Ríos de Lampérez fueron intelectuales con los que entabló amistad el hispanista cubano.

en catálogos. Especial atención dentro del epistolario, dio Chacón al intercambio del polígrafo español con destacados intelectuales cubanos: Nicolás Heredia, José De Armas y Cárdenas, Manuel Sanguily, Eugenio Sánchez de Fuentes, Manuel Serafín Pichardo, por citar algunos, captaron su atención.

Para Chacón adquiere vital importancia la publicación de *Menéndez Pelayo y la hispanidad*, donde podía encontrarse «frecuentes testimonios de la amplitud espiritual» del autor de la *Historia de los heterodoxos...* La interpretación chaconiana de Menéndez y Pelayo se relaciona con los postulados de tolerancia, punto esencial en la conformación de la estrategia chaconiana de neutralidad de la cultura. Desde este prisma, parte del intercambio epistolar del español fue para Chacón una muestra de estos principios. El erudito cubano no legitimó ni parcializó, en función de base ideológica alguna, el pensamiento del polígrafo español; más bien, creyó ver en él, especialmente en su intercambio con Benito Pérez Galdós, el necesario diálogo que debía producirse entre los hombres, aun de ideologías y posturas políticas diversas.³⁴

La visión del hispanismo chaconiano difería de la que potenció la escisión del pueblo español. Chacón había sufrido la experiencia de los primeros meses de la guerra civil española³⁵ mientras se desempeñaba como

³⁴ Al respecto véase: «José María Chacón y Calvo: Bajo el signo de la tolerancia (con motivo de unas cartas de Pérez Galdós a Pereda)», *Diario de la Marina*, 17 de enero de 1946. Sobre los criterios de Chacón sobre Menéndez y Pelayo, consúltese además: «La huella de Menéndez Pelayo en Cuba», *Diario de la Marina*, 22 de abril de 1956.

³⁵ Un acercamiento a la postura de Chacón y Calvo frente a este suceso lo encontramos en su *Diario íntimo de la revolución española* publicado por el Instituto de Literatura y Lingüística y prologado por la Dra. Nuria Gregory Torada.

parte del cuerpo diplomático cubano acreditado en ese país. Para Chacón, el hispanismo debía proyectarse como factor de cohesión del pueblo español; y lazo, no yugo, con las antiguas colonias en América. De ahí que, consciente del vínculo idiomático prefiriera abogar por una compenetración «de los hijos de la gran patria que hoy discurren por el mundo con un hondo dolor sin medida». ³⁶ ¿No es acaso una clara alusión a los transterrados españoles?

Fue el cuarto centenario cervantino el pretexto chaconiano para estas reflexiones. Lanzó una contrapropuesta altamente inclusiva y se valió de la propia figura de Cervantes cuando lo situaba como «símbolo de la comprensión, de la tolerancia, de la bondad profundamente humana» ³⁷ para reclamar que su recuerdo habría de «iluminar a los de su estirpe, en el camino de la honda y definitiva conciliación». ³⁸

En el contexto cambiante de los años 20 y 30, Chacón se propuso para su país el rescate de una tradición cultural. El trasfondo axiológico de su quehacer respondía a su preocupación por la permanencia de valores en un proceso como la revolución, que llevó implícitas continuidades, pero también rupturas. El papel de Chacón durante esta etapa, coincide con los criterios de Roberto Fernández Retamar al valorar el quehacer de Alfonso Reyes: «Demostró la utilidad de un hombre de letras, incluso de un hombre de letras negado para toda acción violenta». ³⁹

³⁶ Palabras por el IV Centenario de Cervantes, CM-Chacón, 6540, Fondo personal José María Chacón y Calvo, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ Roberto Fernández Retamar: *Alfonso Reyes. Ensayos*, Casa de Las Américas, La Habana, 1968, p. XIV.

Mientras un grupo de intelectuales cifraba la esperanza de regeneración posrevolucionaria en el posible fortalecimiento de los vínculos políticos y económicos con Estados Unidos, al amparo de la buena vecindad del presidente Roosevelt, el Director de Cultura buscaba incidir más en aquellos códigos culturales que acercaban a Cuba a la nación española.

Fiel a la tradición electiva del pensamiento cubano, supo conjugar sus vivencias en tierra española con la herencia de pensamiento cubano, en especial, del siglo XIX. Se identificó y retomó en su obra el ideario de figuras como Manuel Sanguily, Arturo Montoro, Eliseo Giberga y, sobre todo, de Enrique José Varona. En consecuencia, defendió un proyecto cultural sobre la base del mejoramiento educacional de la población y en la preservación de las raíces culturales de *lo cubano*, sin el menor riesgo de desestabilización política, bien por intervenciones extranjeras o por desbordes de movimientos radicales de base popular.

Los factores que influyeron en la formación y praxis cultural de José María Chacón y Calvo estuvieron encaminados a fortalecer la base humanista y ecuménica de su gestión cultural. Tres fueron las fuentes esenciales en este proceso: el intercambio con la intelectualidad española, las experiencias del México posrevolucionario y la tradición de pensamiento cubana. Como bien apuntó Loló de la Torre, Chacón supo vivir España, y le valió «para conocer más y mejor a América».⁴⁰

⁴⁰ Loló de la Torre: «Evocación y presencia de José María Chacón y Calvo», *Bohemia*, 28 de noviembre de 1969, No. 48, pp. 22-23.

EL GRUPO MINORISTA, EL MINORISMO Y CATURLA: RESONANCIAS EN SAN JUAN DE LOS REMEDIOS

M.SC. ISNEL PÉREZ ALVAREZ, *director del Museo Casa Alejandro García Caturla. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.*

Si existiera la posibilidad de otorgar la ciudadanía universal a alguien, bien pudiera recibirla el músico y juez cubano Alejandro García Caturla. Su vida, breve pero intensa, es un testimonio permanente de méritos ascendentes que, acumulados, demuestran que en verdad logró conquistarla.

Emblemática figura de la música de concierto en Cuba, exponente representativo del nacionalismo musical, fue uno de los integrantes de la vanguardia artística que marcó la historiografía de su país y de América por causa de su credo estético.

Con una existencia de 34 años, Caturla fue sorprendente en todas sus facetas de actuación: artista, juez, pedagogo, crítico, cronista, fundador de instituciones culturales y publicaciones periódicas, hijo, amante, padre, amigo y gestor sociocultural de su tiempo.

Caturla formó parte del núcleo de los intelectuales de vanguardia que reevaluaron los presupuestos estéticos existentes en la Isla para asumir un arte definitivamente nacional.

Su universo cultural es amplio e interesante y nos convoca de manera repetida a penetrarlo; mientras que los nexos de relaciones sociales establecidos son siempre el

punto inicial para valorarlo de manera efectiva. Su vida y actividad artística, una mezcla heterogénea de dominios, se caracterizó por la presencia europea y africana articulada en el propio concepto de nacionalidad que esgrimía.

Alejandro García de Caturla provenía de una estirpe que hizo historia no solo en la mayor isla de Las Antillas, su ascendencia también fue notable en España y en otras partes de América durante la etapa de conquista del Nuevo Mundo.

Nació el 7 de marzo de 1906 en la otrora villa de San Juan de los Remedios, la octava que erigieron los colonizadores españoles en Cuba. Por su privilegiada condición socioeconómica, el hijo primogénito del procurador público don Silvino García Balmaceda y la pianista Diana García de Caturla, tuvo en el contexto republicano, privilegios que permitieron germinar, a la postre, su genialidad.

Desde su graduación como Dr. en Derecho Civil, ejerció en calidad de Juez Municipal en varias ciudades: Placetas (1927), Caibarién (1929), Ranchuelo (1933), Palma Soriano (1935) y Quemado de Güines (1937). Como Juez de Instrucción estuvo en Remedios desde el 8 de agosto de 1938 hasta 12 de noviembre de 1940, día en que fue asesinado por un delincuente que esperaba ser juzgado por él.

Como compositor, llegó a crear más de ciento cincuenta obras musicales de diversos géneros y estilos. Como ejecutante de instrumentos figuró entre los segundos violines de la Orquesta Sinfónica de La Habana, dirigida por Gonzalo Roig; ocupó atriles de segunda viola en la Orquesta Filarmónica de La Habana, dirigida por el maestro español Pedro Sanjuán, y fue pianista en más de diez cines de la capital.

Entre sus méritos relevantes se debe contar la participación en los Festivales iberoamericanos de música

sinfónica de Barcelona, en 1929, asunto que motivó al Ayuntamiento de Remedios a otorgarle el título de Hijo Eminente y Distinguido de la Villa, el 24 de diciembre de ese año. En 1937 ganó el Concurso Nacional de Composición de Cuba.

La obra literaria legada por Catarla rebasó el amplio epistolario. También dejó crónicas, críticas musicales y otras colaboraciones en periódicos y revistas. Llegó a ser, a partir de febrero de 1930, jefe de redacción de la revista *Musicalia*, dirigida por la maestra española María Muñoz de Quevedo. Fundó y dirigió un periódico y una revista en su ciudad natal. Este asunto ha sido poco estudiado y lo revela como gestor cultural.

De las prósperas relaciones que sostuvo con sus amigos (músicos, pintores, escritores, periodistas, abogados), pueden hallarse ricos aportes emanados del contacto personal y artístico que estableció.

Trabajo gestor de Catarla en la fundación y puesta en marcha del periódico remediano Los Minoristas

«El Grupo Minorista es un hecho relevante de la cultura cubana en el siglo xx que, además, tiene repercusiones en la historia política de la década de 1920 a 1930. Sus protagonistas son los minoristas. Y la ideología del Grupo es el minorismo».¹

«El Grupo Minorista fue una reunión voluntaria de un número de miembros de la pequeña burguesía cubana, sin compromiso con partido político alguno, que quisieron hacer pública sus opiniones sobre los problemas nacionales e internacionales más candentes del lustro comprendido entre 1923 y 1928. Pero además, emprendieron un movimiento de ruptura y búsqueda de nuevas formas de expresión en la cultura cubana; fue

¹ Ana Cairo: *El grupo minorista y su tiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 20.

una realización de esta última labor, la única vez en que se reconocieron como minoría, como abanderados de nuevos criterios estéticos y artísticos. En resumen, el Grupo Minorista fue la agrupación de intelectuales pequeñoburgueses, que abandonó la actitud pasiva para impulsar la toma de posición política y cultural ante los problemas de la sociedad neocolonial cubana y de la primera etapa de posguerra mundial».²

«Por ser el minorismo una mancomunidad mínima de opiniones con respecto a ciertos problemas, que implican en cada una de sus etapas una radicalización de posiciones, sí puede ser calificado como de izquierda. El carácter reformista de sus planteamientos en la sociedad burguesa neocolonial, presenta un matiz progresista (sobre todo en la década de 1920 a 1930)».³

Para seguir haciendo aclaraciones en torno a lo conceptual del Grupo Minorista, el mejor vehículo lo constituyen las citas de sus propios miembros acerca de esa unidad grupal que conformaban, lo que puede verse en la declaración del grupo, redactada y firmada por los minoristas en el bufete de Emilio Roig de Leuchsenring, el 7 de mayo de 1927. En ella decía:

¿Cómo nació, qué es, quiénes constituyen verdaderamente el Grupo Minorista? Hace algunos años, el 18 de marzo de 1923, un reducido número de intelectuales —artistas, periodistas, abogados— reunidos incidentalmente en la Academia de Ciencias, llevó a cabo un acto de rebeldía y censura contra el entonces Secretario de Justicia, allí presente, significando allí presente, significando así el repudio que la opinión pública hacía de la memorable compra por el Gobierno del convento de Santa Clara, como imposición gubernamental a la mayoría del país.

² *Ibíd.*, p. 110.

³ *Ibíd.*, p. 21.

Aquel acto marcó una orientación destructiva, apolítica, a la juventud interesada en influir honorablemente en el desarrollo de nuestra vida pública, dando una fórmula de sanción social y actividad revolucionaria a los intelectuales cubanos.

Como ese núcleo de protestantes se reunía a la sazón habitualmente [...] Se hizo enseguida el intento de organizar y ampliar aquel conjunto, y a tal propósito tendió la llamada Falange de Acción Cubana. Esa manera de agrupación no plasmó en realidad efectiva, pero casi todos los componentes de aquel núcleo, ya aumentado por simpatizadores decididos, volvió a hallarse en las filas de la Asociación que se denominó Veteranos y Patriotas, la cual preparaba un movimiento armado contra la corrupción administrativa y la incapacidad gubernamental. [...] La minoría, pues, constituye un grupo sin reglamento, sin presidente, sin secretario, sin cuota mensual, en fin, sin campanilla ni tapete; pero es ésta precisamente la más viable organización de un grupo de intelectuales. [...] Es fenómeno innegable, comprobado en distintos países, la renovación ideológica, de izquierdización, de los grupos de esta índole.

La minoría sabe hoy que es un grupo de trabajadores intelectuales (literatos, pintores, músicos, escultores, etc.). El grupo minorista, denominación que le dio uno de sus componentes, puede llevar este nombre por el corto número de miembros efectivos que lo integran; pero él ha sido en todo caso un número mayoritario, en el sentido de constituir el portavoz, la tribuna y el índice de la mayoría del pueblo [...].⁴

De los diversos estudios que se han realizado acerca de este grupo, resulta siempre de obligatoria referencia

⁴ Ídem, pp. 64-67.

esta declaración, por la importancia conferida al hecho de que en ella el grupo se autodefine, a lo que se suma la motivación para hacerlo: la necesidad de su defensa. La declaración se escribe para advertir públicamente sobre la existencia e identidad del grupo ya que días antes a su redacción se había publicado en *El País* una carta redactada por un exmiembro desertor, Lamar Schweyer, donde los minoristas eran ofendidos, entre otras maneras, porque se daba por hecho que era un grupo inexistente.

Uno de los aspectos que otorga importancia a la declaración es su posibilidad para dejar claro que la existencia del grupo era real; deja constancia acerca de que estaba constituido por intelectuales que pertenecían a diversas profesiones y especialidades del saber cultural; ofrece datos sobre su génesis, evolución y acontecimientos con los que se relacionaban.

Lo más relevante del documento declaratorio es que contiene su accionar político y sociocultural, y expresa su programa del modo siguiente:

Colectivamente o individualmente, sus verdaderos componentes han laborado y laboran:

Por la revisión de valores falsos y gastados.

Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones.

Por la introducción y vulgarización en Cuba de las últimas doctrinas, teóricas y prácticas, artísticas y científicas.

Por la reforma de la enseñanza pública y contra los corrompidos sistemas de oposición a las cátedras. Por la autonomía universitaria.

Por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui.

Contra las dictaduras políticas universales, en el mundo, en América, en Cuba.

Contra los desafueros de la pseudodemocracia, contra la farsa del sufragio y por la participación efectiva del pueblo en el gobierno.

En pro del mejoramiento del agricultor, del colono y del obrero de Cuba.

Por la cordialidad y la unión latinoamericana.⁵

El manifiesto fue firmado por treinta y tres intelectuales; de ellos, se refieren aquellos con los que Caturla tuvo relación directa: José A. Fernández de Castro, José Zacarías Tallet, Juan Marinello, Enrique Serpa, Alejo Carpentier, Eduardo Abela y Armando Maribona.

Según la Dra. Ana Cairo, en el contenido ideológico del Minorismo se contemplan: el nacionalismo, el antimperialismo y el latinoamericanismo:

Antizayismo; antimachadismo; programa reformista para modernizar la educación; para erradicar el peculado y la corrupción administrativa, el reeleccionismo, la farsa electoral y del sufragio, oposición a la dominación económica y política yanqui, unido al apoyo de las peticiones de mejoras económicas de colonos y obreros, conforman el aspecto nacionalista del minorismo, durante el proceso de radicalización que va desde 1923 hasta 1927. El sentimiento antimperialista, la condena a los gobiernos dictatoriales y fascistas, y la solidaridad internacional —en especial con Latinoamérica— lo complementan.⁶

Aunque Caturla no es contado entre los miembros de la vanguardia intelectual que fue unificada por el Grupo Minorista, él se consideró como tal, en tanto compartía la posición de los oficializados. En carta escrita a

⁵ *Ibíd.*, p. 68. La Declaración del Grupo Minorista aparece completa en el Apéndice del libro, p. 198.

⁶ *Ibíd.*, p. 107.

Carpentier, fechada el 15 marzo de 1927, escribió: «Veremos a ver si ya en estos tiempos Sanjuán me toma con más benevolencia mi obras y se decide a darme más protección, pues no debo ignorar que en la situación como minorista que me he colocado [...]».⁷

Seis meses más tarde, escribió a Fernando Ortiz una carta en la que deja claro su postura bien definida al respecto. En ella le dice: «[...] me tomo la libertad de hacerle estas letras como intelectual y como músico y además como minorista y como ferviente y gran admirador de su obra sobre folklore afrocubano en todos sus sectores».⁸

Esta consideración sobre la posición de Caturla como minorista acaparó la atención de algunos de sus amigos firmantes del «manifiesto del grupo» al escribir testimonios al respecto, entre ellos Alejo Carpentier:

Machado estaba en el poder [...]. Alejandro iba con mayor frecuencia a Remedios, ausentándose de La Habana durante largas semanas —cada vez más metido en la práctica de un Derecho que había dominado con calificaciones sobresalientes, alejándose de aquellos cines de barrio donde, a veces, por divertirse, se ofrecía a improvisar miríficas partituras para acompañar alguna película [...]. Mientras tanto las gentes del «Grupo Minorista» firmaban manifiestos que habrían de llevar a más de uno a la prisión (era, entonces, la de Prado No.1) en 1927. Alejandro, antes de ausentarse una vez más, en aquellos días colmados de amenazas, me dijo:—Aunque yo no esté en La Habana, si

⁷ Carta de Caturla a Alejo Carpentier, enviada el 15 de marzo de 1927. Documento del Museo Nacional de la Música. Aparece en María A. Henríquez: *Alejandro García Caturla. Correspondencia*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978, p. 11.

⁸ Carta de Caturla a Fernando Ortiz, enviada el 12 de septiembre de 1927. Documento del Museo Nacional de la Música. Aparece en María A. Henríquez: *Ob. cit.*, p. 24.

se trata de un manifiesto o declaración contra Machado, pongan mi firma entre las suyas, sin consultarme. De antemano estoy de acuerdo.⁹ Sobre este mismo tema del antimachadismo en Caturla, su amigo José Ardévol testificó que el músico también utilizó su arte para manifestarse contra ese gobierno. Así publicó:

...quiero referirme a su «Fanfarria para despertar a un espíritu apolillado», ya que ella sitúa al compositor en lo político. En los últimos meses del gobierno de Machado, Nicolás Slonimsky dirigió dos conciertos de música contemporánea al frente de la Orquesta Filarmónica, y nos pidió a Roldán, a Caturla y a mí unas fanfarrias especialmente escritas para el final del segundo programa. Los tres decidimos convertir esas fanfarrias en toque para que «se fuera el tirano». Roldán escribió la suya para «despertar a Papá Montero», Caturla aludía a un «espíritu apolillado», y yo a un «romántico cordial».¹⁰

Los argumentos recién expuestos corroboran que Caturla profesó el minorismo; pero sin dudas, la prueba más eficaz de la postura que asumió como minorista fue la creación y dirección de ese periódico remediano que tituló «Los Minoristas».

Los antecedentes más cercanos a esta publicación, como ya se había dicho, se encuentran en el trabajo que había desplegado en los diferentes periódicos de su terruño y con los que había establecido colaboración. Su tío Edgardo de Caturla fue el director del periódico *El Estudiante* y su primo José Gastón de Caturla, alternaba la responsabilidad de dirigir la Jazzband Remedios, de la que Alejandro era ejecutante de piano o violín, con colaboraciones habituales en el periódico *La Hora*, a cargo de la sección «Página Sport». Es de suponer que hubo

⁹ Alejo Carpentier: «Caturla. El hombre», *Nueva Revista Cubana*, 1961-1962, p. 144.

¹⁰ *Ibidem*, p. 140.

una influencia familiar en Alejandro para motivarle a crear una publicación de ese tipo. También tuvieron su impronta las publicaciones habaneras que eran tomadas como tribunas por los minoristas.

El medio de divulgación idóneo continúa siendo la prensa. A ella hay que ir a buscar la labor de los minoristas. Las primeras revistas vinculadas de modo directo al Grupo, fueron *Social* y *Carteles*.

Social se convirtió progresivamente en el órgano del Grupo Minorista, al cual pertenecían sus editores. Pero *Social* compartía esta función con el semanario *Carteles*.¹¹

Teniendo en cuenta estos elementos expuestos y que los minoristas se consideraron antimachadistas como Caturla, se valora, asimismo, que ocurrió en Remedios un hecho intolerable para los remedianos que repudiaban el régimen de este gobernante: el Ayuntamiento de San Juan de los Remedios, igual que los de Camajuaní y Zulueta, declaró Hijo Adoptivo de la Ciudad a Gerardo Machado, el 24 de septiembre de 1927, 13 días antes de que Caturla fundara *Los Minoristas* allí.

Investigando acerca de esta publicación, se conoce que como casi todo en la vida del músico-juez, el periódico que fundó con carácter de semanario tuvo vida efímera, solo llegaron a circular cuatro números. El primero vio la luz el viernes 7 de octubre de 1927; en su portada se lee claramente: Director: Dr. Alejandro García de Caturla, administrador: Fabio Pérez del Río, cronista sport: Dr. José G. Caturla. Este último se sumó al equipo, pues como ya se había apuntado, tenía esa experiencia del periódico *La Hora*. El segundo número salió el viernes 14 de octubre de 1927, en él se declara que Caturla era el director literario, el nombre del administrador continuó invariable. Se aprecia que su protagonismo cesó. El tercer ejemplar fue publicado el sábado 22 de octubre de 1927 y ya no menciona nombre alguno como director, solo se declara el del mismo administrador. En este

¹¹ Ana Cairo: Ob. cit., p. 126.

ejemplar se explican las causas por las cuales Alejandro no pudo continuar el trabajo iniciado:

El Dr. Alejandro G. Caturla ha renunciado a la dirección de este periódico a causa de las múltiples ocupaciones relacionadas con su profesión que le retienen en La Habana, no obstante esto, seguirá colaborando en la rama relacionada con el arte musical al que es tan aficionado y tanto ama.

Lo hacemos constar a ruegos de nuestro valioso colaborador.

La Redacción.¹²

El número cuatro, último de que se tiene información y se conserva, circuló el viernes 28 de octubre de 1927 y no apareció ninguna colaboración de Caturla. La publicación se acompañaba de la designación siguiente: Periódico Independiente y de Intereses Generales. La administración del periódico radicó en Máximo Gómez 49, apartado 118, en Remedios. El precio de suscripción mensual fue de 60 centavos. En el número uno aparece una información complementaria que dice: Solicitada la Franquicia Postal como correspondencia de 2a. Clase.

La estructura del periódico fue poco estable. En el primer número se presentó un artículo considerado como el de mayor importancia en toda la historia de la publicación ya que contiene, en cada uno de los pensamientos expuestos, la prueba de los ideales minoristas de los redactores y, en sí, el sentido y proyecto del rotativo:

Por qué somos minoristas:

Porque vamos a hacer un periodismo intelectual, sin sectarismos ni claudicaciones, inspirado solo en la defensa de la Justicia, la Libertad y el Derecho.

¹² *Los Minoristas*, No. 3, Remedios, 22 de octubre de 1927, p. 3.

Esta publicación surge a la vida con entera independencia: no tiene subvenciones de carácter público, ni los quiere. Lucha con su fuerza propia, bajo los auspicios de un grupo de intelectuales, que le ofrecen su calor moral y apoyo material.

Nuestra divisa, o una de ellas, la libertad de pensar. Cada cual puede pensar como le plazca, tanto en el orden político, como en el religioso y filosófico. Que también nosotros pensamos libremente. Venimos a estar al lado, aunque sea solo por dar consuelo, de los que tienen necesidad de Justicia, de los que aman la Verdad; de los tantos huérfanos de la protección social.

Lucharemos denodadamente por todo lo que sea renovación y perfeccionamiento de nuestras costumbres públicas.

Pretendemos la autonomía universitaria, expansión de la enseñanza primaria, creando escuelas modernas, y maestros, no gana panes; puesto que para el noble ejercicio de enseñar, precisa tener una verdadera vocación, esto es hacer de tan elevada profesión un sacerdocio.

En el orden literario y artístico, estaremos de acuerdo, y prestaremos nuestro apoyo a los innovadores, en la medida de nuestras fuerzas. Toda expresión literaria y artística, bella y original, tendrá aunque sea nuestro humilde aplauso.

Nuestra cruzada como la de los minoristas habaneros, a los cuales nos sumamos y adherimos, los minoristas de Remedios, no puede estar inspirada en fines más nobles y elevados. Si no triunfamos, por lo menos, quedamos satisfechos, pues habremos cumplido con lo que estimamos un deber porque no hay ningún esfuerzo noble que se pierda en el vacío.¹³

Dejando atrás esta polémica periodística, otro de los tópicos aparecidos en el primer ejemplar de *Los Minoristas* fue el titulado «Necesitamos maestros». Este asunto también respondía a los ideales del minorismo, plasmados en su

¹³ *Los Minoristas*, No. 1, Remedios, 7 de octubre de 1927, p. 1.

manifiesto y que se asocia con las preocupaciones de sus miembros por la educación. En él Alejandro García Caturla aboga por la calidad de los docentes y la docencia en el Instituto de Segunda Enseñanza de Remedios:

Necesitamos maestros.

Ganadores de pan, no, maestros sí.

Remedios, que por suerte y debido al esfuerzo titánico de algunos de sus hijos, tiene la gloria de poseer un centro docente como el Colegio Mario Pando, tiene el derecho de pedir a la Dirección del mismo y al Gobierno Provincial y al municipio que lo sostienen, una eficacia verdadera en la enseñanza.

Yo digo, necesitamos maestros para ese Colegio; no para todas las aulas, pero sí para algunas. —Necesitamos maestros de verdad, hombres que conozcan la pedagogía, que hagan de esa santa profesión un sacerdocio y sepan interpretar las necesidades escolares y la capacidad del alumno. No hombres para puestos, sino maestros para el desempeño del cargo, haciendo loable su cometido y cumpliendo bien y fielmente la misión que la sociedad le encomienda.

En Remedios tenemos la desgracia, de ver como a menudo nos dejamos sorprender por cualquiera con pretendidos conocimientos sobre una materia, viene a «deleitar» a los «cultos» remedianos con sus sapientes conocimientos... Y los confiados padres que allí envían a sus hijos a recibir el pan de la enseñanza reciben una decepción el día de los exámenes, cuando su hijo regresa al hogar con un desaprobado o suspenso... La contestación que a esto da el profesor, la conocemos: «Si durante el curso no estudió una sola lección», «Sino pude obtener que se aprendiera tal cosa», y así con todos...¹⁴

¹⁴ *Los Minoristas*, No. 1, Remedios, 7 de octubre de 1927, p. 1.

El mismo asunto de la educación es tratado dos veces por Caturla en *Los Minoristas*, en los dos números en los que se desempeñó como director. En la sección «Remedias», del segundo número —otra componente de la estructura editorial del periódico, dedicada a noticias de la localidad—, Alejandro daba la bienvenida a un nuevo profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad:

Aunque tarde damos en este número, la bienvenida al estimado amigo y compañero Rafael Lopez Marin, joven culto e inteligente, que vino a ocupar su puesto como profesor de matemáticas en el colegio Mario Pando.

Mucho éxito en el desempeño de su cátedra.¹⁵

Como el periódico estaba dirigido por un músico, era de esperar que existiera en él una sección dedicada a ese arte: se nombró «Musicalerías». Se recuerda que ya existía en Remedios el periódico *La Tribuna*, que contaba con una sección que se llamaba así, con la que Caturla colaboraba hacia 1925. En el segundo ejemplar de *Los Minoristas*, su director ocupó una de las páginas que lo conformaron para publicar una crítica sobre Amadeo Roldán y su desempeño en la Orquesta Filarmónica. Bajo el título de «El concierto de la Filarmónica», el último párrafo de dicha crítica dice de la siguiente manera:

Bello concierto el del domingo 9 y bella y real promesa la de ese muchacho formidable y brioso que se llama Amadeo Roldán que a la vanguardia de los compositores nuevos, jóvenes entre los cuales tengo el honor de contarme, trata de desalojar de los lugares que no les corresponden de los que por sus merecimientos artísticos y musicales están muy por debajo de cualquier danzonero o sonero popular y en donde se

¹⁵ *Los Minoristas*, No. 2, Remedios, 14 de octubre de 1927, p. 3.

encuentran esas lumbreras opacas que siempre tienen en labios la frase ritual: de por el arte patrio donde esconden su importancia e ignorancia...

Dr. Alejandro García Caturla. Habana. Octubre 11-27¹⁶

Como se había dicho, la publicación duró poco tiempo, solo el mes de octubre del año 1927, y el protagonismo de Alejandro García Caturla se limitó a los dos primeros números, por esa razón existen pocos trabajos suyos en sus páginas; a pesar de eso, resultan de mucha valía para acercarse a la gran persona que fue ese símbolo de la cultura cubana.

Analizar por qué *Los Minoristas* duró tan poco tiempo exige mayores empeños investigativos, pues no hay en la actualidad una razón definitiva. Se sabe que en el país Machado reprimió todo asomo de intento que se opusiera a su mandato, se piensa que pudo haber sido esa razón la que le hiciera sucumbir.

Sobre esa última posible razón es menester tener en cuenta que en La Habana existieron publicaciones que funcionaron como tribuna del Grupo Minorista y tuvieron larga vida, aunque ninguna con un nombre tan declarado. Se valora el hecho de la salida de Caturla de la dirección del periódico como una razón importante en ese asunto.

¹⁶Ibídem, p. 4.

TRATAMIENTO DE LAS PERSONALIDADES CUBANAS PRESENTES EN LA OBRA PERIODÍSTICA DE NICOLÁS GUILLÉN

M.SC. ERNESTINA HERNÁNDEZ BARDANCA.
*Directora del Centro de Estudios Nicolás Guillén de
Camagiüey.*

Tratar la figura de Nicolás Guillén resulta tentador, máxime cuando el acercamiento a un artista de reconocidísimo prestigio como poeta se intenta desde nuevas aristas poco divulgadas. Si bien logró un excelente dominio del verso, con extraordinaria capacidad renovadora, su talento como escritor irrumpió en otros géneros en los que alcanzó versatilidad. Tal es el caso de su quehacer periodístico, profuso no solo por la nutrida obra que legara a través de escritos en múltiples publicaciones locales, nacionales e internacionales, sino por la variedad de subgéneros que cultivó: el artículo, el reportaje y, con una particularidad distintiva, la crónica de remembranza; así como las diversas variantes del retrato periodístico, peculiaridades que conectan su quehacer con la biografía como género intercultural.

¿Por qué su interés por la biografía?

Su condición de hombre comprometido con su tiempo y de radical filiación política, unida a sus habilidades como observador acucioso de la realidad, le imprimen

el sello distintivo de todo buen cronista a sus escritos, impregnados de actualidad y vigencia, junto a su infatigable interés por el devenir del ser humano de cualquier latitud; de ahí que el periodista detenga su rápida y penetrante mirada no solo en los diversos espacios, sino en los seres que los habitan, con el propósito de brindar o dar a conocer el acaecer de una vida o los acontecimientos sociales o culturales de ese espacio en cuestión y, fundamentalmente, cómo esos sucesos son asumidos por sus protagonistas con la finalidad de reconstruir su pensamiento, posibilidad que le brinda la biografía y, sobre todo, las características que las variantes de este género asumen a través del soporte periodístico.

Si bien se ha dicho de Guillén que es el poeta expresivo de la síntesis de lo cubano, por los elementos raciales y culturales heterogéneos en su obra, la prosa periodística y, en particular, las variantes del retrato periodístico, también constituyen un soporte artístico expresivo de su identidad y del cruzamiento cultural y estilístico de su quehacer.

¿Qué elementos nos permiten tales afirmaciones?

La biografía, como género, puede ser considerada un híbrido dada su relatividad histórica, al pretender ofrecer la historia de la evolución del alma humana. Por tanto, requiere, para la reconstrucción de una vida, de métodos de la investigación histórica con el fin de resolver los elementos de autenticidad y veracidad que le deben caracterizar. Es un género cercano a la literatura por su manera de enfocar al individuo. A la condición literaria de la biografía le corresponde exponer lo individual, lo irrepetible de esa vida; describir a la personalidad en su multiplicidad de aspectos: físico, psíquico; darle una estructura al texto que

presenta dicha vida y seleccionar el ritmo con que se narran los acontecimientos.

Si el género se presenta en un formato ajeno al de un texto autónomo, es decir, a través del soporte periodístico, a ello se le suman sus características propias: la objetividad, la concisión en las ideas, la comunicación directa con el lector, por lo que requiere de un extraordinario poder de síntesis y de un lenguaje claro y preciso. A esta condición tributan, en dependencia de los aspectos que se quieran resaltar, la etopeya, la prosopografía, la nota biográfica y la semblanza, como variantes del retrato periodístico, todos excelentemente dominados por Guillén.

Al Guillén periodista no le interesa realizar una fotografía de la persona. Solo esboza algunos rasgos físicos o somáticos, seleccionados de forma intencional con el interés de resaltar su grado de pertenencia a una raza, estatus social o cultura de profundo mestizaje. También, cuando estos aspectos físicos acentúan o revelan características personológicas, psíquicas, de comportamiento humano, vinculadas a valores éticos. De ahí que su interés fundamental y recurrente se encuentre en la etopeya.

Resalta, como constantes caracterizadoras y noticias acerca del retratado, la obra legada a la humanidad, el reconocimiento de la figura en el contexto de su época, la vigencia de su pensamiento y la actualidad periodística. Gusta de adornar las semblanzas con lo anecdótico, para ello utiliza el testimonio de quienes conocieron a las figuras caracterizadas, en función de resaltar un aspecto esencial, el que más valor le concede a la personalidad. Refuerza, con menos regularidad, sus valoraciones con criterios vertidos en la prensa por otros articulistas, fundamentalmente si son coetáneos del caracterizado.

Construye sus perfiles a base de polaridades que pueden ser de género, de contemporaneidad o de valores cívicos y éticos.

¿Quiénes son las figuras retratadas por Guillén?

Su retratística se interesaba por figuras que centraran una parte esencial de su quehacer en el tema racial, preocupadas por revalorizar, a través de sus respectivas esferas de realización, el aporte del componente africano —y sus procesos de mestizaje— a la cultura nacional.

En el retrato periodístico se pone de manifiesto la actitud indagatoria y reflexiva del prosista en concordancia con las preocupaciones de su contexto. A finales de los años 20 —dado el auge del movimiento negrista que tuvo lugar en las artes y en la esfera social, a través de los estudios sobre las influencias africanas en nuestra cultura— el retrato periodístico contribuyó a la divulgación de la problemática de la raza en Cuba desde varias publicaciones.

El negrismo adquiere en Cuba dimensiones particulares, como apunta el investigador Luis Álvarez Álvarez: «Una de sus peculiaridades estriba en el hecho de que no se concentra nada más en el tema social propiamente dicho, sino que, en última instancia, se preocupó por abarcar cuestiones generales de la identidad cultural».¹ Estas dimensiones están presentes en la prosa periodística de Guillén, iniciada en *Lis y El Camagüeyano* desde 1923 en su ciudad natal; temática que continúa a principios de los años 30 en las publicaciones habaneras; se sistematiza con otras dimensiones a través de sus efigies, en la década del 40, y alcanza un arraigado predominio en los retaros

¹ Luis Álvarez Álvarez y Margarita Mateo: *El Caribe en su discurso literario*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 122

del período de 1950 y 1960; casi todos publicados en el diario *Hoy*, suplemento del Partido Socialista.

Le interesan personalidades de distintos ámbitos geográficos. Focaliza fundamentalmente individuos que pertenecen al área latinoamericana y caribeña, con énfasis especial en los cubanos, de los cuales escribió 22 semblanzas biográficas, mientras que dedicó 14 a ámbitos del acontecer social o cultural de una época.

En la prosa guilleneana no prevalecen las personalidades encumbradas, representativas de las oligarquías y burguesías nacionalistas o aquellas muy reconocidas cuya cultura deviene de las metrópolis, sino las figuras que encarnan a los sectores segregados por su estatus social, por su raza, por sus raíces culturales africanas o por su condición de género.

En los retratos realizados a las mujeres del siglo XIX predominan los caracteres de la etopeya, dirigidos a enaltecer las figuras vinculadas a las gestas libertarias: María Cabrales, Rosa la bayamesa, Mariana Grajales y Amalia Simoni. Destaca, además de su patriotismo y entrega, la supeditación a los ideales de su compañero, la fidelidad, valentía e intrepidez de estas figuras, aun cuando predomine la visión de la esposa y hermana abnegada, la madre sacrificada: canon propio del XIX, extensivo en las referencias que aparecen en las variantes del retrato familiar realizado en función de reforzar la imagen masculina. Tal es el caso de los retratos a Bola de Nieve, Manuel Navarro Luna, Martín Morúa Delgado y Claudio Brindis de Sala.

Cuando alude a las mujeres del siglo XX se observa un interés por resaltar la visión de la participativa y creadora, vinculada al quehacer cultural. Escritoras, bailarinas, cantantes o pintoras están presentes en sus páginas, como las breves etopeyas realizadas a Alicia Alonso, Mirtha

Aguirre y Amelia Peláez. De las artistas solo realizó tres semblanzas biográficas, expresivas de la savia popular: a las cubanas Rita Montaner, en la que observa un exponente musical cercano a su obra lírica; a Rafaela Chacón Nardi, voz de la nueva poesía; y a la veracruzana, radicada en La Habana, Luz Gil, genuina representante del gracejo criollo y su integridad moral, con el propósito de acentuar el carácter dignificante de una artista que supo darse a respetar por sus coetáneos y el público, lo que evidencia un marcado interés por resarcir las condiciones humanas de la mujer y su lucha contra prejuicios latentes en el contexto, en relación con un teatro que tenía fama de atrevido y pornográfico.

No obstante, en las obras de Guillén se observa un predominio de las caracterizaciones masculinas. ¿A quiénes le interesa retratar? Su mirada se centra en un conjunto de hombres que se desarrollaron en el acontecer cultural, político y científico de los siglos XIX y XX; cuya vocación estuvo vinculada con las principales expresiones en defensa de los valores nacionales y la cultura popular, así como con los procesos libertarios.

De las personalidades políticas, alude a los patriotas de las gestas libertarias del XIX y al pensamiento antimperialista del XX. Destacan, del XIX, las descripciones realizadas a los patriotas insignes de las diferentes contiendas. De la Guerra Grande, se refiere a las dos figuras paradigmáticas de su pensamiento: Agramonte y Céspedes, a propósito del centenario del nacimiento del camagüeyano, tono noticioso con el que introduce su artículo en las páginas del periódico *Hoy*, cuyo recurso le permite acercarse al héroe.

Excepcionalmente trabaja el retrato en paralelo. Reservado para estas figuras, le facilita su presentación mediante la antítesis, con la finalidad de mostrar la polaridad

de las dos actitudes políticas que caracterizaron el movimiento independentista, en cuanto a los métodos de conducir la revolución. Mediante un estilo conciso, directo y crudo, ha focalizado su atención en la pugna existente entre ambos en la Cámara de Representantes de la Asamblea de Guáimaro, a través de tres de los enunciados que se desarrollaron en dicho escenario: forma de gobierno, estructura de la futura república y consideraciones sobre la esclavitud, aspecto primordial en que se basó la tradición biográfica cubana de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la cual constituye un referente a la etopeya que de ambos héroes escribe.

Es indudable que conocía el retrato que en 1888 realizara Martí, pues pueden encontrarse puntos de contacto entre ambos, en su filiación al estilo de Plutarco y en la estructuración dada al texto. Tanto Guillén como Martí dedican dos párrafos continuos para presentar lo esencial del pensamiento político de cada una de estas figuras, para luego exponer en párrafos sucesivos los criterios que argumentan la comparación y caracterizan primero a Céspedes y, luego, a Agramonte.

Guillén se parcializa con Agramonte, muestra su admiración por la profundidad de su pensamiento, al que valora como el más avanzado de su época, al desbordar las proyecciones de su propia clase social. Su afinidad lo lleva a manifestar otra faceta del prócer principense: su dimensión humana, cuando aborda no solo sus contradicciones, sino los sentimientos más íntimos y su fidelidad en el amor a la pareja. No obstante, en su tratamiento a Céspedes no disminuye su figura, sino que le reconoce su dignidad y patriotismo.

No son solo estos patriotas quienes despiertan su interés; su intencionalidad deja claramente establecido que tan importante para la historia de nuestro país fue la gesta del 68 y el aporte tributado por los patricios que

lideraron este proceso democrático burgués, como la contienda del 95, por el indiscutible carácter popular y el liderazgo que en ella desempeñaron negros y mulatos, expresión de la integración y unidad nacional.

Escoge las figuras emblemáticas de este paradigma. Por ello, entre los héroes destaca a Antonio Maceo, al que erige como símbolo de la voz popular, del hombre negro y libre. Escribe una semblanza en la cual ofrece su evolución, al retratarlo desde la génesis de su historia, desde su nacimiento y la humildad de su procedencia social. Lo ubica en el contexto sociopolítico en el que se desarrolla, rodeado de la esclavitud y las ideas liberales de la Revolución francesa, así como de las contradicciones existentes en el momento en que ingresa en el Ejército Libertador. Además, esclarece el lugar que ocupa respecto a los hombres del 68. Refiere los rasgos físicos más sobresalientes para destacar la hermosura de su raza y su fortaleza para el combate.

Subraya los rasgos más sobresalientes de su personalidad que contribuyen a su reconocimiento: la genialidad en el arte militar, el valor en el campo de batalla y las cualidades políticas como hombre de estado. De esta última, enfatiza en tres aristas fundamentales que le acercan a Martí: su concepto de unidad como elemento definidor para alcanzar la victoria, lo que le hace estar por encima de cualquier sentimiento de resquemor por los prejuicios sufridos y excluye cualquier posibilidad de semejanza con lo sucedido a Dessalines en Haití; el temor sustentado por los autonomistas, concerniente al liderazgo de los mulatos en la gesta del 95; la colocación de los intereses sociales y el sentimiento patrio por encima de cualquier interés personal. Hace hincapié en su visión ante el temor de la intervención extranjera, sobre todo, de Estados Unidos, en los asuntos revolucionarios; por lo

que denuncia de forma abierta el carácter imperialista de esta nación. Estos aspectos no han sido abordados por otros biógrafos en su acercamiento a Maceo.

A diferencia del retrato que le hiciera Martí, Guillén expone emblemáticos pasajes de su trayectoria antes de su exilio a Costa Rica. Ambos biógrafos coinciden en resaltar el temple de las mujeres que rodearon su vida. Guillén deja claro que para su generación Martí y Maceo simbolizan la concreción de la integración en nuestra cultura e historia patria.

El periodista no vivió ajeno a los conflictos que, por causas raciales, dividían a los cubanos y que trascendieron a la República; detalla las diversas posturas ante el movimiento de los independientes de color y escoge a sus principales figuras: Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa, de quienes realiza sendas semblanzas, aunque en este caso no se parcializa en sus valoraciones.

Reserva páginas para los hombres de la cultura. En el quehacer literario no olvida mencionar a Plácido como el antecedente fundacional de la poesía decimonónica que abordó los temas populares en el romanticismo cubano y, entre ellos, los referidos a los negros y mulatos; se interesa por los minoristas como portavoces y antecesores de la vertiente social y negrista que se desarrolló en la literatura de vanguardia; de los líricos vanguardistas, rinde tributo a Manuel Navarro Luna, por la hondura social de su poesía y en especial por aquella zona dedicada a los bocetos de figuras históricas como la familia Maceo. Otorga un lugar especial a los músicos populares —Manuel Corona, Rosendo Ruiz, Bola de Nieve, Eliseo Grenet y Benny Moré—, en la mayoría de los casos, a través de esquelas escritas con sobriedad, en un tono en el que predomina, más que el lamento, el merecido homenaje por el legado de cada una de estas celebridades a la música popular cubana en el siglo xx.

Resaltan en sus retratos aquellos dedicados a hombres notables que desarrollaron una obra reflexiva de carácter científico, vinculada a los estudios etnográficos y antropológicos sobre el folclor cubano. Son los dedicados a Fernando Ortiz y Rómulo Lechatañeré, correspondientes a la tipología mencionada al final del párrafo anterior.

Acentúa, de Ortiz, al intelectual blanco, de alcurnia, que supo despojarse de los prejuicios de clase y educación para analizar la presencia del sustrato africano en la conformación de la identidad nacional. Reconoce el legado de su obra, su influencia en el quehacer cultural de la época y valora sus aciertos y desaciertos. Trata la dura batalla del científico por imponer el término transculturación en un contexto nacional, permeado de prejuicios, y ubica su dimensión en el área, al ser pionero de estas ideas en la isla y paradigma de un referente en América:

Ortiz careció de la vena artística, [...] pero su labor de interpretación etnológica y sociológica no encuentra fácil parangón en nuestra América [...] Se le señala que algunas de sus tesis han sido superadas. Cierto. Pero resulta imposible ignorar su obra, aún para discrepar del autor. Porque es Ortiz quien acomete por primera vez en Cuba —contra prejuicios, juicios y posjuicios— la tarea de señalar el papel cumplido por la presencia multinacional y multicultural africana, junto a la española, en el proceso formativo de una auténtica, de una representativa cultura nacional.²

En la semblanza de Lechatañeré el biógrafo se involucra desde el inicio; manifiesta un dolor de ribetes íntimos, asentado en su relación de amistad e ideas comunes con

²Nicolás Guillén: «Don Fernando», *Prosa de prisa*, t. III, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1976, p. 334.

el intelectual fallecido, la cual se encarga de descubrir a medida que avanza el texto. No obstante, es manifiesto el interés —más que por las afinidades personales, por un sentido de justicia y reivindicación con la figura, cuya obra merecía la atención de sus coetáneos— al valorizar la autenticidad de los sentimientos y la escritura del autor, al comentar y reseñar, con objetividad, sus dos principales obras: *Oh, mío Yemayá* y el *Manual de santería*, de las que precisa el quehacer investigativo en el terreno de las religiones afrocubanas como fiel continuador de la labor de Fernando Ortiz. Relaciona, además, sus teorías sobre el uso del término brujería y sus consideraciones acerca de tales creencias como expresiones fetichistas y caducas —sustentadas por Ortiz en 1919 en su texto *Los negros brujos*—, las cuales revaloriza y supera desde una perspectiva más enaltecedora, al proponer el uso del término santería y evaluar las condicionantes sociohistóricas y los matices sincréticos de estos procesos religiosos en su artículo «Las creencias religiosas de los afrocubanos».

¿Se comporta Guillén en los retratos que realiza como un biógrafo tradicional o como uno moderno?

A partir de los retratos estudiados, se puede apuntar que el prosista ha trazado sus perfiles teniendo en cuenta aspectos tradicionales y modernos.

Se comporta dentro de los cánones tradicionales al presentar sus biografiados como modelos de conducta, ya que en la mayoría de sus retratos predomina el carácter laudatorio, en función de resaltar las cualidades y méritos que enaltecen a cada uno. De manera excepcional refiere, en el caso de una de las semblanzas realizadas a Fernando Ortiz, la presencia de errores en el ser humano, dado a través de teorías expuestas en su obra, superadas posteriormente en investigaciones sucesivas; pero que no demeritan sus aportes.

Cuando se analizan los demás rasgos que caracterizan la biografía como un género moderno, estos en su mayoría se cumplan en su obra: 1) marcado interés por aspectos y hechos insignificantes, elemento esencial que parte desde el propio universo de los seleccionados, personajes secundarios de la acción, aquellos que han sido segregados y permanecen en el olvido, cuyas obras son aparentemente insignificantes. 2) Detenida concentración en aspectos cotidianos del comportamiento de los personajes, los gestos aparentemente irrelevantes, los tonos y timbres de voz. 3) Diarios acontecimientos que no son los de mayor significación en la historia cultural de la nación o del personaje en el ámbito cotidiano de su seno familiar, aunque su mayor interés se centre en la proyección social. 4) Perfecta acentuación, en sus perfiles, de aspectos físicos que aludan a la singularidad o lo irrepetible de un ser: la voz, la sonrisa, el carácter. 5) Evidente particularización de los calificativos utilizados para caracterizar un ser de otro, lo que hace distintivo el rasgo definidor de cada personalidad.

Recuérdese, en las caracterizaciones de Rita, la referencia a su voz, cintura y ojos, como expresiones de auténtica cubanía, no otorgadas a otra artista. O, por ejemplo, los apelativos de «gran sabio, famoso hombre de ciencia»³ reservados para Carlos de la Torre y Huerta entre el grupo de científicos que retrata o en las características físicas que resalta de su rostro para marcar lo irrepetible de su ser, no utilizados en otras personas: «rostro bondadoso y suave luz», «sonrisa comprensiva».⁴ O cuando califica a Fernando Ortiz de «gran clásico vivo», «hombre excepcional y gigante»,⁵ absolutizándolo en relación con sus coetáneos por los aportes de su obra. O al encumbrar, dentro del grupo de

³ Nicolás Guillén: «La muerte de un sabio», Ob. cit., t. II, 1975, p. 64.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Nicolás Guillén: «Ortiz: Misión cumplida», Ob. cit., t. III, p. 338.

mambisas cubanas, a Rosa la bayamesa como una «persona docta» por sus conocimientos autodidactas de la flora medicinal cubana. O cuando se reserva el apelativo de «amigo» solo para Neruda, entre muchos, y de «artista» para Fidel, por su obra creativa: la Revolución.

La presencia de otros rasgos también apuntan a que se le pueda considerar un biógrafo moderno. Entre otros por el uso de la heteroglosia; ya que en la mayoría de sus retratos participa una polifonía de voces, a través del recurso dialogístico, en el que el más recurrente es el del texto ajeno. En este caso, usa con regularidad el testimonio de quienes conocieron a las figuras caracterizadas; en otras ocasiones incorpora a sus caracterizaciones las valoraciones que en la prensa de la época emitieron algunos articulistas contemporáneos. También refiere fragmentos y citas de documentos de la época o que pertenecieron al biografado; además de registrar voces del pueblo, recogidas por la tradición oral, que permiten ofrecer una caracterización. Recuérdese la semblanza de Rosa la bayamesa, ejemplo de un texto en el que se interconectan, en distintos momentos, cada una de estas variantes.

En la semblanza realizada a Luz Gil se completa la imagen de la acogida de la bailarina por el público que la admira, a través de la incorporación en el retrato de voces y frases del pueblo con las que caracterizaba a la artista: «¡Qué Luz Gil! ¡Esta Luz Gil! ¡Tremenda Luz Gil!».⁶

En ocasiones, utiliza la heteroglosia de hibridación, en la que introduce —unas veces con marca directa y otras, sin marca— opiniones del biografado al retrato que realiza. Tal es el caso de la semblanza a Lachatañeré, en la que incorpora opiniones del escritor acerca de su propio libro *¡Oh mío Yemayá!* a las valoraciones que, del

⁶Nicolás Guillén: «Luz Gil», Ob. cit., t. III, p. 114.

mismo, tiene Guillén. En la esquila escrita a Hernández Catá en conmemoración del año de su muerte, cita fragmentos de varias cartas autografiadas que el escritor le enviara desde España y, a partir de las cuales, va construyendo el retrato del personaje, para luego cerrar la caracterización desde el conocimiento derivado del encuentro personal entre ambos.

Existen ejemplos interesantes donde la hibridación del texto se complejiza hasta el punto de fusionar dos tipos de heteroglosia, como sucede en la semblanza realizada a Portinari. En ella emplea juicios de personas que conocieron al artista antes y le incitaron a conocer su obra. Así, los juicios emitidos por Enrique Amorim en una carta enviada a Guillén desde Montevideo, son introducidos por él sin marcas directas, como una forma de heteroglosia de hibridación para referir el éxito y los valores de la obra expuesta en París: «¡Qué talento! ¡Qué modestia! ¡Qué sencillez! ¡Qué perspicacia para la interpretación de los más sutiles problemas humanos! ¡Qué fuerte concepción de la vida a través del trabajo creador!».⁷⁷

Nicolás Guillén: «Portinari»

A partir de todos los aspectos anteriormente señalados, podemos reafirmar la magnitud de los valores que se encierran en el periodismo guilleneano y, de manera particular, en sus excelentes dotes como un continuador de la tradición biográfica recogida en las páginas del periodismo decimonónico cubano y de inicios del siglo xx, como fiel exponente de los valores identitarios cubanos y de la savia popular de nuestras expresiones artísticas.

⁷⁷Nicolás Guillén: «Portinari», Ob. cit., t. II, p. 18.

Bibliografía

- Álvarez Álvarez, Luis Luis y Margarita Mateo Palmer:
El Caribe en su discurso literario, Santiago de Cuba,
Editorial Oriente, 2005.
- Álvarez Álvarez, Luis Luis y Margarita Mateo Palmer:
El Caribe en su discurso literario, Santiago de Cuba,
Editorial Oriente, 2005.
- Gargurevich, Juan: *Géneros periodísticos*, Editorial Pablo
de la Torriente, La Habana, 1989.
- Guillén, Nicolás: *Páginas vueltas. Memorias*, Ediciones
Unión, La Habana, 1982.
- _____: *Prosa de Prisa 1929-1972*, IV t., Editorial Arte y Lite-
ratura, La Habana, 1976.
- Maurois, André: *Aspectos de la biografía*, Ediciones Ercilla, San-
tiago de Chile, 1935.

LYCEUM LAWN TENNIS CLUB: UNA VOZ POTENTE DE LA BIBLIOTECOLOGÍA CUBANA DE LA REPÚBLICA

ZOIA RIVERA. *Doctora en Ciencias de la Información.
Profesora de la Facultad de Comunicación de la Universidad
de La Habana.*

El Lyceum de La Habana, una institución de cultura

El interés que existe hoy por el rescate de la memoria histórica tiene un matiz particular al tratarse de la sociedad femenina El Lyceum, ante todo por el olvido en que cayeron sus apoyos y aportes a la cultura cubana, en general, y a la bibliotecología nacional, en particular. Pero en los años 30 era la morada de las personalidades de la cultura y es así como lo valoraba el poeta Eugenio Florit:

Toda la inteligencia cubana de estos últimos años — angustiosos años de lucha por salvarse de la tragedia circundante— debe al Lyceum buena parte de sus éxitos —si los tuvo— y, por lo menos, de su supervivencia. Porque a la represión brutal que hallábamos en la calle, en el pobre caminar desorientado de todos los días, con el espíritu huérfano de resonancias amigas; a ese doloroso estado de querer decir algo, sin periódico en que escribir ni tribuna en donde alzar la voz —el Lyceum respondió siempre con un amplio gesto de bienvenida; y aquella casa de las mujeres— fue areópago de ideas y amable hogar para los hombres que nos dejábamos la carne en la lucha tenaz o en el desaliento

doloroso. Más de una vez pudimos ver allí a amigos que el destino separaba por camino distinto y las luchas políticas por rencores de partido, conversando sobre un tema cualquiera con la sonrisa cordial en el rostro, abandonado en el umbral el fuego de la lucha: las mujeres guardaban en su casa lámpara de más duradero aceite. Y manos femeninas acercaban amigos, al reclamo de un verso, o al eco de una palabra alentadora.¹

La sociedad fue fundada a iniciativa de Renée Méndez Capote y Berta Arocena, con la participación de Carmen Castellanos, Matilde Martínez Márquez, Alicia Santamaría, Carmelina Guanche, Ofelia Tomé, Dulce María Castellanos, Lilliam Mederos, Rebeca Gutiérrez, Sarah Méndez Capote, Mary Caballero, María Josefa Vidaurreta, Margarita Baños y María Teresa Moré.

Como local se alquiló una casa situada en la calle Calzada No. 81, entre A y B, en el Vedado. El mobiliario se logró gracias a las gestiones de compra realizadas por las socias y a las «confiscaciones» realizadas en sus propias casas. Así, el 22 de febrero de 1929, quedó inaugurado el Lyceum de La Habana, «cuyo propósito primordial era fomentar en la mujer el espíritu colectivo, alentando y encauzando actividades de orden, cultural y social».²

La apertura de la institución fue acompañada por una exposición de arte moderno, lo que según Vicentina Antuña:

...eran ya signos evidentes de la posición que adoptaba el Lyceum en cuanto a las tendencias culturales de la época [...] en este sentido, el Lyceum vino a dar

¹ Eugenio Florit : «El Lyceum y la cultura cubana», en *Revista Lyceum*, La Habana, Vol. 1, No. 3, sep. 1936, p. 156.

² *Diccionario de la literatura cubana*, t. 1, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980, p. 532.

cauce, en la vertiente femenina, a las inquietudes que el «grupo minorista» había manifestado entre nuestros intelectuales. No es obra de la casualidad que los integrantes de ese grupo hayan figurado entre los más asiduos colaboradores de la asociación y que algunos de ellos, unidos por nexos de familia a miembros de las primeras Directivas liceístas, hayan sido los principales consejeros de estas en los empeños culturales de la institución».³

Para puntualizar esta cita, hay que señalar que las únicas dos mujeres del Grupo Minorista, Mariblanca Sabas Alomá y María Villar Buceta, estaban estrechamente vinculadas al Lyceum. La primera, en calidad de asociada; y la segunda, una destacada poetisa y periodista. Aunque por razones no aclaradas Buceta no era socia de la institución, sí contribuyó enormemente a sus progresos, sobre todo los de la sección de biblioteca. No pueden omitirse los nombres de las liceístas, hermanas y esposas de los miembros del grupo minorista: Margot Baños, esposa de Jorge Mañach; Mary Caballero, esposa de Francisco Ichaso; Lilliam Mederos, esposa de Luis Baralt; Berta Arocena, esposa de Guillermo Martínez Márquez; María Josefa Vidaurreta, esposa de Juan Marinello, y las dos hermanas de este: Silvia y Sofía; Elena Menocal, esposa de Conrado Massaguer, y otras.

De suma importancia para la vida del Lyceum y para el papel que la institución logró jugar en la cultura cubana, fue su posición de «una zona neutral para las militancias enconadas»,⁴ en medio de las fervientes lu-

³ Vicentina Antuña: «El Lyceum», *Revista Lyceum*, La Habana, Vol. 11, No. 37, feb. 1954, p. 12.

⁴ Mary Caballero de Ichaso: «La fusión del Lyceum y Lawn Tennis Club», en *Revista Lyceum*, La Habana, Vol. 4, No. 13, ene-mar. 1939, p. 66.

chas políticas de los años 30. Al respecto, Rosario Novoa opinaba:

«Cultura y solo cultura, y también la asistencia social. No hubo feminismo de barricada, ni nada de política dentro de la sociedad».⁵

Esta opinión la confirman otros dos miembros de la sociedad, mujeres diametralmente opuestas en sus visiones políticas: Vicentina Antuña y Mary Caballero. La primera plantea que «La persistencia del Lyceum en sus nobles quehaceres en los momentos de tanta perturbación pública, necesitó un gran tacto y suma discreción por parte de sus dirigentes para sortear los escollos que hubieran desviado sus esfuerzos hacia otros campos».⁶ La segunda, que el «Lyceum es una institución de cultura, vigilante y sin trabas, ancha tierra de todos, tierra neutral y tolerante. Siempre me ha parecido que hacer de la cultura una política es salvar la cultura de la política. Ese clima espiritual que ha creado el Lyceum es su más bello patrimonio».⁷

Era tan alto el prestigio de la institución, que el ilustre literato dominicano Max Henríquez Ureña, al salir en el año 1936 para Londres, escribió una carta a la entonces presidenta del Lyceum, Liliam Mederos de Baralt, ofreciéndole la tenencia de su valiosa biblioteca. Este hecho, rutinario a primera vista, incidió radicalmente en la vida y proyectos de la fundación. Si no fuera por esa donación, quizás el Lyceum nunca hubiera logrado el enorme despliegue cultural alcanzado en las

⁵ Entrevista sobre el Lyceum y Lawn Tennis Club, concedida por Rosario Novoa de Lazo en La Habana, el 4 de septiembre de 2001.

⁶ Vicentina Antuña: «El Lyceum», en *Revista Lyceum*, La Habana, Vol. 11, No. 37, febr. 1954, p. 18.

⁷ Mary Caballero de Ichaso: Ob. cit., p. 68

décadas de los 40 y 50, con sus salones de arte, la gran biblioteca pública y la primera biblioteca juvenil del país. Al respecto recordaba Elena Mederos:

La experiencia comprueba que en muchas ocasiones, un hecho aparentemente casual desencadena todo un proceso trascendente. En la historia del Lyceum este hecho lo representa el ofrecimiento de Max Henríquez Ureña, de prestar al Lyceum por un número determinado de años su valiosa y extensa biblioteca. Yo recuerdo con excepcional claridad, la junta en que se discutió la conveniencia de aceptar o no aceptar dicha proposición, que de hecho nos obligaba a buscar la manera de ampliar nuestro local social, puesto que dentro del edificio de Calzada 81 no había sitio disponible para tantos libros.⁸

El problema principal consistía en que el espacio físico de la biblioteca del Lyceum no permitía la conservación adecuada ni el uso eficiente de la colección. La solución vino a parir de la fusión, el 22 de febrero de 1939, del Lyceum con el Lawn Tennis Club, la sociedad femenina con objetivos deportivos y sociales, creada por Rosa Ferrán en el año 1913. El Lawn Tennis Club poseía los terrenos situados en el Vedado, en Calzada y Ocho, y la posibilidad de utilizarlos permitía al Lyceum construir un edificio para albergar la biblioteca pública u otros locales sociales.

La biblioteca pública del Vedado

En noviembre de 1941, una vez terminado el edificio, se realizó el traslado. Unos meses más tarde, el 19 de mayo de 1942, se inauguró la Biblioteca Pública, con lo que cumplió así el Lyceum Lawn Tennis Club «una de

⁸ Elena Mederos: «El Lyceum y su mundo interior», en *Revista Lyceum*, La Habana, Vol. 11, No. 37, feb. 1954, pp. 37-38.

sus iniciativas de más trascendencia, tanto en el orden de la cultura como en el del servicio social»,⁹ de la que se derivó, dos años más tarde, la creación de la primera biblioteca juvenil del país.

Desde sus inicios, el Lyceum contaba con una biblioteca para las asociadas. Esta, a pesar de no ser grande, desarrolló en la década de los 30 numerosas y variadas actividades, tanto para las socias, como para el público externo. Entre sus proposiciones se destaca el establecimiento, en 1936, de «un premio anual, consistente en la publicación, gratuita para el autor, del mejor libro de firma cubana, dentro del género literario propuesto, presentado a concurso»,¹⁰ un aporte de la institución a la producción literaria nacional. Este medio, desde el punto de vista de la Directiva, debía aumentar la escasa publicación de obras nacionales, derivada, en lo esencial, a la falta de estímulos. El premio se otorgaba el 19 de mayo de cada año, fecha en que, conmemorando la muerte de José Martí, el Lyceum instituyó el Día del Libro. En sus tres primeros años, los premios fueron otorgados, según recuerdos de Berta Arocena, «a Ofelia Rodríguez Acosta por un dramático cuento [...] a Herminia del Portal por «Miguelito» [...] a Renée Potts por su delicioso «Romancero de Maestrilla» que ella misma ilustró con monigotes».¹¹

El Día del Libro, como actividad de extensión del área de la Biblioteca, se estableció por impulso de Consuelo Machado desde el mismo año de 1929 y las responsables de su organización eran las vocales de la biblioteca. Además de

⁹ *Lyceum y Lawn Tennis Club. Memoria*, Lyceum y Lawn Tennis Club, La Habana, [s.n.], 1941-1943, p. 5.

¹⁰ *Lyceum. Memoria*, Lyceum, La Habana, [s.n.], 1935-1936, p. 27.

¹¹ Berta Arocena: *Los veinte años del Lyceum: un reportaje en dos tiempos*, Editorial Lex, La Habana, 1949, p. 34.

los mencionados premios, en esa fecha se efectuaban, indistintamente, las exposiciones de libros cubanos recién publicados, de las ediciones raras y lujosas o de documentos y reliquias martianas. Este día se ofrecían lecturas comentadas o se invitaba a algún autor cubano a leer capítulos de una obra suya próxima a publicarse. Vicentina Antuña señala, que «fue precisamente en uno de estos actos, en 1932, donde Jorge Mañach dio a conocer las primicias de su biografía de Martí, que por entonces tenía en preparación y que tan justa fama adquirió al publicarse bajo el título de *Martí, el Apóstol*».¹²

La labor comenzada por la biblioteca para las asociadas, fue desplegada a escala mayor a partir de la apertura de la biblioteca en el edificio nuevo, institución denominada la Biblioteca Pública del Vedado. Con el objetivo de promover el interés de los lectores, se realizaron charlas y comentarios sobre diferentes temas de actualidad, se organizaron cursillos y otras actividades encaminadas a la divulgación cultural. Con el fin de dar a conocer estas acciones de la Biblioteca Pública, María Teresa Freyre de Andrade y Raquel Robés ofrecieron varias charlas por radio, desde la emisora O'Shea.

La Directiva del Lyceum tenía bien definida la misión de la nueva biblioteca. La fundamentaban de la manera siguiente: «La Biblioteca Pública, en la sociedad democrática actual es un factor de primera importancia para el mejoramiento social. Su papel no es meramente el de organizar una selección de libros y de otros materiales con el objeto de aguardar pasivamente al público que decida, espontáneamente, acudir a leer».¹³

¹² Vicentina Antuña: Ob. cit., p. 25.

¹³ «Vida y trabajo de la Biblioteca Pública del Lyceum», en *Lyceum y Lawn Tennis Club. Exposición de Flores*, La Habana, 1952, [s.p.].

Al principio, la biblioteca era circulante solamente para las socias. Incluso, en abril de 1944 se puso en vigor un nuevo Reglamento para el préstamo de libros, que aumentaba el número de horas dedicadas a este servicio y se establecían claramente los derechos y deberes de las asociadas en relación con la circulación de los libros. Al mismo tiempo, y con la finalidad de mejorar la utilidad, en este período se comenzó a llevar una estadística detallada de las obras prestadas. Después de un cuidadoso estudio, desde 1946, los préstamos se hacían también al público externo. Así, la biblioteca del Lyceum se convirtió en la primera biblioteca en Cuba que posibilitaba la oportunidad de leer a personas que no podían asistir a una sala de lectura en horas laborables.

La actividad de la biblioteca correspondía a la concepción más moderna del trabajo en esta esfera en aquellos tiempos. Su organización interna era similar a la de las bibliotecas norteamericanas en lo que se refiere al préstamo de libros, a su catálogo y a los otros materiales que poseía: un amplio laminario, por materias, debidamente organizado, en el que cada ejemplar tenía un pie de grabado explicativo y se podía apreciar, también, de modo circulante; una discoteca, y un registro vertical donde se guardaba todo el material que se estimaba de interés, obtenido de revistas y otros tipos de publicaciones. La biblioteca poseía estantes abiertos, y era de tipo activo, al servicio de sus lectores y de la comunidad. Desde 1946, al establecer relaciones de canje con American Library Association, comenzó a utilizar en sus catálogos las fichas impresas de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Para promover la lectura, las bibliotecarias organizaban constantemente comentarios de libros y charlas

bibliográficas sobre distintos temas, y sugerían bibliografías mínimas que se repartían mimeografiadas entre el público. Se ofrecían también ciclos de conferencias y cursillos, durante los cuales se desarrollaba un trabajo previo de compilación de bibliografías para que el público tuviera siempre pautas de lectura sobre los temas tratados.

La composición del fondo de la biblioteca era muy variada. Además de de literatura para recreación, contaba con un número considerable de obras de Biblioteconomía; poseía una valiosa colección de libros en idioma inglés; y otra circulante, de unos 300 títulos, utilizada por la sección de Asistencia Social en su trabajo en la cárcel de mujeres en Guanabacoa y en el hospital Nuestra Señora de las Mercedes.

La Sección de biblioteca siempre ocupó un lugar preferente en los planes de actividades del Lyceum por la importancia primordial que esta tenía en el programa de difusión cultural de la institución en su proyección hacia el exterior. Tal parece que, en su afán de trabajar a semejanza de las bibliotecas norteamericanas, la Biblioteca Pública del Lyceum Lawn Tennis Club hacía énfasis en el trabajo de extensión bibliotecaria. Por la tribuna de conferencias de la biblioteca pasaron los más ilustres intelectuales cubanos de la época, a cuya lista hay que agregar los nombres de muchos extranjeros, de paso o residentes en Cuba, tales como Gabriela Mistral, María de Maeztu, Amanda Labarca, María Zambrana, Concha Espina, Alfonso Reyes, Pablo Neruda, José Vasconcelos, Luis Fernández Azúa, Fernando de los Ríos, Gustavo Pitaluga y otros.¹⁴

¹⁴ Berta Arocena: Ob. cit., p. 8.

La biblioteca juvenil

En el año 1944, el Lyceum consiguió llevar a la práctica uno de sus más nobles proyectos: la creación de una biblioteca juvenil, la primera de este tipo en Cuba. Desde sus inicios la biblioteca pública para los adultos contaba con una sección infantil. Su colección, debidamente catalogada y clasificada, era pequeña, pero conformada por obras cuidadosamente adquiridas, destinadas a promover el interés de los niños por la lectura. Convencidas de que en una escuela la biblioteca tiene función vital, las liceístas elaboraron un proyecto de colaboración con las escuelas públicas del Vedado. Las acciones comprendían la proyección mensual de películas educativas.

La dirección de la actividad y la coordinación con los maestros estaba a cargo de la Dra. Dulce María Escalona, liceísta y pedagoga de la Escuela Normal de La Habana. La biblioteca preparaba los libros sobre el tema de la película que se exhibía y, así, los escolares acudían a ella con un interés especial: en busca de los libros necesarios para los trabajos encomendados en la escuela como preparación previa a la película. Según María Teresa Freyre, en el transcurso del proyecto se pudo comprobar «el entusiasmo infatigable de muchos miembros de nuestro magisterio que laboran día a día con tesón en circunstancias sumamente difíciles, pero sin desalentarse, y siempre dispuestos a responder a cualquier iniciativa que pueda ayudarlos a desarrollar mejor su enseñanza».¹⁵ La biblioteca juvenil del Lyceum vino a suplir la falta de bibliotecas en la mayor parte de las escuelas.

¹⁵ Biblioteca Pública del Lyceum y Lawn Tennis Club. Nota informativa promocional sobre la Biblioteca leída en La Hora, Lyceum y Lawn Tennis Club, La Habana, [1942], h. 1.

El uso de las experiencias de los Estados Unidos estaba avalado por los logros de este país en la esfera. Al respecto, María Teresa Freyre expresaba:

En los Estados Unidos donde la Biblioteca y la Escuela han trabajado tan bien y en tan íntimo consorcio, este tipo de trabajo comienza en los grados más bajos. Desde las clases más chicas se ve acudir, los niños a la biblioteca con un trabajo especial asignado por las maestras. La Bibliotecaria por su parte, enterada de los libros que han de necesitar, ha preparado ya el salón para que les sea fácil encontrar ellos mismos el material que necesitan para rendir la tarea encomendada.¹⁶

Igual que la biblioteca pública, la biblioteca juvenil era de carácter circulante y prestaba servicio todos los días, de lunes a viernes, de 4 a 8 p.m. y los sábados y domingos, de 9 a.m. a 12 m. Contaba con una sala de lectura confortable y bien adaptada a las necesidades de los jóvenes lectores, atendida por Raquel Robés Masses, graduada de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de La Habana y de los dos cursos de Biblioteconomía que había ofrecido el Lyceum con la cooperación de la Asociación Bibliotecaria Cubana y American Library Association. En la sala se recibían revistas que circulaban igual que los libros.

La biblioteca juvenil, fiel a los métodos activos de trabajo, desde sus inicios creó la Comisión de Propaganda, un instrumento importante para la búsqueda de nuevos usuarios. Dicha Comisión estaba integrada por ocho lectores que atraían a sus amigos al salón de lectura. Este trabajo despertó mucho entusiasmo entre los muchachos y para el año 1953 el número de usuarios llegó a 1500 personas.¹⁷

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ «El servicio bibliotecario del Lyceum», en *Lyceum y Lawn Tennis Club. Exposición Internacional de Flores*, La Habana, 1953, [s.p.].

Un lugar destacado en la vida de la biblioteca lo ocupaba una actividad semanal, denominada La Hora del Cuento, considerada como indispensable en toda biblioteca a la que acudan niños. Haciendo uso de la literatura y las experiencias norteamericanas, las pedagogas y bibliotecarias del Lyceum se ocuparon, de manera especial, en hacer un estudio de este medio tan influyente en el desarrollo intelectual y espiritual de los niños, en despertar su imaginación e inculcarles el amor a la lectura.

En 1951 la biblioteca organizó el Club de Lectura con el objetivo de «desarrollar el espíritu crítico de los jóvenes, enseñarles a gustar los buenos libros, y orientarlos en la selección de lo que pueden leer con verdadero provecho».¹⁸ Primeramente, el Club estuvo integrado por 30 muchachos, quienes recibieron, como obsequio de la biblioteca, botones distintivos y libretas para anotar sus lecturas. El Club despertó mucho interés en los lectores y el número de sus miembros creció progresivamente.

Cada mes la biblioteca compilaba una lista comentada de libros que se repartía entre los miembros del Club para que de ella escogieran una obra. Al cumplirse el mes, se celebraba una reunión a la que concurrían los lectores con su opinión sobre las obras leídas, y detallaban en cada caso por qué le otorgaban los juicios que expresaban.

Para conmemorar el centenario del nacimiento de José Martí, la biblioteca juvenil ofreció un curso de lecturas martianas, adaptadas a los adolescentes. Estuvo a cargo de los doctores Fernando Portuondo y Hortensia

¹⁸ *Lyceum y Lawn Tennis Club. Memoria*, Lyceum y Lawn Tennis Club, La Habana, [s.n.], 1951-1953, p. 39.

Pichardo, profesores del Instituto de Segunda Enseñanza de la Víbora. Además, la biblioteca juvenil convocaba anualmente al Concurso José Martí para los estudiantes de las escuelas públicas, con la consiguiente publicación de los trabajos premiados.

La contribución a la formación de los profesionales de bibliotecas

Como el inicio de los estudios bibliotecológicos en Cuba, habitualmente se ha señalado el año 1936, cuando el Lyceum Lawn Tennis Club organizó sus Cursos de Iniciación Biblioteconómica. Es decir, la formación de los bibliotecarios en Cuba comenzó más de un siglo después de la creación de la primera escuela de este tipo en Europa (L'Ecole Nacionales de Chartres, París, 1821) y casi 50 años después de la fundación de la escuela especializada en la Universidad de Columbia (Estados Unidos, 1887). Incluso, en América Latina, durante las primeras décadas del siglo xx, Brasil, México, Argentina y Chile habían dado los pasos iniciales en este sentido.

En 1936, el Lyceum, compenetrado con la insistencia de los sectores culturales progresistas por la creación de Bibliotecas Públicas y de Escuelas de Biblioteconomía que prepararan personal idóneo para su adecuada organización, se decidió, por iniciativa de Piedad Maza y Elena Mederos, organizar el primer Curso de Biblioteconomía, cuya impartición fue encargada a María Villar Buceta. En su artículo «La Enseñanza Biblioteconómica en Cuba» ella recordaba que el objetivo del curso era «ganar la atención pública, tanto sobre la biblioteca como hecho social de

relevante significado, como sobre la mera técnica de su manejo como instituto agente de una sana política educacional». ¹⁹

En cuanto a las razones por las que ha sido precisamente el Lyceum, la institución que emprendió la ardua tarea de la formación de bibliotecarios, ella explicaba:

Defraudadas ya, para aquella fecha, las ilusiones que cierta élite de la ciudadanía preocupada por la cultura popular había puesto en la Revolución, y en vista del desastroso estado en que continuaban nuestras Bibliotecas Nacional y Municipal, a pesar de los clamores de sus dirigentes y de tal cual artículo admonitorio inserto en la prensa, esas dos admirables liceístas que son Piedad Maza y Elena Mederos pensaron, con certero juicio, que era hora de que la iniciativa privada supliese en parte la incuria oficial, a cuyo efecto el Lyceum lanzó el reclamo a cuantos en Cuba se interesaran por el adcentamiento de las bibliotecas públicas, por su adecuada instalación, por la conservación y enriquecimiento de sus fondos y por la tecnificación de su personal, al que urgía sustraer de los vaivenes burocráticos de la politiquería. ²⁰

Las clases iban acompañadas con visitas a la Biblioteca Nacional, la municipal, la de la Sociedad Económica de Amigos del País, la General de la Universidad, así como las de las escuelas de Medicina, Derecho e Ingeniería y Arquitectura. Además de las bibliotecas, se realizaron visitas a los mejores establecimientos comerciales de imprenta y encuadernación, donde a los alumnos se les exhibió el equipo metálico, planos de secciones y dibujos de mobiliario específico de bibliotecas, hechos expresamente para las clases.

¹⁹ María Villar Buceta: «La enseñanza biblioteconómica en Cuba», en *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios*, La Habana, Vol. 1, No. 3-4, dic. 1949, p. 93.

Ahora bien, el suceso de mayor importancia para la formación de los bibliotecarios cubanos, en general, y para la labor liceísta en este campo, en particular, fue, indiscutiblemente, la celebración, en 1938, en la Universidad de La Habana, de la Asamblea Nacional Pro Bibliotecas, la que debatió, entre otras cuestiones, la necesidad de preparar a los bibliotecarios nacionales. María Teresa Freyre de Andrade consideraba que la Asamblea «tuvo la virtud de centrar durante unos días la atención pública sobre el problema bibliotecario y de reunir a los que, a través de la isla, compartían esas preocupaciones».²¹ La Asociación Bibliotecaria Cubana, fundada en este evento, decidió crear, con miras a la permanencia de la enseñanza en el país, la Escuela de Servicio de Biblioteca.

En octubre de 1942, el Lyceum, en colaboración con la Asociación Bibliotecaria Cubana, empezó su segundo curso de Biblioteconomía que duró hasta marzo de 1943. Todos estos progresos se coronaron con la creación de la Escuela de Verano en la Universidad de La Habana, en cuyo funcionamiento las lyceístas participaron activamente. Las escuelas de verano de la Universidad de La Habana sesionaron hasta 1956 y las clases fueron impartidas por María Teresa Freyre y Raquel Robés, Carmen Rovira, Isabel Pruna Lamadrid, Rosina Urquiza, además de Jorge Aguayo y Fermín Peraza. A los que asistieron a tres escuelas sucesivamente y aprobaron los exámenes correspondientes, se les expedía un Diploma de técnica bibliotecaria.

²¹ María Teresa Freyre de Andrade: «El trabajo bibliotecario en Cuba republicana», en *Cuba Bibliotecológica*, La Habana, Vol. 1, No. 1, ene-mar. 1953, p. 7.

A partir de la apertura de las Escuelas de Verano y, sobre todo, después de la creación de la Escuela de Bibliotecarios de La Universidad de La Habana, en 1950, el Lyceum Lawn Tennis Club siguió presente en las enseñanzas bibliotecológicas mediante la labor relevante que realizaron sus miembros María Teresa Freyre, Raquel Robés, Carmen Rovira, Isabel Pruna Lamadrid y otras, pero no a título del Lyceum, sino en los marcos de la Universidad de La Habana o de la Asociación Cubana de Bibliotecarios.

A modo de conclusiones

El Lyceum, como sociedad de mujeres, fue portador no solo de los rasgos del feminismo universal, sino y ante todo, de las ideas de renovación cultural transmitidas por los más ilustres intelectuales de la época, unidos a las liceístas por los lazos familiares, conyugales o de amistad.

Las bibliotecas del Lyceum, tanto para los adultos como la juvenil, estaban organizadas de acuerdo con la concepción más avanzada de trabajo bibliotecario de su tiempo que concibe esta labor más allá de una simple papel custodial. La introducción en Cuba de la llamada «biblioteca sin paredes» permitió acercar el libro al lector de diversos segmentos poblacionales.

En las condiciones de desinterés de las instancias oficiales por el mejoramiento del estado en que se encontraban las bibliotecas públicas y la superación del personal que en ellas trabajaba, el Lyceum inició sus propios cursos de formación profesional de bibliotecarios, y lo prosiguió en las Escuelas de Verano y en la Escuela de Bibliotecarios de la Universidad de La Habana, mediante el aporte de sus instalaciones y del personal docente calificado.

La labor realizada en las bibliotecas del Lyceum sentó las bases profesionales para el desarrollo de las bibliotecas públicas en el período revolucionario.

AGUSTÍN ACOSTA: UN IGNORADO VIGENTE

JUAN LÁZARO BESADA. *Presidente de la Sociedad Cultural
José Martí en Trinidad.*

Los acentos del nacionalismo y la defensa de nuestros derechos frente a la influencia y dominación de los Estados Unidos de Norteamérica en la patria cubana legaron abundantes frutos de legítima autoconciencia.

Una de esas voces, preterida durante años, resuena en el espectro de la cultura nacional con particulares timbres, por cuanto supo dotar a muchos de sus escritos de un raigal amor por Cuba: la del poeta matancero Agustín Acosta, nacido en 1886 y fallecido en 1979.

Perteneciente a la generación poética del neomodernismo, Acosta inscribió su nombre en el Parnaso cubano desde la primera década del pasado siglo y en 1912 obtuvo el primer premio en el concurso de décimas dedicadas a la enseñanza nacional con una composición que corrió en los labios del pueblo e, incluso, fue recogida en numerosos textos escolares; aunque ya desde algunos años antes era frecuente colaborador en diversas publicaciones periódicas.

En 1915 apareció *Ala*, su primer libro, verdadero suceso no solamente literario. Entre los poemas contenidos en el volumen se encuentra su oda dedicada a Martí, en la cual muestra la importancia que concedía al Apóstol como columna sustentadora de los cubanos.

Acosta fue siempre un cubano de raíz y esencias. En el artículo que titulase «Yankeelandia», se encuentran ideas

que presentan nítidamente su pensamiento. Acerca de la presencia de Estados Unidos en la Isla escribe:

¡Y todavía hay quien dice que son buenos! Ellos, los adoradores del negocio, los metalizados de siempre, los poco escrupulosos, no pueden ser buenos. La raza latina soñadora y noble, rebélase ante las supuestas omnipotencias «yanques» y, bajo el sol de gloria que siempre cubrió su frente, propicia a las conquistas, la raza de los Argonautas, impone, impondrá su estandarte luminoso.»

Es un abuso de los potentados; la fuerza brutal imponiéndose a la razón, el ojo cinegético de Roosevelt que nos dice: «te cazo, paloma antillana».

Porque conoce nuestra sangre rebelde, porque sabe que somos dignos, que no somos parias, que conocen muy a fondo nuestra vergüenza.¹

Como miembro de una intelectualidad joven que sentía en su rostro la bofetada que daban al país los gobernantes de turno, cada vez más plegados a los aviesos propósitos de Estados Unidos, Acosta aporta su firma al Grupo Minorista, que protestaba contra los desmanes del momento, así como por la renovación artística en el país. Y es significativo que, en este grupo, se encuentren orientaciones ideológicas tan disímiles, desde los más avanzados como Rubén Martínez Villena, Juan Marinello y Julio Antonio Mella, hasta figuras como José Antonio Fernández de Castro, Jorge Mañach y Enrique Serpa. Estos intelectuales presentaban un frente común en defensa de Cuba. Es imposible no apreciar en esto una señal inequívoca: esos jóvenes tenían una clara vocación nacionalista y antiimperialista de inclinación a la

¹ Agustín Acosta: «Yankeelandia», *El Estudiante*, Año V, No. 15, 15 de agosto de 1908.

izquierda. Si todos no abrazaron las ideas marxistas, por las limitaciones de su formación, sí es posible afirmar que fueron honestos, patriotas y paladines en la reivindicación de la cubanía frente a la ominosa presencia yanqui en la patria.

Acosta, quien durante un tiempo intervino en la política nacional, jamás estuvo ajeno a los problemas esenciales de la nación.

Los años veinte del pasado siglo fueron un momento crítico en el escenario mundial y dejaron sentir su huella sobre la vida nacional. La crisis económica mundial y su impacto sobre la producción azucarera provocaron la miseria de muchos campesinos y jornaleros vinculados directamente con tal proceso. Y es justamente en este momento tan álgido de la República, cuando Agustín Acosta se lanzó a la palestra pública con un poemario que marcaría un hito en la literatura cubana. En 1926 apareció su libro *La zafra*.

Resulta significativo que Acosta lo subtitulase con una frase que no deja lugar a dudas sobre las intenciones del autor: *Poema de combate*. Porque eso es, un poema de combate en defensa de lo más autóctono de Cuba; ya que, según las palabras de otro cubano esencial, don Fernando Ortiz, «sin azúcar no hay país». En el poema que cierra esta obra esencial, «**Postcenio**», pueden leerse unos versos que explicitan el pensamiento y el credo de Acosta:

Musa patria: pongo en ti
los rescoldos de mi fe...
Musa patria, esto no fue
lo que predicó Martí...!²

² Agustín Acosta: *La zafra. Poema de combate*, Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, 2004, p. 110.

Estos versos evidencian una comprensión profunda de la situación de la República en ese momento. Los ideales martianos no eran los que regían en Cuba; los gobernantes de turno sacrificaban al país y lo entregaban a la codicia y a los afanes de dominación norteamericanos. Esa no era en modo alguno la República donde se cultivase «la dignidad plena del hombre»,³ reclamo fundamental del Apóstol.

El poeta ejerció, desde su arte, una función política en el sentido más noble de la palabra. Fue voz de la conciencia nacional que expresó, de manera más que elocuente, el sentimiento de repudio ante una dominación que se hacía cada día más ominosa. Hay en estos versos un compromiso raigal y firme con Cuba.

La zafra es una obra imprescindible para acceder a una comprensión del ideario cubano en los primeros treinta años de la República. Todos los escritores del país, con muy pocas excepciones, comprendieron la perniciosa influencia que ejercían los Estados Unidos en la vida cubana y, desde diferentes posiciones ideológicas, pero unidos por un amor a la patria, denunciaron esta vergonzosa dependencia.

Muchos poemas de Acosta en *La zafra* expresan esta situación con una fuerza en la cual vibra el sentimiento de amor a Cuba y la preocupación por los destinos de la República que Martí había soñado «con todos y para el bien de todos».⁴ El nacionalismo de Acosta le lleva a emprender una cruzada desde la poesía donde se

³ José Martí: «Con todos y para el bien de todos», *Obras Escogidas*, t. III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 11.

⁴ *Ibidem*, p. 19.

manifiesta, con meridiana claridad, esa pasión cubana que nutrió todo su accionar intelectual y ciudadano.

Porque la caña es como un alma nazarena
que su dulzura ofrece a toda crueldad;
que da néctar al agrio filo que la cercena,
y al hierro que la estruja opone su bondad.⁵

Aquí comenzó a revelarse el alma del poeta y sus ideas. Agustín Acosta compara a la caña con Jesucristo y dejó explícito su humanismo de base cristiana, lo cual es natural si se comprende que perteneció a una época donde la religiosidad marcaba la vida espiritual del país. Pero más allá de esa referencia, hay un sentido de entrega y sacrificio, de oponer la energía de un ideal elevado a la brutalidad de la fuerza.

Más adelante, en el poema titulado «Aguafuerte criolla», una estrofa comienza a perfilar los contornos:

Café yanqui en las tazas mal lavadas humea,
(la caña suplantó los patrios cafetales)
y la chismosa en la alta repisa cabecea,
dando a las sombras vagos aspectos fantasmales.⁶

Y en el poema siguiente explicitó a plenitud su ideal nacionalista y antiimperialista. «Las carretas en la noche» es expresión raigal de su oposición al yanqui y a su perniciosa presencia en la patria. En el mismo inicio del poema se encuentra una declaración de principios:

Vadean arroyos, cruzan las montañas
llevando el futuro de Cuba en las cañas...
Van hacia el coloso de hierro cercano:
van hacia el ingenio norteamericano...
Y como quejándose cuando a él se avecinan,
las viejas carretas rechinan... rechinan...⁷

⁵ Agustín Acosta: Ob. cit., p. 52.

⁶ *Ibidem*, p. 56.

⁷ *Ibidem*, p. 59

En estos versos va el drama de la República sometida: el futuro de Cuba atado a la producción azucarera y los centrales en manos foráneas. Acosta, desde su cubanía raigal, llama a luchar por el rescate de nuestros recursos, de nuestra vida. No es una queja, es el clarín que incita al despertar de las conciencias. Que no viese la necesidad de ir más allá, de superar la ideología burguesa no descalifica su obra. Haber señalado los peligros es ya un mérito imposible de ser obviado.

Acosta, como Jorge Mañach, no logró rebasar los marcos de la ideología burguesa; aunque jamás dejó de ser un crítico de los males de la República y supo defender siempre a la patria.

El final de este poema resume la postura del autor y su valor y convicciones. Una parte se repite como *ritornelo*, pero la conclusión es categórica de la posición de Acosta:

Vadean arroyos, cruzan las montañas
llevando la suerte de Cuba en las cañas...
Van hacia el coloso de hierro cercano:
van hacia el ingenio norteamericano,
y como quejándose cuando a él se avecinan,
cargadas, pesadas, repletas,
icon cuantas cubanas razones rechinan
las viejas carretas...!⁸

Los dos versos finales traslucen un patriotismo comprometido. El poeta afirma su amor patrio, denuncia la situación de nuestra primera industria, se suma a quienes ven al país y su independencia en peligro. Fue un combatiente por la nación y su verso devino filoso machete de cubanía.

En 1931, mientras Cuba padecía los desmanes de la dictadura de Gerardo Machado, tras una reelección espuria,

⁸ *Ibidem*, p. 62.

Acosta tuvo el coraje de hacer pública su posición en contra del tirano. Su carta al presidente Machado, publicada en la revista *Bohemia* el 21 de junio de ese año, lo presenta como firme opositor:

No puede ocultarse, General, que han fracasado las buenas intenciones que usted llevó al gobierno de la República. Usted se deja seducir por la corte de aduladores, quienes primero le hicieron creer que era el hombre de superior talento, el providencial de los instantes anárquicos, y luego (lo) persuadieron con gran contentamiento suyo de que era un gobernante de fuerza incontestable. Desgraciadamente para Usted, General, nada de eso era cierto. Le faltaba la fuerza de la razón y el cariño de su pueblo, del pueblo de Cuba.⁹

Esta valentía fue cobrada por el dictador con el encarcelamiento de quien era ya una figura de primer orden en la vida cultural del país e, incluso, se temió que fuese asesinado; pero Acosta se mantuvo firme, y su voluntad y patriotismo no pudo ser quebrado.

Agustín Acosta defendió a Cuba, a sus campesinos, fue siempre opositor de la explotación norteamericana y jamás temió enfrentarse a quienes mancillaban a la patria.

Aunque luego de esos años de la década del treinta se retiró de la vida política, su lira continuó cantando en cubano y por propios merecimientos conquistó en 1955 el honroso título de Poeta Nacional.

Amigo personal de muchos de los más valiosos intelectuales de Cuba, Acosta fue un entrañable amigo para Nicolás Guillén, a quien siempre distinguió como compañero de letras.

⁹ Agustín Acosta: «Carta abierta al General Machado», *Bohemia*, La Habana, 21 de junio de 1931.

Muy enfermo, Acosta abandonó Cuba en 1972 para ir a morir junto a su esposa e hija adoptiva, quien había salido de la isla con la Operación Peter Pan, pero jamás dejó de soñar, escribir y amar a la patria que enalteció con su obra.

El autor de *La zafra*, si bien no fue socialista, fue revolucionario, además de patriota y hombre de entereza moral digna de elogio. Agustín Acosta, como Jorge Mañach y muchos otros, mantuvo a lo largo de su vida un pensamiento nacionalista, antiimperialista y de izquierda moderada, pero su quehacer nos dejó siempre un hálito de luz y cubanía. Su compromiso con la poesía lo fue también con la patria. La limpieza y honradez de su accionar le han consagrado un sitio entre las voces nacionales que supieron enaltecer a Cuba. En una República que había sido frustrada por la intervención norteamericana, Agustín Acosta mantuvo, desde su arte, un compromiso coherente con la patria.

PARRANDAS REMEDIANAS AL COMPÁS DE LA REPÚBLICA

M.Sc. SULMA ROJAS MOLINA. *Directora del Museo de las Parrandas remedianas. Profesora de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.*

San Juan de los Remedios, a las puertas de cinco siglos de existencia, revela la perdurabilidad de tradiciones muy peculiares en el panorama cultural cubano: carnavales, procesiones de Semana Santa, ferias sanjuaneras, en el marco de la celebración fundacional, son ejemplos concretos de distinción, en una ciudad que convive con más de cincuenta leyendas. Y desde este complejo identitario emergen, como unas de las expresiones más trascendentes de la cultura popular tradicional en Cuba, las Parrandas remedianas.

La tradición parrandera ha persistido a lo largo de casi 200 años, no solo por el carácter popular, ni porque exhiba años de continuidad desafiante desde la tercera década del siglo XIX, avalando su condición de «primera» en el archipiélago cubano; sino también por la necesaria revitalización de su esencia en los múltiples contextos culturales.

Se trata más bien de la diversidad que atrapa en el ámbito de su creación artística. ¿Cómo se proyectó esta festividad en el convulso escenario de la República? ¿Cómo fundamentar su permanencia sin la opción de políticas orientadas a su preservación?

Proponemos, entonces, un acercamiento a las características festivas en el período de 1902 a 1959: la

implicación popular para la materialización económica del suceso competitivo, los cambios en los elementos artístico-formales a partir de las renovadoras propuestas del arte vanguardista y la apropiación de sugerentes temas asociados al acontecer político, histórico y social de la etapa republicana.

La pertinencia de una fiesta popular se acentúa o se pierde en dependencia de la vitalidad con que sus hacedores o participantes ahonden en su historia. En ese decurso revitalizador está la perdurabilidad de las Parrandas remedianas. Su conformación en estos años responde a las características de movilidad que posee toda manifestación de la cultura popular: imposible contener la tradición en una cacerola lisa, la fiesta en Remedios ha cambiado inevitablemente desde sus propios inicios y marcó un paso muy singular al compás de la República.

Historia de una tradición

Las Parrandas remedianas han persistido a lo largo del tiempo gracias a dos aspectos fundamentales: el carácter popular, cuya heterogeneidad deriva en potencialidades creadoras infinitas, y la preservación de su esencia como festividad.

Surgieron en la década de 1820 gracias a la convocatoria religiosa que realizara Francisco Vigil de Quiñones para lograr la asistencia de los feligreses remedianos a las misas de aguinaldo. El embullo musical creado por aquellos muchachos que recorrían las calles de la ciudad constituyó el germen de esta fiesta tradicional antiquísima. Hasta hoy se celebran cada 24 de diciembre hasta el amanecer del 25 y los barrios que compiten se denominan El Carmen y San Salvador. Cada uno asume símbolos de distinción.

Los sansaríes utilizan un gallo y el color rojo predominante en sus estandartes e insignias; mientras que los carmelitas presentan una globa, un gavilán y el color que les da el nombre en dichos emblemas.

Justo es resaltar de estas fiestas, la antigüedad y exclusividad de su música expresada en dos agrupaciones: el Repique, anunciador de la proximidad del hecho cultural, y el Piquete, que tiene a su cargo la interpretación de las universales polcas o himnos de barrio, compuestos desde finales de 1880; además de las rumbas de desafío y de victoria. Mención merece también el trabajo de plaza, que si bien se extendió a otras regiones, permanece en Remedios como un elemento de distinción que preside, majestuoso, las fiestas. Completan el suceso, las colecciones de faroles (que no compiten), las carrozas y los fuegos artificiales.

Las parrandas remedianas asumen una tipicidad especial dada la variedad de elementos interventores en un espectáculo artístico en el que confluyen casi todas las artes: música, danza, teatro, artes plásticas, literatura y hasta una variante lingüística muy particular; todos expresados en un auténtico arte de pueblo, hacen que las Parrandas de Remedios sean consideradas como una fiesta nacional cubana y ostenten los premios Memoria Viva y el Nacional de Cultura Comunitaria.

Pero cada uno de estos componentes festivos tiene una historia condicionada por el propio desarrollo humano. El periódico *El Faro* recoge lo siguiente: «Conservando la tradición en lo que de bondadosa tiene y despojándola de esos rezagos de una civilización pretérita a golpe de arponazos de los modernísimos tiempos».¹

¹ *El Faro*, 24 de diciembre de 1931.

La música, por ejemplo, si bien no constituye un elemento competitivo, es un enlace indispensable para las incursiones a la plaza que realizan los barrios y para la propia evolución del resto de los elementos competitivos durante la noche de celebración. La música esencialmente rítmica del repique, hacia 1835, sumó, a los instrumentos ya existentes, la atambora y la corneta, que luego desapareció, pero que bien podría ser un antecedente de la inclusión de la trompeta en la década de 1980.

En orden cronológico aparece luego el farol como «el primer elemento artístico-formal que se manifestó en las parrandas, hacia 1871 [...] y se confeccionaban con papel de China de variados colores [...] se perfeccionaron hasta convertirse en verdaderas obras de arte».²

En los inicios, cada entrada de la Parranda estaba respaldada por una colección de faroles. En la actualidad se utilizan solo tres: una en el saludo, otra en la primera entrada de fuegos artificiales, y la última, desfila delante de las carrozas. Realmente, esta colección es la más estable porque completa el espacio teatral. Ofrece armonía conceptual y estética, y una visualidad impactante. No compete; adorna, permanece en la fiesta como un agradable detalle artístico adicional.

Los trabajos de plaza se realizaron, por primera vez, en 1875, y se les llamó arcos de triunfo. Aquellas sencillas estructuras simbólicas evolucionaron a las luminarias estáticas colocadas hoy en ambos extremos de la plaza central de la ciudad.

En el siglo xx, la década de los 80 trajo a este elemento la gran proposición tridimensional de hasta 30 000

¹ *El Faro*, 24 de diciembre de 1931.

² Erick González Bello y Sulma Rojas Molina: *La africanía en las Parrandas remedianas*, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2008, p. 50.

bombillas de colores e intermitentes, contruidos por los propios parranderos, así como una evidente claridad en la transmisión de un mensaje artístico muy elaborado. Ya en los años 90 y en lo que va de siglo XXI, aunque persisten magnitudes que han alcanzado los 105 pies de altura, el trabajo de plaza ha perdido la tridimensionalidad e incorporado las nuevas tecnologías para lograr el flash electrónico.

En 1883, los *sansaríes* fueron los primeros en mostrar fuegos artificiales en las Parrandas. Desde entonces, el fuego ha sido un elemento definitorio para la competencia; y hoy, el más importante. De modo que «Cada año se lanzan voladores, palenques de luz, de pito o de explosiones, morteros de colores de dos, tres y cinco tiempos, cascadas [...]».³

Los parranderos sienten una verdadera pasión por el fuego, que es el elemento que más se reitera, va *in crescendo* durante toda la noche hasta alcanzar un clímax de comunicación especial basado en la euforia, que define, en última instancia, el barrio vencedor.

Los llamados carros triunfales fueron el último elemento competitivo en incorporarse a las fiestas. La carroza evolucionó, como los restantes elementos, y hasta 1968, cada barrio presentaba de dos a tres. Luego comenzó a salir una, pero de mayores proporciones. En ella se cuida el aspecto artístico porque sus temas se centran en la literatura universal, la mitología, la historia y la cultura en general. La actualidad también es manejada, y se recrean temas propios de la cotidianidad. Generalmente, los figurantes permanecen inmóviles y su evolución ha estado marcada por la *performance*, el desnudo, incluso, la ruptura temporal del esteticismo tradicional si eso constituye un aporte para alcanzar la victoria.

³ *Ibidem*, p. 53.

Las parrandas en el contexto republicano

La esencia de la instauración de la República en Cuba puede definirse a partir del sometimiento a Estados Unidos desde la Enmienda Platt (1901-1902) y el llamado Tratado de Reciprocidad Comercial (1903), que abría las puertas a las inversiones foráneas en la industria azucarera.

Remedios tuvo la tipicidad de que el capital norteamericano no aportó nada a la construcción de nuevos centrales. Los ingenios productores de la época databan del siglo XIX. Sin embargo, el «aumento de la producción y, por consiguiente, el aumento del precio del azúcar, creó condiciones propicias para el establecimiento de sucursales de bancos del capital doméstico en la región».⁴

La situación político-social no se distanció mucho del panorama nacional: el entreguismo de los partidos de turno, la pobreza, el juego y la prostitución; la decadencia económica que generó huelgas en el sector azucarero desde 1902, como la del central San Agustín y hasta un levantamiento armado el 3 de septiembre de 1906. El periódico *El Estudiante* refiere:

Hay hambre. Es doloroso y deprimente ver el cuadro deplorable que a diario ofrecen nuestras calles y paseos transitados por niños y ancianos indigentes que buscan un bocado de comida. Remedios, pueblo pobre, sin industria y escaso comercio, siente, cual ningún otro, el azote apocalíptico que pesa sobre la Isla de las Antillas...⁵

⁴ María Victoria Fabregat Borges y otros: «San Juan de los Remedios, más de 400 años de su Historia Local» (inédito), Fondo del Museo Municipal Francisco Javier Balmaceda, p. 35.

⁵ *El Estudiante*, 26 de enero de 1931.

Mientras tanto, emergía una intelectualidad prolífica en aportes a la cultura: los hermanos Martínez-Fortún y Foyo, el folclorista Pedro Capdevila, el insigne músico Alejandro García Caturla, Balmaseda, entre otros; más la pujante fuerza colectiva que tuvo como resultado la Fundación del Museo José María Espinosa, primero de la región central y quinto de todo el país, para la enseñanza de la historia local.

¿Cómo sobrevivió una fiesta de origen popular en este controversial contexto? Para el estudio de las Parrandas remedianas en la República hay que considerar, en primer lugar, la inexistencia de políticas culturales encaminadas a su preservación; y, por consiguiente, demostrar que tanto el carácter popular, como la pasión competitiva de una ciudad dividida en dos barrios, garantizaron su permanencia.

Si bien no hay una definición concreta, se desprende que con la expresión «arte popular» se hace referencia a un trabajo tradicional en el que están «aquellas manifestaciones que brotan espontáneamente del pueblo [...] e incluyen música, danzas, fiestas populares, creencias, tanto como objetos con función utilitaria e intención artística»⁶. Así, «la fiesta popular tradicional es parte de la memoria histórica de la comunidad, constituye un símbolo de su identidad. Transmite formas de organización, estructuras sociales y comunitarias. Ejerce, además, una función cohesionadora, al viabilizar iniciativas colectivas».⁷

La participación popular es determinante para la realización de las parrandas:

Desde los primeros meses del año comienza la organización de las directivas de los barrios en los trabajos

⁶ Sulma Rojas Molina: «Artesanías y otras artes populares: un poco de historia» (inédito), 2008, p. 1. Fondo del Museo de las Parrandas remedianas.

⁷ Tania Chapi y Roxana Rodríguez: «Fiestas populares: las penas se van bailando», en *Bohemia*, año 98, No. 20, septiembre de 2006, p. 13.

de plaza y carrozas... la búsqueda de materiales y acopio de pólvora, hasta los últimos meses en que la labor se intensifica, artesanos, carpinteros, pirotécnicos, luminotécnicos, electricistas, costureras, diseñadores, trabajan intensamente.⁸

Lo popular se vincula [...] a lo masivo [...] conforma una matriz cultural distinta. La identidad no es una cosa ni un depósito que se pueda manipular o cambiar a voluntad, sino un sistema activo de relaciones e interpretaciones [...].⁹

Se trata de una uniformidad participativa que cohesiona, aglutina y estrecha los elementos identificables de la festividad, que trasmite sabiduría popular, expresa los conocimientos de un grupo, al reunir elementos artísticos no necesitados de instrucción especializada para su apropiación. De modo que las implagables parrandas, dígase lo que se quiera y califíquese como guste, son genuinamente populares, tradicionales y, sobre todo, remedianas.

Pero este arte realizado por el pueblo y para el pueblo, con finalidad decorativa y a veces con materiales simples, aunque corresponda a Remedios por una delimitación geográfica, no puede encasillarse en un período histórico. El arte popular no tiene épocas. Temas y procedimientos se actualizan según los modos de expresión cultural. Parece indudable la idea de que las obras de arte no son solo la expresión de un artista individual, sino que reflejan también muchos aspectos de épocas, de sociedades, o grupos sociales o instituciones. Reflexionemos, entonces, sobre las especificidades de las parrandas en la República.

⁸ Ramiro Guerra: «Un teatro popular de las Parrandas remedianas», en *Islas*, No. 84, mayo-agosto, 1987, p. 144.

⁹ Carlos Alé Mauri: «Variaciones y vigencia del folclor», en *Signos*, No. 42, enero-junio, 1986, p. 8.

La implicación de los simpatizantes de ambos barrios se traduce en la recaudación de fondos para la materialización del hecho festivo en momentos de crisis. *El Faro* publicaba al respecto:

No debe permitir Remedios que se pierda la tradición de celebrar las típicas parrandas de Nochebuena [...] todos debemos cooperar y hacer lo posible porque nuestras [fiestas] se celebren con todo el esplendor y lucimiento, al igual que el pasado año, ya que talmente parecía que Remedios volvía a la vida.¹⁰

De igual forma, las directivas de los barrios eran nombradas por los propios parranderos, quienes se reunían por convocatoria en la vivienda de algún simpatizante respetado. Se nominaban, además, presidentas de honor para la organización artística de la festividad.

El trabajo de plaza evolucionó positivamente en esta etapa; baste mencionar el uso, en 1911, por primera vez, de la electricidad; y la introducción, en 1921, de la intermitencia eléctrica en el trabajo sansarí El Girasol.

Las carrozas se convirtieron en espacios de representación teatral; se realizaban varias por cada barrio, cada una con temas diferentes, y en dependencia de sus posibilidades económicas. La mujer remediana encontró protagonismo en estos escenarios rodantes; y su presencia, en ocasiones insinuante, rompió las reglas del predominio masculino en el arte, en una época llena de prejuicios y limitaciones para las féminas.

Toda la prensa remediana se hizo eco del acontecer parrandero. José A. Martínez-Fortún y Foyo en su libro *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*, recopila el vertiginoso desarrollo periodístico en los años de 1929 a 1935 con la existencia de más de 25 ejemplares

¹⁰ *El Faro*, 25 de noviembre de 1935.

en la localidad. Recreadas quedaron también las pasiones competitivas de iguales y contrarios: «San Salvador presentó bonitas entradas y vistosos fuegos artificiales, pero la música, si la tuvo, ni la vimos, ni la oímos, fue demasiado bellaca».¹¹ «Había empezado la gran batalla que terminaría a las 7 de la mañana del 25 con el desastre parranderil más grande que se recuerda en estos últimos años para el Barrio El Carmen».¹²

La tradición remediana recoge un suceso de triste recordación: la muerte de Sofía Loyola, *Tata*, el 25 de diciembre de 1937. Ella fue una colaboradora incansable del barrio El Carmen, recaudadora de fondos en bailes y tómbolas, y figurante protagónica de dicho barrio.

En las parrandas del mencionado año se incendió el vestido de algodón que llevaba Sofía Loyola, como ocupante de la carroza Patio andaluz. Debido a las graves quemaduras sufridas, murió esta joven de apenas 15 años, lo que cambió para siempre el curso de las fiestas, con la suspensión de los fuegos artificiales durante el paseo de las carrozas.

Queda demostrado que la variabilidad de una fiesta popular está determinada por la movilidad del contexto en que se enmarca. Así, los trabajos de plaza y carrozas mostraron una diversidad temática sintetizada en la presentación de realidades ajenas a la cubana: carrozas Aurora boreal (1945), El Infierno (1946) y El Palacio de Roldán el Temerario (1945), del barrio San Salvador. La intención de retomar lo propio y la nostalgia por el pasado: trabajos de plaza La Gualda de Sevilla (1944), Castillo morisco (1937), también del

¹¹ *El Faro*, No. 594, diciembre de 1936.

¹² *El Huracán*, No. 325, diciembre de 1955.

barrio San Salvador. El tratamiento de sucesos universalmente trascendentales: carrozas El advenimiento de las Pascuas, del barrio El Carmen, así como Alegoría de Navidad (1941) y San Jorge vence al dragón hitleriano (1943), de San Salvador.

Sin embargo, no fueron estas proyecciones las únicas que distinguieron la conformación de elementos artísticos en las décadas de 1930 y 1940. La República fue el escenario del arte de vanguardia, traducido en una postura vindicadora de la nacionalidad y, además, contestataria a las posiciones absolutistas en al acto de creación. De modo que el arte popular parrandero comenzó a asumir líneas y formas irregulares en protesta contra lo establecido por las academias: carrozas de estilo vanguardista (1936) o de inspiración en las artes modernas (1940), del Barrio El Carmen.

No puede obviarse tampoco el hecho de que la llamada Constitución del 40 se erigió como una de las más significativas y democráticas en el momento histórico en que se produjo. Trabajos de plaza como Por la unidad del continente (1942), de El Carmen, y Obelisco a la Democracia (1941), de San Salvador, develan los deseos libertarios frente a cualquier intento de dominación. Los temas históricos nacionales, unidos a las nuevas visiones identitarias, quedaron recogidos en el trabajo de plaza Monumento al Maine (1942), de San Salvador; así como las carrozas La favorita se divierte, de El Carmen y Consagración a la belleza de la mujer cubana, de San Salvador, ambas de 1934. También La Rumba (1946), de San Salvador.

Así se movieron las parrandas en la República: algunos decidieron optar por escenarios distantes de la realidad nacional; otros difundieron temas de persistente

universalidad; los trascendentes prefirieron el arte comprometido, ese que no puede dejar a un lado lo que ha de decirse, por aquella máxima de marchar al compás de los tiempos.

Bibliografía

Alé Mauri, Carlos: «Variaciones y vigencia del folclor», *Signos*, No. 42, enero-junio, 1986.

Chappi, Tania y Roxana Rodríguez: «Fiestas populares: las penas se van bailando», *Bohemia*, año 98, No. 20, septiembre de 2006.

Fabregat Borges, María Victoria y otros: «San Juan de los Remedios, más de 400 años de su historia local» (inédito), Fondo del Museo Municipal Francisco Javier Balmaceda, 1990.

González Bello, Erick y Sulma Rojas Molina: *La africanía en las Parrandas remedianas*, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2008.

Guerra, Ramiro: «Un teatro popular de las Parrandas remedianas», *Islas*, No. 84, mayo-agosto, 1987.

Martín Farto, Miguel: *Las Parrandas Remedianas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.

Martínez-Fortún y Foyo José A.: *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*, t. IX, Apéndice tercero, 1936.

Rojas Molina, Sulma: «Artesanías y otras artes populares: un poco de historia» (inédito), Fondo del Museo de las Parrandas remedianas, 2008.

Sentmanat García, María Margarita y Martha Alina Flores Díaz: «Personalidades parranderas» (inédito), Fondo del Museo de las Parrandas remedianas, 1988.

Periódicos

El Estudiante: 26 de enero de 1931.

El Faro: diciembre de 1931; 7 de noviembre de 1935; 16
de diciembre de 1935; diciembre de 1936.
El Huracán: 28 de diciembre de 1955.

¿Por una educación cubana? Protestantes a debate/ 7

José Antonio Ramos, por la ejemplaridad de Martí/ 27

Esther Borja, la única damisela de Cuba/ 45

Para tender puentes: España y América en el
pensamiento y praxis cultural de José María Chacón y
Calvo/ 53

El Grupo Minorista, el minorismo y Caturla: resonancias
en San Juan de los Remedios/ 71

Tratamiento de las personalidades cubanas presentes en
la obra periodística de Nicolás Guillén/ 87

Lyceum Lawn Tennis Club: una voz potente de la
bibliotecología cubana de la República/ 103

Agustín Acosta: un ignorado vigente/ 121

Parrandas remedianas al compás de la República/ 129

Voces de la República

una visión contemporánea

se terminó de imprimir en Ediciones Luminaria, Centro Provincial del Libro y la Literatura, Sancti Spiritus, en el mes de diciembre de 2014. Su edición consta de 250 ejemplares.

Voces de la República

una visión contemporánea
Décimo Volumen

El evento Voces de la República ha perdurado porque demuestra que no todo cuanto se hizo desde 1902 hasta 1958 fue defectuoso. También, porque recoge en volúmenes artículos seleccionados entre los expuestos durante las sesiones.

Esta entrega rinde honor a los artistas Esther Borja y Alejandro García Caturla; a los intelectuales Nicolás Guillén, José María Chacón y Calvo, Agustín Acosta y José Antonio Ramos. Reconoce la labor de los protestantes en el ámbito educativo, así como la perdurabilidad de las parrandas remedianas y el esfuerzo del Lyceum Lawn Tennis Club habanero para crear una notable biblioteca de servicio público.



Colección Pensamiento
Ediciones Luminaria

